

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
ESCUELA DE POSGRADO



Tapar el sol con un dedo (de frente)

Sobre las entrañas culturales del negacionismo climático contemporáneo

**TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER EN
ESTUDIOS CULTURALES**

AUTOR

Ayar Ramiro Escobar La Cruz

ASESOR:

Víctor Miguel Vich Flórez

Abril de 2021



*A mis padres,
que me enseñaron a conocer y querer los montes, océanos, lagos y bosques.*

*A los defensores de la Tierra,
que dejan sus días, esfuerzos y vidas para que la vida no se extinga.*

RESUMEN

¿Cómo se genera la ideología que niega la existencia del cambio climático? ¿A qué corrientes políticas está asociada? En esta tesis, me propongo analizar cómo se gesta y sostiene el negacionismo climático, una forma de pensar devenida en una práctica política y cultural. Sostengo que no surge por generación espontánea, sino que está entroncado con tradiciones políticas vigentes, como el pensamiento conservador, y que procura asentarse en el escenario global sobre la base de una idea central: expandir la sensación de que la falta de certidumbre sobre el fenómeno es el problema principal.

Para corroborar esta hipótesis, utilizaré distintas rutas de análisis, como el *dispositivo*, de Giorgio Agamben; la *tecnología del poder*, de Michel Foucault; el ensayo de Alan Badiou sobre qué significa un *acontecimiento* (el cambio climático lo es); y los estudios de Slavoj Žižek acerca de lo que significa la *razón cínica*. También examinaré la propuesta de Bruno Latour sobre por qué nos encontramos en un *Nuevo Régimen Climático*, resistido por los negacionistas, y los lazos existentes entre empresas, *think tanks* y actores políticos para afianzar el negacionismo climático.

En el primer capítulo, procuro explicar cómo los estudios sobre el cambio climático van transitando desde lo científico hacia lo social y político, y cómo, ante el surgimiento de corrientes que comienzan a negarlo, irrumpen grupos de científicos que proponen que la ciencia ya no sea neutral. Para tal fin, exploraré las concepciones sobre naturaleza y cultura propuestas por los investigadores Morris Berman y Bruno Latour. Además, haré un recuento histórico del papel que jugaron personajes como Rachel Carson y Charles Keeling, quienes fueron de los primeros en alertar a la sociedad humana sobre el deterioro del ecosistema global e intentan provocar reacciones en el ámbito político.

En el segundo capítulo, me propongo explorar cómo, al igual que cualquier estrategia de poder, el negacionismo climático requiere de objetos culturales que le ayuden a sostener su influencia. Con ese fin, analizaré tres soportes de la comunicación humana: el primero es el libro *Planeta Azul, no verde. ¿Qué está en peligro, el clima o la libertad?*, del ex presidente checo Václav Klaus; el segundo es el documental *La gran farsa del calentamiento global*, del productor británico Martin Durkin; y el tercero es el portal de noticias *Libertad Digital*. Los

sugerentes estudios de Terry Eagleton sobre cómo se construye una ideología y de Slavoj Žižek sobre la ‘razón cínica’ (“saben que lo hacen, pero igual lo hacen”) sostendrán el análisis.

Finalmente, en el tercer capítulo, sostengo que, en el ámbito político, han aparecido ya varios personajes —e incluso mandatarios— que han incorporado el negacionismo climático como parte del pensamiento conservador. Para analizar los discursos políticos negacionistas, utilizaré la teoría de la cognición cultural, del profesor Dan Kahan, de la Universidad de Yale; el trabajo de Naomi Klein, en su libro *Esto lo cambia todo* (2014); y *Políticas climáticas*, de Anthony Giddens (2011). También emplearé los ensayos de Andrew Hoffman y Maxwell Boykoff sobre la cultura inherente al discurso negacionista climático.

Palabras clave: cambio climático, negacionismo, pensamiento conservador



ABSTRACT

How is the ideology that denies the existence of climate change generated? What political currents is it associated with? In this thesis, I propose to analyze how climate denialism is developed and expanded, a way of thinking that has become a political and cultural practice. I argue that it does not arise by spontaneous generation, but is connected with current political traditions, such as conservative thought. And that seeks to settle on the global scene based on a central idea: to spread the belief that the lack of certainty about the phenomenon is the main issue.

To test this hypothesis, I intend to make use of different categories of analysis, such as Giorgio Agamben's 'device', Michel Foucault's 'technology of power', Alan Badiou's essay on what an 'event' means (climate change) and Slavoj Žižek's studies on what 'cynical reason' means. I will also examine Bruno Latour's proposal on why we are facing a 'New Climate Regime', which is resisted by deniers, and the ties that exist between companies, think tanks and political actors to strengthen climate denialism.

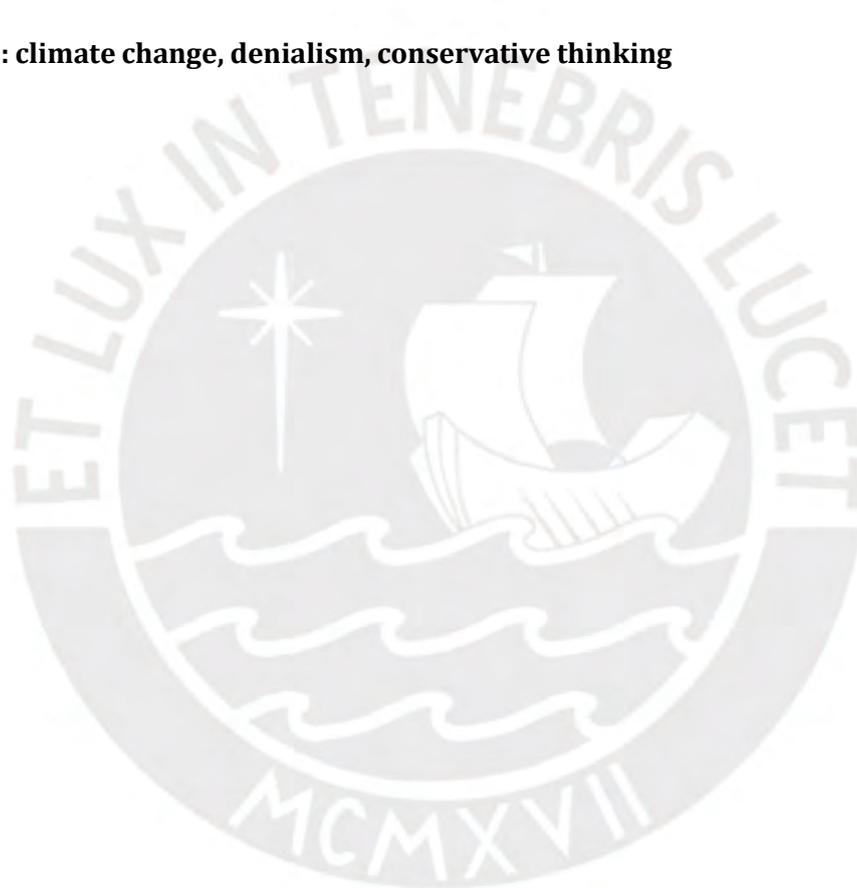
In the first chapter, more precisely, I proceed to explain how studies on climate change have moved from the scientific to the social and political scenario, and how, faced with the emergence of currents that begin to deny it, groups of scientists break in and propose that science is no longer so neutral. To this end, the conceptions of nature and culture proposed by researchers Morris Berman and Bruno Latour will be explored. I will also make a historical account of the role played by characters like Rachel Carson and Charles Keeling, who are among the first to alert human society about the deterioration of the global ecosystem and who tried to provoke reactions within the political arena.

In Chapter II, I set out to explore how, like any strategy of power, climate denialism requires cultural objects to help it sustain its influence. To that end, three objects installed on different supports of human communication will be analyzed: the book *Blue Planet in Green Shackles. What is Endangered: Climate or Freedom?* from former Czech President Václav Klaus; the documentary *The Great Global Warming Swindle*, by British producer Martin Durkin; and the news portal *Libertad Digital*. The suggestive studies of Terry Eagleton on

how an ideology is built, and of Slavoj Žižek on 'cynical reason' ("they know what they are doing, but they do it anyway"), will support this analysis.

Finally, in Chapter III I argue that, within the political sphere, several characters have already appeared, and even leaders, who have incorporated climate denialism as part of conservative thinking. To analyze denialist political discourses, I use Professor Dan Kahan's 'Cultural Cognition' theory, the work of Naomi Klein in her book *This Changes Everything* (2014) as well as the book *The Politics of Climate Change* by Anthony Giddens (2011). Also the essays by Andrew Hoffman and Maxwell Boykoff on the culture inherent in climate denialist discourse.

Keywords: climate change, denialism, conservative thinking



AGRADECIMIENTOS

Esta tesis ha logrado llegar a su estación final gracias al apoyo, permanente y dedicado, de mi familia, que se desveló para ayudarme a que esto ocurriera, y de varios amigos que me apoyaron dándome ideas y ayudándome en traducciones. También quiero agradecer a mi asesor, Víctor Miguel Vich Flórez, director de la Maestría de Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), que nunca dejó de alentarme para afinar los contenidos, las formas, los ángulos distintos. Han sido, además, muy útiles y gentiles la atención, observaciones y sugerencias de los siguientes profesores de la PUCP: Andrea Aramburú, profesora de la Maestría de Estudios Culturales; Sebastien Adins, director de la especialidad de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales; y Farid Kahhat Kahatt, profesor principal en el Departamento de Ciencias Sociales. Nada habría sido posible, por último, sin los encuentros que tuve —por años y en distintas partes del mundo— con ambientalistas, indígenas y ciudadanos diversos, con quienes conversé y conviví para entender, desde la razón y la experiencia, el problema climático del planeta.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: CUANDO LA TEMPERATURA NOS ALCANCE	7
CAPÍTULO I: EL <i>RING</i> CIENTÍFICO	13
1.1. NATURALEZA, SOCIEDAD Y MODERNIDAD	14
1.2. LA LARGA MARCHA DE LA CIENCIA HACIA LA POLÍTICA	24
1.3. SEMBRAR LAS DUDAS	31
1.4. ¿CIENTÍFICOS EN PIE DE GUERRA?	39
CAPÍTULO II: OBJETOS CULTURALES BIEN IDENTIFICADOS	46
2.1. PAPEL MOJADO EN TINTA NO SOSTENIBLE	48
2.2. FARSAS E IMÁGENES CALIENTES	56
2.3. MEDIOS DE OCULTAMIENTO MASIVO	61
CAPÍTULO III: EFECTO POLÍTICO INVERNADERO	68
3.1. LA NUEVA OLA NEGACIONISTA	69
3.2. UN ASUNTO CULTURAL	75
3.3. EL ESTADO, LA LIBERTAD Y LA REALIDAD	81
CONCLUSIONES: SOLAMENTE UNA VEZ (SE SALVA EL PLANETA)	87
BIBLIOGRAFÍA	90

INTRODUCCIÓN

CUANDO LA TEMPERATURA NOS ALCANCE

La escena contemporánea nos ha traído una novedad imprevista hasta hace unos años, impensable hace varios siglos y manifiesta en la actualidad: el clima planetario está seriamente alterado. Las lluvias son abundantes en sitios inesperados; las olas de calor son más intensas; los huracanes, más fuertes y frecuentes; los glaciares en todas partes del mundo se están derritiendo. Por acción de insectos que se reproducen más rápidamente, las enfermedades se desplazan a lugares donde antes no llegaban; la biodiversidad comienza a agotarse a un ritmo sin precedentes; las cosechas son golpeadas por lluvias o heladas inesperadas. No es un tiempo para débiles y desprevenidos.

La responsabilidad de lo que ocurre es atribuida al calentamiento anormal de la atmósfera terrestre. En condiciones normales, el “efecto invernadero” habitual de la Tierra produce que la temperatura global promedio sea de aproximadamente 14 grados Celsius. Esto se debe a compuestos llamados *gases de efecto invernadero* (GEI), que tienen la facultad de retener el calor del sol en la atmósfera terrestre. Pueden producirse de manera natural, por ejemplo, gracias a la actividad volcánica o a la respiración de los seres vivos; los principales son el dióxido de carbono (CO₂), el óxido nitroso (N₂O), el metano (CH₄), el vapor de agua y los clorofluorocarbonos (CFC). En rigor, hacen posible la vida en el planeta tal como la conocemos. Sin embargo, más o menos desde el siglo XVIII, con el advenimiento de la Revolución Industrial, se dio inicio, según los registros históricos, a un aumento inusitado de la temperatura terrestre.

Desde hace varios años, la mayor parte de la comunidad científica mundial ha denominado a esa subida no prevista de la temperatura *calentamiento global* y su origen ha sido atribuido al impacto que produce la actividad humana en la atmósfera. Son especialmente responsables el uso de combustibles fósiles en el transporte, la ganadería intensiva, los procesos industriales diversos y otros factores propios de la vida moderna, todos los cuales producen GEI. Al generarse en demasía, debido a la enorme población humana (7,700 millones de personas, de acuerdo con el último informe de Naciones Unidas, de 2019), este

calentamiento fuera de lo común ha provocado el *cambio climático*, cuyas manifestaciones catastróficas son las que señalamos en el primer párrafo.

A lo largo de esta tesis, emplearemos esos conceptos. El *calentamiento global* es el calentamiento anormal de la Tierra a causa de la proliferación inusual de GEI. Dicho calentamiento es el causante del cambio climático o “cambios climáticos” varios, ya que, entre ellos, se encuentra no únicamente un aumento del calor —como se suele aseverar—; también pueden ocurrir olas de frío intensas o subidas excesivas del nivel del mar, pues lo que estaría alterado es el sistema climático global. Por esta razón, confundir la temperatura de un día o de varios días, llamada *tiempo*, con el *clima* es un profundo error, en el que han incurrido el expresidente estadounidense Donald Trump y quienes argumentan que no está pasando nada extraordinario. Los profusos informes científicos desmienten tan ligera afirmación.

Para comenzar, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) emitió, en 2014, su Quinto Informe de Evaluación,¹ en el que confirma que algunas tendencias ya observadas se están agravando. Algunas de ellas son las siguientes: la tasa de la elevación del nivel del mar, desde 1850 hasta el presente, ha sido mayor que la tasa promedio de los 2,000 años anteriores; es *probable* que el período 1983-2012 haya sido el más cálido de los últimos 1,400 años en el hemisferio norte; y la temperatura en América Latina aumentó entre 0.7 y 1 grado Celsius desde 1970, salvo en la costa chilena, donde descendió 1 grado. El tamaño de los glaciares de todo el mundo, por su parte, ha ido disminuyendo (la Cordillera Blanca de Áncash, en Perú, incluida) y el hielo marino del Ártico se ha reducido notablemente desde 1979 a un ritmo de 3.5 % a 4.1 %. El impacto de todos estos cambios en los seres vivos es muy severo. Según el IPCC, la extinción es una amenaza real para una proporción cada vez mayor de especies y se prevé que, para 2100, la combinación de alta temperatura y humedad producirá que realizar actividades actualmente cotidianas, como cultivar la tierra o trabajar al aire libre, acarree serias dificultades para las personas (IPCC, 2014).

¹ Para mayor detalle del Informe de Síntesis (SYR) del Quinto Informe de Evaluación del IPCC, se puede ingresar al vínculo <https://www.ipcc.ch/report/ar5/syr/>. Al comienzo del documento, se lee: “La influencia humana en el sistema climático es clara, y las recientes emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero son las más altas de la historia” (2014, p. 2).

El IPCC —que convoca a cientos de expertos de todo el mundo para revisar la literatura científica actual sobre el clima— busca evaluar el cambio climático producido por la actividad humana y su impacto, y ofrece sugerencias sobre cómo nos podemos adaptar a las alteraciones ya en curso y cómo mitigar la emisión de GEI. Fue creado por la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), dos organismos de la ONU, en 1988. Es la autoridad internacional más reconocida en el tema por causas naturales: la cantidad de científicos involucrados, el reconocimiento de la mayoría de países y la evaluación exhaustiva que hacen de las investigaciones sobre el estado del clima planetario. No se conoce otro foro con la misma influencia y aprobación mundial. La institución es muy cauta al emitir sus informes, en los que, con frecuencia, utiliza las palabras o frases *probable*, *sumamente probable*, *nivel de confianza alto*, entre otras. En sus informes anteriores, el grado de confianza respecto de la responsabilidad humana en el calentamiento global no era tan alto. En el último, concluye que la probabilidad de que eso sea así es un 99 % “virtualmente cierto o más” y en un 95 %, “extremadamente probable”.

Ya en el Tercer Informe de Evaluación (2001), afirmaba que, para 2100, el aumento de la temperatura terrestre estaría entre 1.4 y 5.8 grados Celsius, el mayor de los últimos 10,000 años, un cambio catastrófico para la civilización humana. Así mismo, un informe de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica de Estados Unidos (NOAA, por sus siglas en inglés), emitido en mayo de 2018, sostiene que, desde hace 33 años, las temperaturas medias del planeta han sido superiores a la media del siglo XX.² También se halla el dramático documento emitido en mayo de 2019 por la Plataforma Intergubernamental sobre la Biodiversidad y los Servicios Ecosistémicos (IPBES, por sus siglas en inglés), según el cual, en las próximas décadas, se extinguiría un millón de especies animales y vegetales, debido, en buena medida, al cambio climático.³ No hay manera, en suma, de ignorar tal marea de datos preocupantes basados en investigaciones serias y evidencias.

Aun así, en los últimos años, ha surgido en el mundo una corriente —política, social y cultural— que se opone a dar por ciertas estas alertas, para lo cual emplea, principalmente, el argumento de que no existen pruebas concluyentes. A sus partidarios se les ha denominado *negacionistas climáticos* o *escépticos climáticos*, y son fuertes, sobre todo, en

² Para más precisiones sobre el detallado y revelador informe, véase NOAA (2018).

³ El documento de IPBES, publicado en la página del PNUMA, también señala: “al menos 680 especies de vertebrados fueron llevadas a la extinción desde el siglo XVI y más de 9 % de todas las especies domesticadas de mamíferos utilizados para la alimentación y la agricultura se habían extinguido para 2016”. Las cifras más precisas se encuentran en PNUMA (2019).

Estados Unidos y en algunos países de Europa, aunque su presencia en América Latina y los demás continentes ya se siente. En los últimos años, las figuras con mayor poder han sido el expresidente de Estados Unidos Donald Trump y el actual presidente de Brasil, Jair Bolsonaro. Está dedicada esta tesis a explorar qué motiva a estos negacionistas, cómo tejen sus redes, cuál es su cosmovisión y de qué modo extienden su influencia. Como se trata de una investigación surgida en las aulas del Máster de Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), no se centra en el aspecto científico del problema, sino en las dinámicas que alimentan el imaginario de los negacionistas climáticos, en los objetos culturales que promueven y en las maneras en las que procuran influir desde distintos ámbitos de poder. Sin embargo, desde el primer capítulo, he procurado no perder de vista la conexión entre ciencia, cultura y política, justamente porque —como explicaré en estas páginas— en esa compleja urdimbre está el nudo del problema.

Conviene, a la vez, precisar qué es un *negacionista*. Según el Diccionario de la Real Academia Española, es alguien partidario del *negacionismo*, “una actitud que consiste en la negación de hechos históricos recientes y muy graves que están generalmente aceptados” (obsérvese que la RAE no lo califica como una corriente filosófica o una doctrina política). El caso más conocido es el de los negacionistas del Holocausto, la masacre cruel e indiscriminada perpetrada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial contra el pueblo judío. Pero hay otros *negacionismos*, como el del genocidio armenio producido entre 1915 y 1923, en los estertores del Imperio turco otomano. O, para no ir tan lejos y tan atrás, el de quienes, en el Perú, niegan la gravedad de los crímenes cometidos en el espantoso conflicto armado interno que asoló al país entre 1980 y 2000 por el enfrentamiento entre el Estado peruano y los violentos grupos subversivos Sendero Luminoso (SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA).

Todos esos negacionismos se refieren a hechos históricos, altamente comprobados, en tanto que el negacionismo climático se refiere a la *negación de investigaciones científicas*, que arrojan numerosas pruebas sobre el calentamiento global. Sin embargo, se dirige también a negar o despreciar acontecimientos sumamente importantes, como la publicación del libro *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, quien, en 1960, marcó el inicio del movimiento ambientalista actual. Peor aún: este tipo de negacionismo suele ignorar hechos recientes, como el derretimiento paulatino de los glaciares, la intensificación de los fenómenos atmosféricos o el incremento del número de refugiados ambientales en la comunidad humana. Desconocer que todo eso está ocurriendo —aunque se tengan dudas sobre la incidencia cuantitativa de la especie humana en el estado del clima— es bastante irresponsable. Las tragedias de origen climático ya están con nosotros, desde hace años, y

merecen atención humanitaria e investigación rigurosa continua para identificar sus causas y evitar que se vuelvan un karma fatal para las poblaciones más desprotegidas del planeta y para toda la comunidad humana.

El escepticismo es una cualidad de la ciencia, necesaria para avanzar en cualquier investigación, pero, cuando no se basa en evidencias, sino en especulaciones tendenciosas, se transforma en negacionismo. En estas páginas, veremos cómo aparecen algunas personas que se presentan como escépticos, pero, al usar términos como *calentólogos* o *farsa del calentamiento global*, revelan sus verdaderas motivaciones, que no parecen provenir de razonables dudas científicas sobre el cambio climático. Más bien, estas lucen conectadas con otros intereses de orden económico y político, al punto de formar toda una constelación de actores y toda una bien afinada estrategia que apunta a desacreditar a quienes investigan el estado del clima o intentan impulsar políticas que amengüen los efectos adversos de esta alteración global. Hay una guerra de posiciones que sacude la escena pública, y que nos hemos propuesto analizar desde el visor de la cultura y la política.

Francisco Heras, biólogo español especializado en cambio climático, ha documentado cómo ha sido, en los últimos años, el crecimiento del negacionismo en el capítulo “Negacionistas, refractarios e inconsecuentes” del libro *Cuatro grandes retos, una solución global* (2010). En una encuesta realizada en el Reino Unido en 2005 —como él mismo explica— ante la pregunta “¿Cree usted que el clima mundial está cambiando?”, el 91 % respondió afirmativamente; en 2010, ese porcentaje había bajado al 78 %.⁴ Incluso en Alemania, el semanario *Der Spiegel* lanzó una encuesta en la que preguntaba si la previsión acerca de una Tierra más cálida era “fiable”. En 2010, el 31 % respondió “no”, resultado sorprendente para un país reconocido como un referente mundial en políticas de cuidado ambiental.⁵ Vivimos tiempos incrédulos.

La presente tesis no solo quiere alertar sobre las constantes señales de que la Tierra se está calentando de una manera inusual. Sobre todo, quiere llamar la atención sobre el riesgo de que el debate al respecto se enfríe, o que termine incendiándose en medio de la intransigencia y el descreimiento generalizado. No nos merecemos un destino catastrófico ni ser una sociedad displicente frente a inminentes amenazas. Es posible que muchas personas, en su vida cotidiana, no sientan el impacto del cambio climático de manera intensa. Sin embargo, cada vez que un oso polar no encuentra comida, un ave en peligro se

⁴ Heras ha tomado los datos de Spence et ál. (2010). Public perceptions of climate change and energy futures in Britain: Summary findings of a survey conducted in January-March 2010. *Understanding Risk Working Paper*, 10-01. Technical Report.

⁵ Para más detalles sobre los resultados de la encuesta, véase *Der Spiegel* (2010, en alemán).

extingue o una enfermedad comienza a diezmar a una población humana como nunca antes, quizás todos morimos un poco. Entonces, derretimos nuestros valores o nos ahogamos en el fango de una indiferencia que luego nos pasará una factura impagable. Negar lo evidente en términos climáticos es, por eso, un despropósito, una negación de la posibilidad de vivir con dignidad e inteligencia.

Ayar Ramiro Escobar La Cruz

Abril de 2021



CAPÍTULO I

EL RING CIENTÍFICO

En este primer capítulo, me propongo explorar la manera en la que el fenómeno del calentamiento global y los cambios climáticos que este produce pasaron de ser un asunto de científicos a un tema de urgente debate político y ciudadano. Sostengo que, en el proceso, la ciencia hizo un viaje que cuestionó la supuesta neutralidad axiológica de la que nos habla Max Weber, según la cual, aunque en las ciencias sociales y otras ciencias pueda haber referencia a valores, no haya nunca juicios de valor, pues “allí donde un hombre permite que se introduzcan sus propios juicios de valor, deja de tener una comprensión plena del tema” (Weber, 1979 [1959], p. 214). Paulatinamente, más bien, las ciencias biológicas, químicas y, finalmente, sociales se han ido tornando prescriptivas. Las voces de los científicos han comenzado a escucharse incluso en los foros internacionales; sin embargo, al mismo tiempo, irrumpe una contracorriente que pretende poner el acento en un punto crucial: “[...] es necesario que usted siga haciendo de la falta de certeza científica un tema primordial en el debate”, como le sugirió Frank Luntz (2002, p. 137), un estratega del Partido Republicano de Estados Unidos, al presidente George W. Bush. Esa es una de las columnas de la ideología negacionista del cambio climático, que examinaremos en los próximos apartados poniendo el foco en cómo surge la controversia en la ciencia.

El negacionismo está anclado en la cultura, en el tipo de vínculos que esta alimenta, en el encuentro o desencuentro que provee, en el imaginario que alienta y en la práctica social que promueve. No es casual, por eso, que, ante las crecientes evidencias científicas del anormal calentamiento de la Tierra —y ante las propuestas de que para neutralizar esta deriva haya que poner límites al crecimiento económico—, los negacionistas se hayan declarado en pie de guerra. Se niegan a asumir que nos encontramos ya en lo que el filósofo francés Bruno Latour llama el *Nuevo Régimen Climático*, es decir, en ese momento cuando “el cuadro físico que los modernos habían considerado como seguro, el suelo sobre el cual se había desarrollado siempre su historia, se ha vuelto inestable” (Latour, 2017, p. 16). Por el contrario, los negacionistas procuran establecer un *régimen de verdad*, que, al decir de Michel Foucault, está tratando de ser forjado con *múltiples imposiciones* (Foucault, 1982). Al

mismo tiempo, se va creando un *dispositivo* del poder, que, como describe Giorgio Agamben, “siempre tiene una función estratégica concreta, que siempre está inscrita en una relación de poder” (2011, p. 250).

El *ring* científico, en suma, es un territorio cruzado por el debate, por la tensión y, especialmente, por puntos de vista disímiles sobre cómo debe ser la relación entre la naturaleza y el hombre, o entre la naturaleza y la cultura. Existe, de acuerdo con lo que hemos explorado, una fractura, una escisión, en este vínculo que tiene raíces históricas e, incluso, biológicas, y que está en el fermento de la ideología negacionista del cambio climático. Además, pretende imponerse en un momento en el cual la urgencia de enfrentar el fenómeno del calentamiento global es inevitable. La modernidad ha sido entendida de varias maneras y una de ellas, hoy, en este ciclo alarmado por el deterioro ambiental global, no está centrada en asumir la diversidad de la experiencia humana ni en entender qué parte de esa diversidad puede ayudarnos a reinventar nuestra relación con los ecosistemas y con el resto de seres vivos.

1.1. NATURALEZA, SOCIEDAD Y MODERNIDAD

Toda existencia humana está confrontada con una escisión inherente a nuestra propia especie. Nadie puede acceder a la comunicación total con otra persona, porque siempre habrá un desgarramiento interior, una imposibilidad de relación total con el *otro*. El filósofo norteamericano Morris Berman, en su libro *Cuerpo y espíritu. La historia oculta de Occidente* (1992), ha llamado a esto la “falla básica” (Berman, 1992, p. 8), eso que describe la fragmentación entre el *sí mismo/otro*, y que —dice— nos llama ante cierta desesperación a tomarnos en serio satisfacciones secundarias (autos, compras, relaciones irreales, todo lo que nos haga huir de la imposibilidad). Resulta difícil construir vínculos auténticos con los otros humanos y con los seres vivos en general, y esto —añade— es un problema de civilización, “no tan solo un problema personal o individual” (Berman, 1992, p. 7). Para el autor, el nacimiento de la identidad en el ser humano está marcado por la imagen que ofrece un espejo desde la primera vez que nos miramos en él. Ese momento marca la alienación de cada persona con el mundo, así como la imposibilidad de cerrar esa grieta, cuya influencia en nuestra vida es enorme: “El enorme poder de esta sensación de oquedad [...] deriva del hecho de que la falla básica tiene un fundamento biológico. Está emplazada en los tejidos del cuerpo a un nivel inconsciente, y de ahí que nunca puede ser totalmente erradicada” (Berman, 1992, p. 8).

Habitualmente, este análisis se usa para explorar la relación entre la madre y el niño, o entre las personas en general, pero lo que intentaremos en este trabajo es dirigir esta mirada hacia la manera en la que entendemos la *naturaleza* (teniendo en cuenta que los demás seres vivos comparten con nosotros los ecosistemas terrestres), a fin de rastrear la génesis del pensamiento negacionista climático actual. En sus entrañas, yace una suerte de vínculo perturbado con el entorno, escindido hasta niveles extremos; esto causa que, en estos momentos, a pesar de los inquietantes datos sobre una posible catástrofe ocasionada por el calentamiento global, se resistan a actuar y, más bien, se opongan a las políticas desplegadas para amenguar el fenómeno. En la médula del negacionismo climático, parece haber un antropocentrismo ciego, casi exacerbado, una cosmovisión incapaz de descifrar lo que ocurre en el *Nuevo Régimen Climático*; y en Estados Unidos, cuna de este tipo de negacionismo, hace que algunos grupos —bastante bien organizados— vean al cambio climático, tal como señala Naomi Klein, “como una conspiración dirigida a robarle la libertad a Estados Unidos” (Klein, 2014, p. 50). Como si los avistara en el futuro, ya en 1930, Sigmund Freud consignó en su libro *El malestar en la cultura* las siguientes palabras:

En incontables ocasiones se ha planteado la cuestión del objeto que tendría la vida humana, sin que jamás se le haya dado respuesta satisfactoria, y quizá ni admita tal respuesta. Muchos de estos inquisidores se apresuraron a agregar que si resultase que la vida humana no tiene objeto alguno perdería todo el valor ante sus ojos. Pero estas amenazas de nada sirven: parecería más bien que se tiene el derecho de rechazar la pregunta en sí, pues su razón de ser probablemente emane de esa *vanidad antropocéntrica*, cuyas múltiples manifestaciones ya conocemos. (Freud, 2010 [1930], p. 15)⁶

La “vanidad antropocéntrica” es una de las claves del negacionismo climático. Y tiene que ver, según esta investigación, con la visión y experiencia con lo que estamos llamando “naturaleza”. La palabra puede ser resbalosa, pues se refiere a varios conceptos de manera simultánea, como bien lo ha apuntado Bruno Latour en su obra más reciente, *Cara a cara con el planeta* (2015). Hay una serie de términos asociados a “lo natural” que aluden a lo que no es artificial, a la “naturaleza humana” (lo que se espera del hombre por ser tal), a lo opuesto a la cultura, o al “derecho natural” (Latour, 2017, p. 35). Muy atento al curso de la actualidad, este autor observa que incluso la palabra aparece cuando se debaten temas de género, de sexualidad. Es clásico que corra la furia cuando se habla del matrimonio entre personas del mismo sexo, por ejemplo, al que se ataca sosteniendo que es “contrario a la naturaleza”, cuando la propia idea de matrimonio está anclada a la cultura. He ahí una de las tantas controversias que genera este término polisémico. Sin embargo, lo que importa en

⁶ Las cursivas son nuestras.

esta tesis es cómo nuestra “relación con la naturaleza” o “relación con el mundo” (Latour, 2017, p. 22) determina nuestra forma de reaccionar frente a una posible catástrofe como consecuencia del deterioro del ecosistema global. Negar —o aceptar— la realidad del calentamiento global depende, en parte, de ello. “Sentir” la naturaleza probablemente sea una forma de aceptación más real. “Pensarla”, principalmente en términos racionales, como si fuera un objeto ajeno a nosotros, es quizás el comienzo del problema, porque, aunque a veces lo olvidemos, formamos parte de ella de manera íntima e inevitable. Relacionarnos con la naturaleza es relacionarnos con nosotros mismos, y desde allí es más factible buscar la ruta para entender qué está ocurriendo con el planeta y con nuestra propia especie, con frecuencia tan dispuesta a la autodestrucción.

Los hombres somos mamíferos, con el cerebro más desarrollado, pero no dejamos de ser parte de la comunidad de los seres vivos, aun cuando hayamos abrigado, por siglos, esa vanidad antropocéntrica, que paulatinamente ha generado enormes impactos en la biósfera. Dos de los factores que más han incidido en este proceso han sido el desarrollo industrial y el aumento de la población, responsables, en buena medida, del exceso de gases de efecto invernadero (GEI), que propician el actual calentamiento anormal del planeta; a su vez, producen cambios climáticos varios. Como señalamos en la Introducción, tal desarrollo industrial desbocado, masivo, ha generado que un proceso natural, como la existencia de GEI debido a las erupciones volcánicas o a la respiración de los seres vivos, se torne problemático. Esa dinámica propia de la Tierra la hemos llevado al extremo gracias al uso masivo de autos, a la instalación de fábricas contaminantes, a los abundantes vuelos aéreos, a la crianza masiva de ganado vacuno, actividades que han generado un problema aún en crecimiento e imparable, pese a los llamados a la moderación. Hay algo, dentro de nosotros, que está perturbado y se resiste a cambiar.

Precisamente en nuestra relación con la comunidad de los seres vivos, o incluso con el paisaje —pues numerosas culturas reconocen que los propios cerros, la tierra o el mar, poseen vida—, tenemos una grieta, insalvable, que a veces se expresa en los intentos de “acercarnos a la naturaleza”, o de “volver a nuestros orígenes”, como si en ellos se encontrara una suerte de eslabón perdido cultural que, en algún momento de la historia, o hasta de la prehistoria, impedía que estuviéramos tan enajenados del entorno. Al respecto, es interesante observar el auge de las bioferias, de la comida orgánica, del ecoturismo y de escritores como el norteamericano Richard Louv, autor del libro *Los últimos niños del bosque* (2018), quien considera que las personas, y los niños especialmente, sufren de un “déficit de naturaleza”, y que eso provoca trastornos psicológicos, físicos y sociales. En una entrevista

para el diario *El País* de España, publicada el 7 de junio de 2018,⁷ Louv sostiene que “los niños que juegan libremente en el exterior desarrollan más el sentido de cooperación, la imaginación, la introspección, la reflexión”. Quienes no lo hacen limitan su potencial. Es como si la vida urbana fuera salvadora, por un lado, pero castrante, por otro.

¿Qué hay detrás de ese “intento de volver a la naturaleza” que coincide en el tiempo con el aumento del deterioro ambiental planetario? No parece casual que, al amparo del desarrollo de los movimientos ambientalistas, se haya recuperado la imagen de la Tierra como “Madre”, una clave que numerosas culturas, como las de la América prehispanica, abrigaron por siglos. Ver —o volver a ver— al planeta como algo maternal, vivo, es acaso un nuevo intento de recuperar la infancia perdida, ese tiempo en el que supuestamente estuvimos más sumergidos en lo “natural”. El propio relato cristiano de Adán y Eva sugiere esa imagen: cuando ambos comen del fruto “del bien y del mal”, adquieren conocimiento y se ven a sí mismos como desnudos, desprotegidos, un suceso que explicó con agudeza el psicoanalista Erich Fromm en su libro *El miedo a la libertad*, publicado inicialmente en 1941:

El mito identifica el comienzo de la historia humana con un acto de elección, pero acentúa singularmente el carácter pecaminoso de ese primer acto libre y el sufrimiento que origina. Hombre y mujer viven en el Jardín edénico en completa armonía entre sí y con la naturaleza. Hay paz y no existe la necesidad de trabajar; tampoco la de elegir entre alternativas; no hay libertad ni tampoco pensamiento. Le está prohibido al hombre comer del árbol de la ciencia del bien y del mal; pero obra contra la orden divina, rompe y supera el estado de armonía con la naturaleza de la que forma parte sin trascenderla. (Fromm, 1985 [1941], p. 56)

No hay armonía total posible. No hay vuelta atrás desde el momento en el que adquirimos conciencia y memoria de quiénes somos. Sin embargo, aceptar esa idea como una condición natural de la vida humana no es lo mismo que elevar la falta de armonía al extremo de la perturbación, como ocurre con las prácticas que han derivado en la crisis climática actual. Tal vez, la mayoría de personas en todo el mundo —aunque dependiendo de la cultura en que viven— se comporta de ese modo descuidado, excesivo, contaminante. Pero los negacionistas han llevado este comportamiento al exceso, al “lado oscuro”, si se quiere. No solo niegan lo que ocurre —muchas veces, sabiéndolo—, sino que están en actitud de combate. Se resisten a asumir que nuestro estilo de vida es el desastre. A contracorriente de lo que se cree al sobrevenir un desastre “natural”, como un aluvión, un terremoto o una inundación, en realidad, los desastres no son “naturales”, sino “sociales”, y los que ya

⁷ En la entrevista, Louv también sostiene que el alejamiento del mundo natural produce un impacto “en la salud física y mental” no solo en niños, sino también en los adultos (véase Ripa, 2018).

provoca el cambio climático podrían, en un tiempo próximo, desembocar en una hecatombe ya no regional, sino global.

Al sumergirse en esta discusión, Latour atisba algo muy interesante que ya nos hace distinguir a lo lejos la génesis del pensamiento negacionista respecto del cambio climático (o “cambios climáticos”) generado por el calentamiento global anormal. Según él, no estamos en una “crisis ecológica” simplemente, sino en una suerte de profunda “mutación” que nos ha hecho pasar de un mundo a otro. Si fuera una crisis —agrega— sería pasajera, se le vería como una “oportunidad”, tal como se proclama cuando estalla una crisis política (Latour, 2017, p. 22). No es el caso. La situación que hemos generado, desde hace varias décadas y sin vuelta atrás, es lo que él llama el *Nuevo Régimen Climático*, esa nueva geografía —física, humana y social—, que urge a reinventar la antropología, la sociología, la ciencia, pero también la política. Esa situación ya no permite la marcha atrás y, asombrosamente, no ha logrado que, como estamos explicando, la reacción de la comunidad humana sea rápida, suficiente y contundente.

Tal régimen está marcado por cifras alarmantes constantemente ofrecidas por los científicos, que configurarían una situación en la que ni nosotros ni la Tierra ni todas las otras especies, probablemente, volveríamos a ser los mismos. Considerando estas consecuencias, el problema del cambio climático abandona el terreno meramente científico y se inserta categóricamente en el campo social y, por supuesto, en el político. La vieja concepción cristiana del hombre como “rey de la Creación” está en una fase de severa interpelación. Hemos dejado la inocencia primigenia; hemos cometido, como en el mito cristiano, el “pecado original” de saber cómo son las cosas, aunque nos duela.

Acaso como un síntoma de este nuevo momento y de la irrupción del *Nuevo Régimen Climático*, en los predios científicos se habla también de *Antropoceno*, un término acuñado por el premio nobel de Química de 1995, el holandés Paul Crutzen en 2000. Según este, el Holoceno, la etapa que abarca desde hace 11,500 años hasta la actualidad, ha concluido, debido a la acción humana. En un artículo publicado por Project Syndicate el 5 de junio de 2009, afirma:

Parece adecuado asignar el término “Antropoceno” a la actual era geológica, dominada de muchas formas por el ser humano, como complemento del Holoceno —el período cálido de los últimos 10-12 milenios. Podría decirse que el Antropoceno comenzó en los últimos años del siglo XVIII, cuando los análisis del aire atrapado en el hielo polar muestran el principio de las concentraciones globales de CO₂ y metano. Esta fecha también coincide con el diseño de la máquina de vapor de James Watt en 1784. (Crutzen, 2009)

El impacto de nuestra especie sobre la Tierra es de tal magnitud que el ecosistema global se ha reconfigurado, y esto se debería principalmente al calentamiento global. El debate no ha terminado, pero el creciente número de evidencias de este fenómeno fortalece la conciencia de que hay notables cambios en la flora, la fauna, el paisaje y los recursos naturales. La idea de *Antropoceno* es muy próxima a la de *Nuevo Régimen Climático* y ambas plantean nuevos términos de discusión. Sugieren que hemos entrado en un período en el que el impacto de la especie humana en los ecosistemas es irreversible. Una señal de que esa constatación estaría siendo tomada en cuenta es que, en prácticamente todas las cumbres internacionales —regionales o mundiales—, el tema del cambio climático está presente.⁸ También figura en los planes de gobierno de autoridades y gobiernos diversos; aunque sea por mera apariencia o esnobismo, suele ser infaltable. En el plano educativo, por añadidura, cada vez se incluyen más en los currículums temas ambientales como el derretimiento glaciario (uno de los signos más visibles y dramáticos del cambio climático en el Perú), la contaminación ambiental o la extinción de especies. Nos demos cuenta o no, el *Antropoceno* o el *Nuevo Régimen Climático* está aquí. Así como nuestra inocencia natural se perdió, también se ha ido el tiempo cuando el cuidado del medio ambiente era un tema optativo, rebuscado o lejano. Ya eso es imposible: los visibles males de la Tierra lo están exigiendo.

El propio Karl Marx avizoró, ya en el siglo XIX, esa “falla básica” de la que habla Berman, la que, a la larga, nos ha conducido y nos sigue conduciendo al *Nuevo Régimen Climático*, al *Antropoceno*. Él la llamaba “fractura metabólica”, tal como lo recuerda John Bellamy Foster en su libro *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza* (2008). El autor cita un pasaje del tomo I de *El Capital*, en el que el pensador alemán escribe:

La producción capitalista congrega a la población en grandes centros, y hace que la población urbana alcance una preponderancia siempre creciente. Esto tiene dos consecuencias. Por una parte, concentra la fuerza motriz histórica de la sociedad; por otra, perturba la interacción metabólica entre el hombre y la tierra, es decir, impide que se devuelvan los elementos constituyentes consumidos por el hombre en forma de alimentos y ropa, e impide por tanto el funcionamiento del eterno estado natural para la fertilidad permanente del suelo. (Bellamy, 2008, p. 241)

Fractura metabólica, Antropoceno, vanidad antropocéntrica, signos de que el ecosistema terrestre está en problemas y la Tierra se está calentando de manera anormal debido al impacto de la actividad humana. Ante las crecientes e incuestionables evidencias, los

⁸ El cambio climático se aborda de manera constante en las cumbres mundiales que incluso no tienen relación directa con el tema ambiental. El caso más reciente ocurrió cuando el problema se abordó en el debate de la Cumbre del G-7, realizada en Biarritz, Francia, debido a los incendios en la Amazonía ocurridos en agosto de 2019. Al respecto, véase Ayuso (2019).

negacionistas no tardarían en aparecer. Recién lo hacen, sin embargo, a fines de la década de 1990, cuando las investigaciones sobre el clima sugieren, con más claridad, que está en entredicho un modo de vida, así como una manera de entender la economía, la política y las prácticas sociales. La resistencia ha consistido en intentar crear un nuevo “régimen de verdad”, en términos de Michel Foucault. En su libro *Microfísica del poder* (1979), el sociólogo explica el concepto de este modo:

Por “verdad”, entender un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados.

La “verdad” está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan. “Régimen” de la verdad.

Este régimen no es simplemente ideológico o superestructural; ha sido una condición de formación y de desarrollo del capitalismo. (Foucault, 1979, p. 189)

Sin duda, la irrupción del *Nuevo Régimen Climático* condujo al surgimiento, quizás apresurado, del *régimen de verdad*, promovido por los negacionistas, que tiene sus procedimientos, sus enunciados, y su producción bibliográfica, audiovisual y mediática. Además, está ligada a un sistema de poder predominante, caracterizado por un consumismo desatado y por una libertad de mercado a ultranza, que identifica en las políticas ambientales la amenaza de un retorno a la planificación desde el Estado, un anatema para esa corriente ideológica. Si el cambio climático ha provocado la alteración de los ecosistemas y de las ciencias, tenía que hacerlo también en la política; de allí surge la reacción negacionista ante la posibilidad de que un modo de proceder, de los Gobiernos y de la economía global, sea también cuestionado debido a las crudas señales climáticas.

El *régimen de verdad* negacionista del clima se basa en una serie de estrategias que niegan las investigaciones más serias sobre el cambio climático. En el siguiente capítulo, veremos cómo se hace esta operación a través de diversos objetos culturales; baste decir ahora que una de sus columnas centrales es sembrar las dudas sobre la certeza científica del calentamiento global y que su discurso se apoya en una división entre *naturaleza* y *cultura*, que hunde sus raíces en cierta forma de entender la *modernidad*. Esta es una forma de engañosos laberintos, pero que se ha reciclado al calor de este debate sobre un asunto tan serio como el futuro viable de la humanidad.

La *modernidad* —recordemos— es ese concepto que alude al abandono, presunto, del pensamiento mítico, de las explicaciones teológicas, ocurrido más o menos entre los siglos

XVI y XVIII.⁹ La ciencia y la razón priman; las revoluciones sociales y políticas desbancan a los poderosos, a los reyes y señores feudales de sus palacios; y surgen entidades que, en distintas versiones, puede ser llamadas *repúblicas* o *Estados*. El hombre se sacude de la sujeción a la autoridad divina, tiende a pensar por sí mismo, abre el pensamiento a lo posible. Lo *moderno* anuncia el surgimiento de la libertad política y económica; más tarde, de los derechos humanos y, también, de los avances tecnológicos que emancipan al hombre de los designios del Cielo —o, más terrenalmente, del destino que los núcleos de poder fijaban para la mayoría de personas, o territorios—. Ciertamente, es un tumbo en la historia humana que no consolida esos valores, pero que al menos los afirma en la cultura.

Sin embargo, con la modernidad, cuyo inicio —por acuerdo de los historiadores— está entre los siglos XV y XVI, también llegó René Descartes y su famosa máxima “Pienso, luego existo”. Como señala Berman en otro de sus libros, *El reencantamiento del mundo* (1987), el filósofo francés creía que solo los números podían ofrecer certidumbre, que “la ciencia se basa en la actividad mental pura” (Berman, 1987, p. 33), y que, en la geometría, estaba la vía para adquirir el conocimiento. En su afán por hacer predominante esta idea, Descartes dejó como legado la filosofía mecánica, el método cartesiano, por el cual se puede asumir —recuerda Berman— que sujeto y objeto, mente y cuerpo, eran “entidades radicalmente dispares” (Berman, 1987, p. 34). Añadamos, por cierto, las categorías *hombre y naturaleza*, o *cultura y naturaleza*, o *artificial y natural*. Ciertamente esa forma dicotómica, binaria, de pensar ha generado serias consecuencias que se sufren, se respiran, en la actualidad. Pensemos en los zoológicos, esos “depósitos de animales” que han creado una división casi radical entre nosotros y otras especies, como si no fuéramos habitantes de la propia casa. Los animales allá, nosotros acá: un producto visible de la filosofía mecánica. También podemos experimentar las consecuencias de tal razonamiento en los simples parques, con frecuencia escasos en las grandes urbes. El cemento en varias partes del mundo se come las áreas verdes y, luego, las ciudades pretenden recuperar el oxígeno con el sembrado de árboles, con los llamados a protegerlos, de un modo que revela, de manera palmaria, la “falla básica” que asfixia a la comunidad humana cuando se aventura a vivir en grandes aglomeraciones.

Latour, en su libro *Nunca fuimos modernos*, problematiza el surgimiento de la modernidad y sus consecuencias, al sostener que la palabra *moderno* designa “dos conjuntos de prácticas totalmente diferentes”. Para explicar cuáles son, el autor sostiene que uno “crea, por ‘traducción’, mezclas entre géneros totalmente nuevos, híbridos de naturaleza y cultura. El segundo, ‘por purificación’, crea dos zonas ontológicas por completo distintas: la de los

⁹ Una síntesis interesante del concepto de *modernidad* la hace el antropólogo colombiano Arturo Escobar (2002).

humanos, por un lado, y la de los no humanos, por el otro” (2012, p. 28). Es decir, hay una manera de mirar o de vivir nuestra experiencia en el mundo natural sin considerarnos afuera de él y otra en la que existen, de manera dividida, la zona de las ciudades o pueblos, por una parte, y, por otra, los zoológicos, los acuarios, los museos de historia natural y sus especies disecadas, inclusive. Esta segunda ruta es la que —según Berman— parece haber predominado. Nos consideramos fuera de la naturaleza, la vemos como algo por conquistar, porque es indomable y amenazante, al punto que pretendemos dominarla o explotarla imaginando que no tiene límites, como si fuera un objeto extraño, ajeno o lejano a nosotros. Al explayarse más sobre esas dos prácticas, asociadas a la idea de *modernidad*, el también autor de *Cara a cara con el planeta* dice:

El primer conjunto es lo que llamé redes, el segundo a lo que llamé crítica. El primero, por ejemplo, relacionaría en una cadena continua la química de la alta atmósfera, las estrategias científicas industriales, las preocupaciones de los jefes de Estado, las angustias de los ecologistas; el segundo establecería una partición entre un mundo natural que siempre estuvo presente, una sociedad con intereses y desafíos previsibles y estables, y un discurso independiente tanto de la referencia como de la sociedad. (Latour, 2012, p. 28)

Más adelante, en *Nunca fuimos modernos*, sostiene que, si nos concentramos en las dos dimensiones descritas —purificación (lo que separa) e hibridación (lo que considera lo diverso)—, “nuestro porvenir comienza a cambiar” (Latour, 2012, p. 29). Y nuestro pasado también cambia, en la medida en que lo vemos de otra manera, y, por supuesto, también el presente, con sus magnos problemas. Al querer ser más “modernos”, creamos dos formas de serlo: una que integra y otra que separa. Se nos abre así una rendija que permite ver los bloqueos de la civilización contemporánea, especialmente de la que vive de acuerdo con las fórmulas que rotulamos como “occidentales” y que basa su organización en la lógica del libre mercado, la democracia liberal y la globalización.

Esta mirada resulta sugerente para sumergirse en el debate climático desde la cultura por varias razones. Lo esperable y mayoritario, hasta ahora, ha sido hablar del calentamiento global desde las ciencias naturales, desde el laboratorio físico o químico, o desde la meteorología. Ocasionalmente, desde la historia, pero siempre poniendo los ojos en lo que las ciencias climáticas ya habían explorado (verbigracia: la memoria del clima guardada en los glaciares). Esta tendencia parece corroborar los rastros que hacen los autores mencionados sobre la modernidad: la vigencia de los compartimentos separados o, más precisamente, los estudios de la naturaleza a un lado, los de la cultura a otro. Hasta las investigaciones que exploran las razones históricas que han generado el *Nuevo Régimen*

Climático se han ido más por la ruta de la “purificación”, de la crítica cultural, inclusive, pero han mantenido lo que este autor llama unas “relaciones atormentadas” con otras naturalezas-culturas distintas de aquellas que, como proponía Descartes, pueden concluir que es posible diseccionar un animal como si fuera un reloj.

Lo mecánico, lo separado, lo alienado preside el mundo de nuestras percepciones, al menos en las culturas más “occidentales” u “occidentalizadas”. La modernidad no híbrida, aparentemente purificadora—esa que separa la emoción de la razón, el cuerpo del espíritu, las ciudades del campo o de las selvas—, nos ha alejado de un estudio más preciso de lo que ocurre con el planeta y con la propia sociedad humana. Al mismo tiempo, fomenta imaginarios y prácticas sociales como los de los negacionistas climáticos, quienes actúan como si la “vida” solo consistiera en la experiencia humana, y que, además, han puesto en marcha una cruzada para convencer a la mayor cantidad de personas posible de que, en rigor o probablemente, no pasa nada. Para decirlo en términos *purificadores*: se puede seguir viviendo como siempre, aun cuando la Tierra se esté sobrecalentando y la biodiversidad se vea muy golpeada.

Ver el mundo bajo otra luz es lo que justamente no hacen los escépticos o negacionistas, quienes deliberadamente se quedan en la separación, en la *purificación* del mundo que segrega lo natural de lo cultural, hundidos en la *falla básica* de Berman. Notemos la diferencia entre esa forma de ver el mundo y la apelación a lo que Latour llama *naturaleza/cultura*. En un intento de síntesis, el autor propone usar un concepto más abierto como “mundo” o “hacer mundo”, como algo que—dice— se abre a “la multiplicidad de los existentes” (Latour, 2017, p. 51). En otras palabras, se abre a la diversidad de la experiencia humana, a la existencia—palpable y disfrutable—de los numerosos ecosistemas, a la forma en la que otras culturas entienden su presencia en el planeta.

Los negacionistas no están haciendo mundo en ese sentido. Más bien, tienden a crear una atmósfera que puede contribuir a destruirlo; ni su discurso ni su práctica se muestran muy inclusivos con la diversidad. No tienen un pensamiento híbrido, sino unidimensional, conectado con los grandes intereses de inmensos negocios que potencialmente pueden deteriorar más los ecosistemas, como el sembrado masivo de palma aceitera en los bosques de Indonesia.¹⁰ Entre una mirada que podría ser más amplia, compleja e inclusiva, y el tuit de Donald Trump del 6 de noviembre de 2012 que dice que el cambio climático “fue creado

¹⁰ El portal de noticias ambientales *Mongabay Latam*, que cubre con eficacia los eventos de varias zonas del planeta, ha publicado múltiples reportajes sobre este permanente problema suscitado en dicho país asiático. Sobre el tema, puede revisarse, por ejemplo, el reportaje de Butler (2014).

por y para los chinos”, está la *falla básica*. Ahí se encuentra el abismo que separa la política —la política influyente en este caso— de la ciencia y que llevó al exmandatario norteamericano a salirse del Acuerdo de París de 2016, el actual instrumento del derecho internacional que intenta luchar contra el calentamiento global. Tienta decir que Trump es un moderno *purificador* y que contribuye a contaminar el planeta no solo con tuits, sino con decisiones.

1.2. LA LARGA MARCHA DE LA CIENCIA HACIA LA POLÍTICA

¿Puede el ámbito científico volverse un campo de disputa ideológica? ¿De qué modo? ¿Lo está siendo ahora que existe una situación de urgencia, como la del *Nuevo Régimen Climático*? Si asumimos que en el pensamiento y las prácticas sociales contemporáneos hay una escisión que provoca distorsiones en nuestra visión —y en nuestra experiencia— de la naturaleza, estas preguntas resultan pertinentes. Se puede comenzar diciendo que es imposible que cualquier actividad humana esté exenta de ideología. Terry Eagleton, en su libro *Ideología: una introducción*, afirma: “No hay nada semejante a un pensamiento sin presuposiciones, y en ese sentido podría decirse que todo nuestro pensamiento es ideológico” (1997, p. 22). Surge, entonces, la pregunta: ¿de qué modo lo es en el bastante codificado —y por definición escéptico— medio científico, en el que aparentemente todo tiene que comprobarse, en el que no deben existir las presuposiciones y en el que se requiere separar los hechos del valor que se les da?

El propio Eagleton ofrece algunas pistas para entenderlo al decir más adelante: “el término ideología, en otras palabras, parece que hiciera referencia no solo a sistemas de creencias sino a asuntos relativos al poder” (1997, p. 24). Este es precisamente el gran tema de los estudios culturales: cómo funciona el poder y, para los propósitos de esta tesis, cómo lo hace respecto de la discusión global sobre el calentamiento anormal de la Tierra. Por eso, en este punto, se torna necesario hacer un breve itinerario de cómo aparecen los primeros estudios sobre la probable incidencia de la actividad humana en el clima terrestre. Tal como se verá, surgen en un contexto, en el cual el propio confinamiento de la ciencia a un ámbito separado —desde donde no ejercía mayor incidencia en el territorio político— respondía a un modo de concebir el mundo, a un orden en el que el poder se movía en una esfera distinta, lejana en lo posible del saber científico acumulado. Esa filosofía y práctica de mundos separados, sin embargo, en un momento sufre una crisis, ya no se sostiene, debido a las pruebas de que

el deterioro del ecosistema terrestre es creciente, un hecho que la clase política no puede ignorar. Entonces, surgen con más fuerza disputas ideológicas en la ciencia.

El primero en observar que la concentración de dióxido de carbono influye en la temperatura global del planeta fue el científico sueco Svante Arrhenius (1859-1927). Ganó el Premio Nobel de Química en 1903, pero no por esa constatación, sino por sus estudios sobre la disolución electrolítica, la disolución de las moléculas de un electrolito en sus propios átomos. Arrhenius no tuvo mayor incidencia en la política. Nótese que puede ser considerado un representante de la corriente de la modernidad que *purifica*, que ve dos zonas distintas: *lo humano y lo no humano*. Se ocupaba de los asuntos de su campo, no de los asuntos del poder. No era como Albert Einstein, quien, años después, en 1921, ganaría el Premio Nobel de Física mientras desarrollaba un intenso activismo político, y escribía y daba discursos sobre la historia, el nazismo y la especie humana. En ese sentido, Einstein era más *híbrido*: tenía un pensamiento más diverso.

¿Quién era más “moderno”? ¿Arrhenius o Einstein? Muy probablemente, Einstein, quien hasta clamó contra el uso de la bomba atómica. Sin embargo, mientras hacia mediados del siglo XX la amenaza nuclear se volvió un asunto de discusión intensa, que llegó a su penoso clímax luego de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki en 1945, el debate climático tuvo que esperar algunos años para volverse un asunto de interés público o del poder. Esto ocurrió recién a partir de 1957, cuando el científico norteamericano Charles David Keeling había comenzado a hacer mediciones en la estación de Mauna Loa, Hawai, y determinó que el CO₂ no solo influye en la temperatura terrestre, sino que su concentración está aumentando y que eso probablemente se debe a la acción humana.¹¹ Dejó como legado la curva de Keeling, que hasta hoy se emplea para medir la cantidad de carbono acumulado en la atmósfera terrestre. Como Arrhenius, Keeling no hizo activismo político. Fue un científico dedicado que hizo estas mediciones incansablemente, convencido de que no era la variabilidad natural de la Tierra la que provocaba esos cambios. Había otro agente que incidía y ese era, obviamente, el hombre. Con ello, se asomó, a tientas, a la “falla básica” de Berman. Antes de él, los cambios en el clima eran atribuidos a la propia naturaleza, pues el hombre estaba en otro ámbito, en otro planeta acaso (Barral, 2019).

Lo que vemos en este personaje es eso: un asomo tal vez inconsciente e inesperado, a cerrar la brecha entre naturaleza y cultura, o entre ciencia y política. Es interesante constatar,

¹¹ Para más datos sobre la vida e investigaciones del señero científico Charles David Keeling, incluyendo las que realizó sobre el dióxido de carbono, véase el portal del Scripps CO₂ Program: http://scrippsco2.ucsd.edu/history_legacy/charles_david_keeling_biography

además, que todos estos hechos fueron ocurriendo cuando crecían las ciudades y aumentaba la población en el planeta, cuando el mundo había salido de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y cuando ya existía en el planeta una organización internacional con fines ambientales, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), fundada por el biólogo evolutivo Julian Huxley en 1948. Estas coincidencias en el tiempo sugieren que la especie humana en su conjunto, y los científicos en particular, comenzaban a caminar un poco dubitativos en la esfera pública, y luego hicieron sentir su voz en el territorio político y en la sociedad.

Hay un dato fundamental que debe tenerse en cuenta sobre Keeling, quien murió el 20 de junio de 2005 a los 77 años. Tres años antes de fallecer, recibió la Medalla Nacional de la Ciencia, nada menos que de manos de George W. Bush, el presidente que ya entonces se había negado a ratificar el Protocolo de Kioto, creado en 1997, el instrumento internacional previo al Acuerdo de París para enfrentar el cambio climático. Este hecho revela ese acercamiento cauteloso entre científicos y políticos, que venía ocurriendo desde la década de 1960. Las señales las podemos rastrear retrocediendo un poco en el tiempo. Coincidiendo casi con las primeras mediciones de Keeling, realizadas entre 1953 y 1956, la bióloga estadounidense Rachel Carson publicó el señero libro *Primavera silenciosa* (1960), en el que alerta sobre los efectos de los insecticidas, concretamente del dicloro difenil tricloroetano (DDT), en el ecosistema global. Uno de sus párrafos es casi fulminante y gatilla el surgimiento de la conciencia ambiental contemporánea:

La historia de la vida en la Tierra ha sido una historia de interacción entre los seres vivos y su entorno. En gran medida, la forma física y el carácter de la vegetación terrestre y de su vida animal, han sido moldeados por el ambiente. Si se considera la totalidad de la duración de la existencia de la Tierra, el efecto contrario, en el que la vida modifica realmente su entorno, ha sido relativamente moderado. Sólo dentro del momento de tiempo representado por el presente siglo, una especie (el hombre) ha adquirido una capacidad significativa para alterar la naturaleza de su mundo.
(Carson, 2010 [1962], p. 6)

Carson es considerada la pionera del movimiento ambientalista y, sintomáticamente, luego de haber enfrentado muchas críticas y acusaciones de ser fantasiosa, también fue reconocida por un mandatario estadounidense. Atendiendo a sus investigaciones, en 1963, el presidente John F. Kennedy promovió un Comité de Asesoría Científica para seguir investigando los efectos sobre los que ella alertaba. De ese modo, se habrían sembrado las semillas de lo que, en el futuro, sería la Agencia de Protección Ambiental (EPA, por sus siglas en inglés), creada en 1972. Estos eran los primeros arrebatos de cómo la ciencia iba generando un impacto en el ámbito político. No resulta aleatorio que, en el mismo año de

1972, se realizara en Estocolmo, Suecia, la Conferencia sobre el Medio Humano, la primera cumbre mundial que, de alguna manera, trató el tema ambiental. Nótese que, en ese momento, la forma de nombrar a la reunión sueca no empleó aún la frase *medio ambiente*. Utilizó, en cambio, los términos *medio humano*, debido a que, entonces, no resultaba totalmente claro que el hombre impactaba fuertemente los ecosistemas. Podría decirse que el nombre mismo del evento destilaba el aire de la modernidad *purificadora*: los hombres acá, el ambiente o la naturaleza por allá.

La brecha permanece; la escisión básica provocada por un tipo de modernidad continuaba. No había una apertura decidida a los *múltiples existentes* desde el nombre de la conferencia, aun cuando se aprobó una declaración de 26 principios, entre los cuales se proponía una moratoria de diez años en la caza comercial de ballenas y varias medidas de prevención para evitar el vertido de petróleo en los océanos. Un dato adicional importante es que —por discrepancias políticas propias de los tiempos de la Guerra Fría— no asistieron ni la Unión Soviética ni los países que, junto con ella, conformaban la llamada *órbita socialista*. Sin embargo, más relevante aún es que el principio 1 del documento final decía, a la letra, lo siguiente: “El hombre es a la vez obra y artífice del medio que lo rodea, el cual le da el sustento material y le brinda la oportunidad de desarrollarse intelectual, moral, social y espiritualmente” (ONU, 1973). No se asumía en ese momento, con la suficiente claridad, que ese ser “artífice” del medio circundante estaba causando tremendos impactos en la biósfera. Se hablaba, sí, en el principio 5, de que “los recursos no renovables de la tierra deben emplearse de forma que se evite el peligro de su futuro agotamiento” (ONU, 1973), pero el puente más claro entre la ciencia y la política no estaba construido sólidamente.

Ese mismo año, el Club de Roma (organización no gubernamental creada en 1968 por políticos, científicos y empresarios de diversos países) emitió su informe denominado “Los límites del crecimiento”, cuya hipótesis central era que la Tierra tenía límites y que el crecimiento poblacional podía impactar seriamente en el ecosistema terrestre. La década de 1970 fue una época, en suma, que perfiló el intento de cerrar lo que Marx llamó “fractura metabólica”, esa perturbación del hombre en la interacción con la tierra (Bellamy, 2008). Aunque el pensador alemán no habló de la *Tierra*, con mayúscula, se entiende que observó esa presión excesiva sobre el entorno.

Martí Boada y Víctor M. Toledo, en su obra *El planeta, nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad* (2003), han detallado cómo este viaje de la ciencia a la política pasó por diversas etapas que hicieron énfasis en la educación, en la economía, en la sociología y, finalmente, en las grandes esferas del poder. Lo que acá nos convoca es

entender cómo se produjo ese acercamiento entre esos mundos aparentemente separados, como si existiera una línea divisoria rígida, prácticamente infranqueable. ¿Se volvió la ciencia una ideología? ¿Se politizó? ¿Cómo terminó influyendo en las decisiones de alto nivel? ¿Qué ocurrió en el ecosistema cultural humano para que esto se moviera? ¿Por qué la neutralidad axiológica se fue esfumando paulatinamente?

En términos de Berman, podría decirse que tal periplo intentó “cerrar la brecha”. Las investigaciones de Keeling, de Carson, del Club de Roma revelaron que el modo de desarrollo establecido, probablemente desde la Revolución Industrial, a mediados del siglo XVIII, nos estaba pasando la factura. El piso no estaba parejo; muchas personas lo intuían o, incluso, lo sabían (los científicos), pero esta gradual avanzada de la ciencia en busca de desentrañar qué le pasaba a la Tierra lo desnudó. En cierto modo, propició un “proceso de verdad”, tal como lo describe Alan Badiou en su libro *La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal*: “Solo hay ética de las verdades. O más precisamente: únicamente hay ética de los procesos de verdad, de la labor que hace advenir al mundo algunas verdades” (Badiou, 2004, p. 116). El viaje de la ciencia al terreno de lo político también sería, en términos de este autor, un “acontecimiento”:

Digamos que un sujeto, que sobrepasa al animal (pero el animal es su único sostén) exige que algo haya pasado, algo irreductible a su inscripción ordinaria en “lo que hay”. A este *suplemento*, llamémoslo un *acontecimiento*, y distingamos al ser-múltiple, donde no se trata de la verdad (sino solamente de opiniones), del acontecimiento que nos constriñe a decidir una *nueva* manera de ser. (2004, p. 70)

Al *acontecimiento*, al descubrimiento de ese suplemento —la constatación de que se está produciendo un calentamiento global— se va llegando como consecuencia de los trabajos de Keeling y de Carson, y gracias al activismo de esta última. Ya no era posible ocultar la verdad climática: ya había aparecido en el territorio de la ciencia con fuerza y comenzó a impactar en lo político. Las autoridades y los organismos internacionales asumieron que se trataba de algo real y, en términos éticos, no quedaba más que ser fiel al *acontecimiento*. Toda la serie de hechos suscitados desde la década de 1960 y, con más énfasis, en la de 1970 fue sacudiendo certezas, dejó sin piso a las visiones escindidas de la experiencia humana. Por lo menos, lo hizo con la forma de pensar cartesiana, que, al apelar al “pienso, luego existo”, dejó de lado, en una medida preocupante, el mundo de las sensaciones, de los vínculos entre los propios seres humanos, y entre el hombre y la naturaleza, de la cual la especie humana obviamente forma parte. La verdad se filtró, empujada por las investigaciones científicas, pero, al mismo tiempo, por las continuas señales de que los ecosistemas estaban fracturados. Siguiendo a Badiou:

Entonces, ¿en qué “decisión” se origina el proceso de verdad? En la decisión de relacionarse de ahora en más con la situación desde el punto de vista del suplemento del acontecimiento. Designemos esto como una fidelidad. Ser fiel a un acontecimiento es moverse en la situación que este acontecimiento ha suplementado, *pensando* (pero todo pensamiento es una práctica, una puesta a prueba) la situación “según” el acontecimiento. Lo que, bien entendido, ya que el acontecimiento estaba fuera de las leyes regulares de la situación, obliga a *inventar* una nueva manera de ser y de actuar en la situación. (Badiou, 2004, p. 125)¹²

En la comunidad humana, fue ocurriendo precisamente eso: se comenzaron a inventar nuevas formas de ser y de actuar frente a la nueva situación, el *Nuevo Régimen Climático* o el *Antropoceno*. Es un dato relevante, a la luz de esta discusión, que en 1992 se realizara, en Río de Janeiro, Brasil, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. Debe notarse que, a diferencia de la conferencia de Estocolmo de 1972, ya no se habló de *medio humano*, sino de *medio ambiente*, un cambio relevante para nuestro análisis. El *acontecimiento* del progresivo deterioro del ecosistema terrestre fue modificando nombres, formas de entender los fenómenos, intentos de ir hacia una modernidad híbrida que ya no separe el entorno de lo humano. Esta cumbre, por no poca añadidura, incorporó el concepto de *desarrollo*, que ya había aparecido en eventos anteriores, pero que acá cobró más ciudadanía al vincularse con el cuidado ambiental. La palabra *sostenible* también fue asentándose, como una forma de anticipar que el tránsito hacia el *Nuevo Régimen Climático* o el *Antropoceno* ya estaba en curso. Por si fuera poco, en esta cumbre, se estableció la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), el instrumento internacional que llamó a los países a luchar contra el avance de este fenómeno. Entró en vigor en 1994 y, un año después, dio lugar a la primera Conferencia de las Partes (COP1) de tal convención, que tuvo lugar en Berlín, Alemania. Dos años más tarde, en la ciudad japonesa de Kioto, se realizó la COP3, cuna del Protocolo de Kioto, que comprometía a 37 países industrializados a reducir sus emisiones de GEI. Sin embargo, Estados Unidos y China —los dos más grandes emisores— no llegaron ratificarlo, por lo que hubo que esperar hasta 2008 para que pueda ponerse en marcha gracias a la ratificación de Rusia, pues debía ser ratificado por países que sumaran más del 55 % de las emisiones globales. Este instrumento tenía como objetivo bajar los GEI hasta un 5 % por debajo de los niveles de 1990. Dado que eso no se consiguió, en 2015, en la COP21 de París, se creó el Acuerdo de París, el actual instrumento internacional dirigido a enfrentar el problema del calentamiento global. En este acuerdo, ya no se habla de *compromisos*, sino de *contribuciones* de todos los países del mundo. Analizando este itinerario, se comprueba que la fidelidad al

¹² Las cursivas son nuestras.

acontecimiento que implica el reconocimiento de la crisis climática ha sido sinuosa, pero ha permanecido contra todo desánimo.

Entre las reacciones frente al fenómeno del calentamiento global, otra de las novedades fue la creación, en 1988, del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés). Como su propio sitio web declara, fue creado “para que facilitara evaluaciones integrales del estado de los conocimientos científicos, técnicos y socioeconómicos sobre el cambio climático, sus causas, posibles repercusiones y estrategias de respuesta”. Sus promotores fueron la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y el Programa de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente (PNUMA), ambas entidades de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Se trata de un grupo de científicos que representa a varios países pertenecientes a estos organismos, quienes periódicamente emiten informes sobre el estado del clima en el mundo. No realizan investigaciones por cuenta propia. Su función es revisar la literatura científica (y también económica) sobre el calentamiento global, con bastante rigor y sano escepticismo, digamos. Se producen dos borradores previos y, finalmente, se emite un informe de evaluación en el que se detalla cuál es el estado del clima en el planeta. Se trata de la institución científica más influyente sobre el tema, tal vez la que determina, con mayor rigor, si el cambio climático provocado es real o sigue en el terreno de las hipótesis.¹³

En la lógica de esta tesis, el IPCC es uno de los grupos que intenta mantenerse fiel al *acontecimiento*, que trata de afianzar el proceso de verdad sobre este tema y procura impactar cada vez más en la política. Como ya se explicó en la Introducción, lo que provoca alteraciones globales en el clima es el calentamiento anormal de la Tierra generado por la continua emisión de GEI de origen antropogénico, es decir, provenientes de la actividad humana. Lo interesante es que el IPCC no solo documenta las perturbaciones climáticas, sino, además, las consecuencias para la sociedad humana. Ese solo hecho ya habla de cómo ha avanzado en la ruta hacia una modernidad más híbrida. Recordemos que los pioneros de las investigaciones del clima únicamente empezaron a ver de dónde provenía la abundancia de GEI, no sus consecuencias en los ecosistemas.

El IPCC ha emitido ya cinco informes y en el último, hecho público en 2015, las dudas sobre la influencia de la especie humana en el fenómeno fueron reducidas al mínimo, apenas al 5 %. Cada vez que publica un informe, produce también un resumen dirigido a líderes políticos, personas con capacidad de decisión en Estados, organismos internacionales y líderes de movimientos de la sociedad civil. El impacto que este documento tiene, por cierto,

¹³ Sobre esta institución, véase IPCC (2013b).

es relativo. Los dirigentes de la comunidad mundial han hecho poco caso a lo que dice el IPCC.¹⁴ Sin embargo, su intento por cerrar la brecha entre la ciencia y la política —que busca promover una modernidad no *purificada* (esa que, como recuerda Latour, separa los ámbitos del conocimiento humano o la percepción sobre lo que ocurre)— es manifiesta. Ya no se le puede ignorar y, más aún, constituye lo que, en términos de la teoría de las relaciones internacionales, se llama un *actor intergubernamental* con gravitación global.

A estas alturas, no hay retorno. Los descubrimientos o constataciones sobre el estado del clima del mundo y su posible evolución son factores que, al ingresar en el territorio político, han ido alimentando el *Nuevo Régimen Climático*, que está cambiando las coordenadas políticas, sociales, culturales y económicas de toda la comunidad global. Como veremos en el siguiente apartado y a lo largo de toda esta tesis, los negacionistas climáticos están intentando crear nuevos *regímenes de verdad*, en el sentido foucaultiano ya explicado, para resistir y enfrentar la creciente fidelidad a este acontecimiento crucial para el destino humano, que consiste en asumir que la Tierra se calienta anormalmente.

1.3. SEMBRAR LAS DUDAS

En un editorial del diario *The New York Times*, publicado el 15 de marzo de 2003, titulado *Environmental World Games*, aparece una pista clave que ayuda a entender cómo los negacionistas o escépticos climáticos vienen desplegando una estrategia desde la política y la cultura para ganar posiciones en el debate ante la constatación de que la neutralidad axiológica va desapareciendo, teniendo en cuenta lo que eso implicaría en el terreno político (una mayor presencia del Estado en la economía o en acciones para prevenir desastres ambientales, entre otras posibilidades). El texto proviene de la filtración de un memorándum que envía Frank Luntz, consultor y estratega del Partido Republicano, quien trabajó con George W. Bush —gran negacionista climático—, a la Casa Blanca en 2002, cuando este líder político ejercía el cargo de presidente de los Estados Unidos de América. A continuación, se reseña un fragmento de lo que Luntz le recomienda al mandatario en el memorándum original:

El debate científico permanece abierto. Los votantes creen que no hay consenso sobre el calentamiento global dentro de la comunidad científica [...]. Por lo tanto,

¹⁴ La versión para responsables políticos del Quinto Informe puede revisarse en IPCC (2013a). Sobre el impacto de esta institución y de las COP, véase Acciona (s. f.).

debe continuar haciendo *que la falta de certeza científica sea un tema principal en el debate*, y se remiten a los científicos y otros expertos en el campo. (2002, p. 137)¹⁵

Lo no dicho, lo soterrado, sale de una forma sutil, pero prácticamente sin anestesia. Si se siembra la duda, cunde el escepticismo. De hecho, en inglés, se suele usar el término *climate skepticism* para referirse al “negacionismo climático”, que también es llamado *climate denialism*. El escepticismo, sin duda, es un valor científico muy importante. No hay hombre de ciencia que no lo tenga en su alforja de herramientas como una llave vital. Las ciencias se pronuncian siempre y cuando haya algo verificable, que se puede demostrar. Por eso, a veces, son acusadas de lentitud o de inoperancia. No es posible avanzar científicamente si se da por cierta cualquier especulación.

Sin embargo, este escepticismo promovido por Luntz y otros negacionistas es una entidad cualitativamente distinta. Es un descreimiento sin sentido, sin información; con fines estratégicos, además. Procura establecer un sentido común para ir construyendo un régimen de verdad alternativo que se oponga al *Nuevo Régimen Climático*. Ante las investigaciones científicas que arrojan datos preocupantes, su intención es promover la incertidumbre, acción que, como señala el investigador Maxwell Boykoff del Environmental Change Institute de la Universidad de Oxford, en su artículo “Los medios y la comunicación científica”, “trasladada por los medios a la relación científico-política [...] suele conseguir atraer gran atención y es un campo de batalla para encontrar significados” (Boykoff, 2009, p. 122). Al parecer, Luntz buscaba crear varios significados. Más adelante, en el memorándum, dice:

El debate científico se está cerrando [contra nosotros] pero aún no se ha cerrado. Todavía hay una ventana de oportunidad para desafiar a la ciencia. Los estadounidenses creen que todo lo extraño del clima asociado con El Niño tuvo algo que ver con el calentamiento global. Y hay poco que puedas hacer para convencerlos de lo contrario. Sin embargo, solo un puñado de gente cree que la ciencia del calentamiento global es una pregunta cerrada. La mayoría de los estadounidenses desea más información para que puedan tomar una decisión informada (2002, p. 138).¹⁶

En este párrafo, Luntz alude a la conveniencia para la carrera política George W. Bush de que los estadounidenses sigan creyendo que la pregunta sobre el calentamiento global no es un asunto cerrado, a pesar de que la mayoría de científicos del mundo dan por hecho que el fenómeno es real y admite pocas dudas. Así, al menos en Estados Unidos, la brecha entre

¹⁵ La traducción y las cursivas son nuestras.

¹⁶ La traducción es nuestra.

ciencia y política —la modernidad *purificadora* que no encuentra, deliberadamente, las conexiones entre diversos ámbitos del conocimiento y la experiencia humanos— irrumpió en escena. Las palabras de Rachel Carson —pionera del ambientalismo y de otra modernidad, la mujer que intentó combatir la *falla básica* que nos impide crear un vínculo distinto con el entorno natural—, años después, no fueron escuchadas.

Hay algo más que Luntz señala en ese memorándum y que es incluso audaz. En una de sus líneas, afirma: “Se debe ser aún más activo en el reclutamiento de expertos que simpaticen con su opinión, y mucho más activo en hacerlos parte de su mensaje” (2002, p. 138).¹⁷ Nuevamente, se le hizo caso. El 28 de julio de 2003, James M. Inhofe, presidente de la Comisión de Medio Ambiente y Obras Públicas del Senado estadounidense, emitió una declaración en la que alude y cita a varios científicos que tendrían dudas sobre el calentamiento global. En una parte en la que procura explicar su postura, afirma:

Un elemento muy crítico para nuestro éxito como formuladores de políticas es cómo usamos la ciencia. Eso es especialmente cierto para la política ambiental, que se basa en gran medida en la ciencia. He insistido en que las agencias federales utilicen la mejor ciencia no política para impulsar la toma de decisiones. Curiosamente, he sido duramente criticado por tomar esta postura. Para los extremistas del medio ambiente, mi insistencia en una ciencia sólida es escandalosa. (Inhofe, 2003)

El que hable de “ciencia sólida” o “no política” llama nuevamente a las preguntas ya formuladas en este apartado: ¿Debe la ciencia ser prescriptiva? ¿Tiene derecho a proponer cambios a nivel político o, incluso, a exigirlos? La imagen que se tiene de “lo científico” se asienta, por lo general, en que es un ámbito en el que debe existir neutralidad. El planteamiento de Max Weber, mediante el que alude a la necesidad de separar los hechos del valor que les damos a esos hechos, está presente en su libro *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. En uno de sus pasajes, afirma: “La ciencia empírica no es capaz de enseñar a nadie lo que ‘debe’ sino solo lo que puede y —en ciertas circunstancias— lo que ‘quiere’” (Weber, 1993 [1969], p. 12).

En su libro *El reencantamiento del mundo*, Morris Berman (1987) juzga que esta y otras ideas vienen circulando más o menos desde el siglo XVII, con Descartes y otros filósofos, y que dan origen a lo que él llama “la conciencia científica moderna”. Se trata de una visión del mundo en la que el tiempo es lineal, no cíclico; en la que puede haber una distancia emocional con las cosas o con las personas; en la que la naturaleza puede ser manipulada, diseccionada; en la que los animales están *allá* y nosotros, los hombres, *acá*. No hay significados inmanentes.

¹⁷ La traducción es nuestra.

Es como si el mundo estuviera “desanimado” y todo pudiera analizarse sin asumir compromiso alguno con lo que acontece.

Es imposible no asociar esta corriente de pensamiento con las ideas esgrimidas por algunos de los negacionistas climáticos para quienes la economía, las finanzas y la política no tienen que ver con el clima. De hecho, como recuerda Latour, uno de los argumentos del presidente norteamericano George Bush (padre) en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro de 1992 fue “nuestro modo de vida no es negociable”. Es muy probable que tal proclama haya surgido de un negacionismo, digamos, informado, más que del desconocimiento (para ese año, los estudios sobre el clima ya eran bastante conocidos). Sin embargo, si esto puede tener calado en un debate mundial es justamente porque la atmósfera contemporánea permite que tal propuesta política —ya no solo unas ideas— graviten debido a que se asume que la ciencia explora, investiga, verifica, pero no juzga. No es prescriptiva, en suma: no decide políticamente nada. Como dice Berman: “La ciencia moderna está basada en una distinción marcada entre hecho y valor; puede decirnos únicamente cómo hacer algo, no qué hacer o si debiéramos hacerlo o no” (1987, p. 51).

Inhofe, luego, cita a varios científicos que, supuestamente, cuestionan los estudios sobre el clima y al mismo IPCC, al cual acusa de ser impreciso en sus formulaciones sobre la influencia del hombre en el calentamiento global. Llama “alarmistas” a quienes advierten sobre la subida de la temperatura a nivel global y, para explicarse, alega no solo que los estudios no son concluyentes, sino que, por ejemplo, la Antártida occidental, más bien, se ha enfriado y su capa de hielo se ha engrosado. Las citas de Inhofe son abundantes, algunas bastante detalladas y, efectivamente, aluden a científicos que dudan de la influencia humana en la alteración del clima, pero que no rechazan totalmente esa posibilidad.

Sin embargo, hay un asunto que debe tenerse en cuenta: el calentamiento global no produce, necesariamente, más calor. También puede producir más frío, debido a que altera el sistema climático global, un hecho sobre el que el IPCC y varios científicos han insistido. Los eventos de frío extremo, como los que ha habido en los últimos años en Estados Unidos, no anulan en modo alguno la existencia del cambio climático, porque no es lo mismo el *tiempo* (las condiciones atmosféricas en un período corto y en un lugar determinado) que el *clima* (las mismas condiciones, pero analizadas a largo plazo y en un espacio más amplio) y, menos aún, que el *clima global*. La propia Administración Nacional Aeronáutica del Espacio (NASA, por sus siglas en inglés) se muestra bastante neutral en sus informes sobre el cambio climático. Sin embargo, en un informe presentado en febrero de 2020 junto con la NOAA advierte sobre un hecho que los políticos —estadounidenses principalmente, aunque

también los del resto del mundo— no pueden desconocer: las temperaturas globales en la Tierra durante 2019 fueron las segundas más cálidas desde que se tiene un registro moderno, es decir, 1880 (NASA, 2020). ¿También se volvieron prescriptivas la NASA y la NOAA?

En su ensayo “Negacionistas, refractarios e inconsecuentes: sobre el difícil reto de reconocer el cambio climático”, publicado en el libro *Cuatro grandes retos, una solución global* (2010), el biólogo Francisco Heras, de la Universidad Autónoma de Madrid, procura establecer una tipología del negacionismo y plantea cuatro perspectivas: la psicológica, la política, la informativa y la educativa. La primera —dice él— apela a una *función autoprotectora* del ser humano, que prefiere “impedir que prestemos atención a potenciales amenazas” (Heras, 2010, p. 127); la segunda perspectiva, la *política*, hace del negacionismo una seña de identidad partidaria o social, tema sobre el que abundaremos en el capítulo 3. La tercera de las perspectivas, en su pretensión de equilibrar posiciones informativas, le da el mismo peso a afirmaciones científicas y seudocientíficas. Por último, la cuarta, la *educativa*, es una de las más alarmantes. Se basa en la “inadecuada comprensión de la naturaleza de la ciencia” (2010, p. 28). El ejemplo clásico es el del expresidente estadounidense Donald Trump, quien confunde el tiempo con el clima en un tuit emitido desde su cuenta personal el 28 de diciembre de 2017.

Bajo la tipología de Heras, Inhofe parece ser un *refractario*. Es decir, alguien que prefiere no saber, no entender, no padecer, y que, por supuesto, opta por sembrar la duda de manera estratégica. Para describirlo con más precisión, escribe lo siguiente:

Algunos investigadores han resaltado que esta actitud refractaria puede ser consciente o voluntaria (como cuando cambiamos de canal en la televisión para evitar escenas o noticias desagradables), pero a veces no somos enteramente conscientes de esa desconexión o bloqueo. En este sentido, algunos autores han descrito estados mentales, o incluso culturas, en las que domina un ambiguo “saber, pero no saber” que nos mantiene en una cierta ignorancia. (2010, p. 128)

Como ha explicado Latour en su libro *Cara a cara con el planeta* (2017), el calentamiento global es quizás el objeto de conocimiento mejor documentado y más desarrollado, de modo que es prácticamente imposible no pasar a la acción. Pero ya sea que se responda desde el plano psicológico, informativo o político, se mantiene lejos el problema climático, no se percibe, no se siente del mismo modo en que se percibió la crisis financiera de 2008. El aire parece estar allí, sin inmutarse; en cambio, es visible que las cuentas de ahorros pueden ser empequeñecidas o capturadas. No se correrá del mismo modo tras una caída del dólar que por un inesperado aumento de la temperatura, salvo que este último provoque un desastre

que maltrate la economía, como ocurre cada vez con más frecuencia, por ejemplo, cuando se desata una sequía o una ola de calor con efectos devastadores. No es casual, por ello, que el propio Inhofe haga énfasis en lo económico cuando pretende argumentar contra la certeza del cambio climático, cuando siembra las dudas sobre el fenómeno:

Según un estudio reciente del Centro de Energía y Desarrollo Económico, patrocinado por la Cámara Nacional de Comercio Negra y la Cámara de Comercio Hispana de los Estados Unidos, si los Estados Unidos ratifican Kioto o aprueban las políticas climáticas internas de manera efectiva al implementar el tratado, el resultado "dañaría de manera desproporcionada a las comunidades minoritarias de Estados Unidos y pondría en riesgo el avance económico de millones de negros e hispanos en Estados Unidos [...]. Entre los hallazgos clave del estudio: Kioto costará 511,000 empleos en manos de trabajadores hispanos y 864,000 empleos en manos de trabajadores negros; las tasas de pobreza para las familias minoritarias aumentarán dramáticamente; y, debido a que Kioto provocará precios de energía más altos, muchas empresas minoritarias se perderán (2003).

Al referirse a Kioto, Inhofe alude al Protocolo de Kioto que, como ya explicamos, establecía límites a la emisión de GEI a los países más desarrollados en el momento en que se creó (1997). Luego, apunta un argumento clásico desde el punto de vista económico de los negacionistas al sostener que "las políticas de Kioto y similares a las de Kioto [...] causarían el mayor daño a los más pobres entre nosotros" (2003). Los continuos informes del Banco Mundial (BM) van a contracorriente de esa afirmación. Desde hace varios años, esta y otras entidades insisten en ese tema. El 30 de marzo de 2015, Jim Yong Kim, entonces presidente de esta organización multinacional, publicó el artículo "Luchar contra el cambio climático por nuestros hijos" en el blog *Voces/Perspectivas del desarrollo*, del Banco Mundial. Allí sostiene con claridad que "si no controlamos el cambio climático, no podremos cumplir con la misión de acabar con la pobreza".

En las ideas de Inhofe, nuevamente vemos la impronta de la escisión entre naturaleza y cultura. Se trata de alguien que no percibe, o no parece percibir, el peso de la amenaza climática. Vive más en el ámbito de la cultura o de cierto tipo de cultura (muy ligada al consumismo y los grandes intereses transnacionales), y cree que ese es el *mundo*, que lo otro no le compete, o que lo puede mirar como si fuera un espectador, porque finalmente no se puede contar numéricamente. La *falla básica* de Berman yace otra vez en esta actitud refractaria frente a lo que, si estuviéramos más alertas hasta con nuestro propio cuerpo, sería evidente. Una de las consecuencias más serias del cambio climático —no hay que olvidarlo— es que los problemas de salud se expanden por el mundo alentados por la proliferación de plagas y enfermedades. Un refractario, empero, no hace la conexión, porque

su visión es escindida y “purificadora”. Piensa, primero, en la pérdida de empleos, como si no advirtiera que las alteraciones del clima pueden ocasionar una caída del empleo de manera dramática o un declive de la economía, tal como lo planteó, ya en 2007, el economista británico Nicholas Stern, quien realizó una investigación encargada por el Gobierno del Reino Unido titulada *La economía del cambio climático*. En esta, hace pronósticos nada tranquilizadores de lo que le espera al planeta:

Con un calentamiento de 5-6 grados centígrados, que es una posibilidad real para el próximo siglo, modelos actuales —en los que se incluye el riesgo de cambios climáticos abruptos y en gran escala— han calculado pérdidas medias de 5-10 % del PIB mundial, con costes para los países pobres superiores al 10 % del PIB. (2007, p. 9)

El informe Stern va a contracorriente de la neutralidad axiológica de Weber. No solo señala lo que está ocurriendo con el clima; también advierte lo que puede pasar con la economía mundial. Por si no les bastara con el frente científico, a los negacionistas ahora se les abrió otro flanco, desde la ciencia económica. Los informes del BM y el informe Stern van cerrando las brechas, las fallas básicas varias; dejan de ser neutrales y comienzan a saltar al campo político y social. Se muestran fieles al *acontecimiento* —para volver a Alan Badiou— que, en este caso, es esa suerte de crac provocado por las alteraciones del clima terrestre. A través del PNUMA, inclusive la ONU ha lanzado la propuesta de una *economía verde*, que define como aquella “que resulta en un mejor bienestar humano y equidad social reduciendo significativamente los riesgos ambientales y las escaseces ecológicas” (PNUMA, s. f.).¹⁸ Si no la guerra, al menos el enfrentamiento entre dos cosmovisiones está en curso: la de quienes aceptan la existencia del cambio climático y proponen medidas para contenerlo o adaptarse, y la de quienes lo rechazan, minimizan e ignoran sus impactos.

La otra categoría que establece Heras, la de los *inconsecuentes*, incluye a quienes saben de qué se trata el calentamiento global y lo entienden “cada vez mejor”, pero deciden ignorar los efectos que el fenómeno puede provocar. Bajo esa premisa, la vida continúa, y las costumbres y prácticas extraviadas también:

Esta respuesta no es extraña: existen numerosas evidencias empíricas que indican que los humanos no nos comportamos necesariamente de forma coherente con lo que sabemos o pensamos. Pero la amplitud de la inconsecuencia climática evidencia

¹⁸ Más datos sobre la *economía verde* se pueden encontrar en el portal del PNUMA y en el vínculo: <http://web.unep.org/es/rolac/econom%C3%ADa-verde>

que existen barreras significativas que dificultan que el conocimiento y la sensibilidad se traduzcan en acciones responsables. (Heras 2011, p. 29)

Aquí conviene detenerse en la varias veces citada formulación de Karl Marx: “no lo saben, pero lo hacen”, la cual es sacudida por Slavoj Žižek en su libro *Por qué no saben lo que hacen. El sinthome ideológico* (2017). En el capítulo 3, Žižek explora qué es la “razón cínica”, así como el “cinismo” en sí, y formula estas palabras:

El cinismo no es una actitud directamente inmoral, sino más bien la propia moralidad al servicio de la inmoralidad: la “sabiduría cínica” consiste en entender la honestidad como la forma más consumada de falta de honradez, la moralidad como la forma suprema de disolución, la verdad como forma más efectiva de la mentira. (2017, p. 74)

Siguiendo la línea de mi argumentación, un *inconsecuente* es alguien que, con una honestidad rotunda, digamos, entiende lo que pasa (el calentamiento global), lo comprende cada día más, pero con la misma honestidad asume que no le importa, que seguirá haciendo lo que hace. Ese parece ser el caso de Luntz y sus continuos llamados a sembrar las dudas acerca de la certidumbre de las investigaciones sobre el clima. Hacia el final del memorándum ya citado, en la parte denominada “Conclusión: redefinir las etiquetas”, sostiene lo siguiente respecto del uso del lenguaje sobre el tema climático:

Es hora de que comencemos a hablar sobre el “cambio climático” [...]. El “cambio climático” es menos aterrador que el “calentamiento global”. En un grupo de enfoque, el participante observó que el cambio climático “suena como si estuvieras yendo de Pittsburgh a Fort Lauderdale. Mientras que el calentamiento global tiene connotaciones catastróficas adjuntas”. Para ellos, el cambio climático sugiere un desafío más controlable y menos emoción. (Luntz, 2002, p. 142)¹⁹

Heras atribuye esa actitud inconsecuente, por un lado, a la “percepción de la insignificancia de nuestras acciones” (2010, p. 130), que sugiere que, hagamos lo que hagamos, no habrá ningún efecto real; o a la “percepción del coste de la acción responsable” (2010, p. 129), que desliza desafíos concretos muy difíciles de asumir, tales como movilizarse en bicicleta y ya no solo cargar el teléfono menos horas. Por añadidura, el biólogo español sostiene que otra de las razones que alimentan esta actitud es la incertidumbre frente a la evolución del fenómeno, es decir, guiarse por aquello que el sagaz Luntz proponía: la duda existe, nada está dicho. Por lo tanto, no vale la pena hacer mucho —o, mejor, no hacer nada—, pues nuestro cambio de prácticas no tendrá mayor impacto: tal vez, ni siquiera son ciertas las afirmaciones de los científicos. Por último, vivimos en un mundo complejo —Heras alude a

¹⁹ La traducción es nuestra.

ello sugiriendo que ese es el argumento de los “contextos difíciles”—, donde necesitamos volar en aviones, usar aire acondicionado (aun cuando estrictamente no lo necesitemos) o tumbar bosques en la Amazonía para construir grandes hidroeléctricas, para obtener esas comodidades que se nos aparecen como necesarias. Toda esta operación mental —diría Žižek— tiene “el efecto necesario de una eficacia social alienada” (2017, p. 75). En otras palabras: sé lo que hago o lo que no hago respecto del fenómeno climático, pero igual lo hago. Soy un negacionista honesto.

Latour, en una sentencia algo desesperada, clama lo siguiente: “¡Estos están locos a fuerza de mantenerse calmos!” (2017, p. 25). Llama a estas actitudes una “suave locura quietista” practicada por los “climatoquietistas”, quienes han “desconectado las alarmas” y viven en la conciencia —o en la ilusión más bien— de que la humanidad, o la Tierra misma, siempre encontrará una solución. A ellos, enfatiza, se les suman otros que lucen peores: los devotos de la “geoingeniería”, quienes, ante al calentamiento terrestre, apostarían por la “dominación total” (2017, p. 26): encontrar la fórmula para aplacar lo que ocurre transformando todavía más el planeta, en una suerte de capítulo más dramático aún de nuestra ruta hacia la consolidación del *Antropoceno*, un camino que podría hacer que la era del *Nuevo Régimen Climático* sea más desastrosa. ¿Esa sería la nueva modernidad, altamente *purificadora* que vendría?, ¿la resistencia mayor a cerrar la falla básica?

Difícil saberlo, pero los cada vez más frecuentes alegatos por buscar otros planetas o los delirios por los ovnis brotan como síntomas de la imposibilidad de encontrar una solución en nuestra propia casa, en nuestra propia historia, en nuestro cuerpo, para seguir a Berman, o en el cuerpo viviente terrestre, tal como llamó James Lovelock a la Tierra en su libro *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra* (1979). En esa variedad de negacionismos, se avista un germen ideológico intenso que seguiremos explorando a lo largo de esta tesis.

1.4. ¿CIENTÍFICOS EN PIE DE GUERRA?

En 2014, el IPCC emitió su Quinto Informe de Evaluación (el sexto saldrá en 2022); en este, sostiene que la concentración de CO₂ de origen antropogénico ha aumentado en un 40 % desde 1750. Estima, además, que la temperatura global ya aumentó 0.85 grados Celsius desde 1880, y podría aumentar entre 0.3 y 4.8 grados para 2100 si no se toman medidas para evitarlo. Las consecuencias, ya señaladas en los informes previos, son el derretimiento glaciar (en las montañas y en los polos), la subida del nivel del mar y la intensificación de huracanes y de otros eventos extremos. El objetivo del Acuerdo de París de limitar el

incremento de la temperatura terrestre a no más de 2 grados para 2100 —para evitar el aumento de fenómenos extremos, como sequías e inundaciones, que podrían causar grandes catástrofes— es posible si se toman las medidas adecuadas para evitar la disparada de los GEI si se sigue cerrando la brecha entre la ciencia y la política.

Conviene subrayar en este punto lo que ya precisamos en el apartado anterior: el IPCC, la mayor institución de referencia en materia de estudios sobre el clima, siempre emite un resumen para responsables políticos, con el fin de que, en los países miembro de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), así como entre los líderes sociales y políticos de todo el planeta, se tomen en cuenta los hallazgos de la ciencia y se actúe en consecuencia. En las Conferencias de las Partes (COP) de esta convención, se escenifica el encuentro entre la ciencia y la política; se trata, de algún modo, de cerrar la brecha que separa a estas dos disciplinas más o menos desde el siglo XVII. El problema es que la neutralidad axiológica de Weber sigue predominando: es un hueso climático duro de roer, porque está anclada en la cultura. El recorrido que hemos hecho por los hitos de la historia del ambientalismo, que tiende a ser zigzagueante, así lo demuestra; también lo manifiestan las propias decisiones de los dirigentes de la comunidad global.

Si se observan los acuerdos tomados en las COP para mitigar los GEI, se constatará que, debido a tal neutralidad, la política continúa imponiendo sus condiciones. El Acuerdo de París es una muestra de tal primacía, pese a que el Quinto Informe del IPCC insiste en que los riesgos van *in crescendo* y determina en un 95 % la probabilidad de que la actividad humana sea la responsable de aumentar la temperatura global;²⁰ lo que logró políticamente este nuevo protocolo internacional fue cambiar los “compromisos” por “contribuciones”. El Protocolo de Kioto obligaba a que los países más desarrollados mitiguen sus emisiones de GEI en un tiempo determinado; el Acuerdo de París involucra a los 196 países que están en la CMNUCC, pero en un acuerdo voluntario denominado “contribuciones nacionales”, que ha sido firmado a la fecha por 175 países (un país puede ser parte de la Convención, pero no firmar el acuerdo), es decir, lo que cada país decida implementar para evitar el peligroso umbral de dos grados Celsius de aumento de la temperatura global promedio. La velocidad e irreversibilidad del calentamiento global no va en consonancia con los tiempos de la política. La brecha no se cierra, la *falla básica*, el abismo entre naturaleza y cultura permanece en un asunto tan delicado como el mantenimiento de la vida en el planeta en las condiciones que hemos conocido.

²⁰ En los primeros informes, se hablaba de un 66 % y, poco a poco, el porcentaje fue aumentando.

Los apuntes de Latour respecto de este desencuentro son muy interesantes. En *Cara a cara con el planeta* (2017), sostiene que estamos, literalmente, en una guerra que no es solo una “guerra de climas”, sino una “guerra de élites”. Un signo de ello —escribe— es que el IPCC ganó el Premio Nobel de la Paz en 2007, junto con el exvicepresidente estadounidense Al Gore, uno de los políticos que más ha incidido en la esfera pública para que el tema climático cobre importancia: su libro, y luego documental, *Una verdad incómoda*, ha sido central en ello. Hay como un acomodamiento de bloques que defienden un punto de vista y otro, pero son sobre todo los negacionistas o “climatoescépticos” quienes procuran incidir más en la escena pública. Dice Latour:

La carga prescriptiva de las certezas científicas es tan fuerte que, ante todo, conviene atacarlas directamente. De ahí el desarrollo de esta pseudocontroversia que ha logrado convencer tan maravillosamente a gran parte del público de que la ciencia del clima sigue siendo completamente incierta, los climatólogos son un lobby más; el IPCC, un intento de unos científicos locos por dominar el planeta; la química de la alta atmósfera un complot “contra el *American Way of Life*”; la ecología, un ataque a los imprescriptibles derechos de la humanidad a modernizarse. (2017, p. 40)

Al parecer, los planes de Luntz, el estratega republicano, se están cumpliendo: hacer de la ausencia de certidumbre científica el argumento central. La razón es bastante evidente: si se acepta que el dióxido de carbono y los otros GEI tienen responsabilidad en la mutación climática “ya no se podría mantener jamás la descripción de los hechos separada de la atribución moral, y muy pronto de la implementación política” (Latour, 2017, p. 40). Los *lobbies* de la industria están movilizados para evitarlo. Los científicos cada vez dudan menos de la necesidad de responder, de “hacer mundo”, de hacer política, pero quizás todavía no reaccionan de manera suficiente. En otras palabras: mantener la separación radical entre ciencia y política, en virtud de la tradicional neutralidad axiológica, tendrá serias consecuencias. La misma credibilidad científica sufrirá las secuelas, porque, si los fenómenos se siguen agravando, los propios políticos les reclamarán con el tradicional argumento, cínico, de que ellos, los políticos, no lo sabían.

Es interesante, por eso, observar que ya hay un sismo sociopolítico que remueve aún más el escenario. En Estados Unidos, una de las mecas del negacionismo, la llegada de Trump al poder implicó un enfrentamiento casi abierto entre científicos y políticos. El exmandatario, para dar señales inequívocas de cuál era su posición sobre el cambio climático, nombró en la EPA a Scott Pruitt, un fiscal que, antes de ocupar ese puesto, incluso tuvo varios litigios con la agencia del Gobierno federal que hoy dirige. Un negacionista típico, militante. Los científicos respondieron. En febrero de 2018, la Asociación Estadounidense para el Avance

de la Ciencia convocó a una conferencia en Austin, Texas, que vino aparejada con marchas en esta ciudad y en otras del país.²¹ Fue un intento de abrir la conversación, aunque cabe anotar que, si se recurrió a una manifestación callejera, fue precisamente porque el diálogo se había cerrado. La impronta negacionista, ya ubicada en las altas esferas del poder, simplemente está agotando las posibilidades de que la investigación científica siga avanzando. Ha creado ya lo que Giorgio Agamben explica en su ensayo “¿Qué es un dispositivo?”, publicado en el número 73 de la revista mexicana *Sociológica* (2011). Dice el filósofo italiano al referirse a este mecanismo:

Un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas. Brevemente, lo dicho y también lo no-dicho, estos son los elementos del dispositivo. El dispositivo mismo es la red que se establece entre estos elementos [...]. El dispositivo tiene pues una función estratégica y siempre se inscribe en una relación de poder. (2011, p. 250)

El nombramiento de Pruitt en la EPA es, claramente, una “decisión reglamentaria” que trata de instalar un discurso y una práctica en una institución clave para manejar los asuntos ambientales en Estados Unidos. Los discursos de Luntz o de Inhofe también forman esta red que configura el *dispositivo*. El paso siguiente, esperable, ha sido crear *think tanks* o meterse en algunos de ellos para crear un discutible discurso científico en un momento en que la incertidumbre respecto de los datos climáticos es real.

Una investigación del diario británico *The Guardian*, publicada el 13 de junio de 2016 por Suzanne Goldenberg y Helena Bengtsson, reveló que Peabody Energy, la compañía carbonífera más grande de Estados Unidos, financió a “por lo menos dos docenas de grupos que ponen en duda el cambio climático provocado por el hombre”,²² entre ellos a *think tanks* conservadores y también a organizaciones políticas. Entre los beneficiarios se encuentran el Center for the Study of Carbon Dioxide and Global Change (Centro para el Estudio del Dióxido de Carbono y el Cambio Global), la organización Americans for Prosperity (Americanos por la Prosperidad) y el American Legislative Exchange Council (Consejo para el Intercambio Legislativo de los Estados Unidos). Todo esto se revela durante el segundo Gobierno de Barack Obama (2012-2016), quien sí estableció políticas climáticas y firmó el Acuerdo de París en 2016. Con la llegada de Trump a la presidencia al año siguiente, estas organizaciones y esta corriente en general se fortalecieron hasta el punto de tener en la

²¹ Las protestas de científicos de distintos campos contra Donald Trump tuvo varios episodios, como se detalla en una nota periodística publicada por el diario *El País* (véase Salas, 2017).

²² La traducción es nuestra.

misma Casa Blanca un aliado clave para afianzar, mediante el *dispositivo*, una relación de poder.

Esta razón explica las protestas de los científicos, incluso en las calles, acciones que fueron replicadas en Brasil desde que Jair Bolsonaro llegó al Palacio de Planalto, sede del gobierno brasileño, el 1 de enero de 2019. Bolsonaro es un negacionista climático abierto al igual que Trump (los perfiles de ambos serán descritos con más detalle en el capítulo 3), y el 15 de mayo de 2019 tuvo que enfrentar una protesta de profesores y estudiantes en las calles de São Paulo y otras ciudades, debido al recorte del 30 % del presupuesto de algunas universidades públicas y la supresión de 3,000 becas de investigación, tal como informó el diario *El País* de España dos días después. Antes, el 25 de abril del mismo año, ocurrió un hecho todavía más sintomático, un episodio muy claro de la “guerra de climas” que va creciendo en todo el mundo.

Por lo menos seiscientos científicos europeos publicaron, en la prestigiosa revista *Science*, una carta pública denominada “Make EU trade with Brazil sustainable”, en la que instan a su organismo comunitario —la Unión Europea— a que, en vista de que está en negociaciones comerciales con Brasil, su segundo socio comunitario, aproveche la oportunidad “para garantizar que proteja los derechos humanos y el medio ambiente” (Kehoe et ál., 2019, p. 341).²³ Más adelante, la misiva sostiene que los pantanos, selvas y sabanas del gran país sudamericano son cruciales “para la estabilidad de nuestro clima global” (Kehoe et ál., 2019, p. 341).²⁴ Se trata de uno de los más claros ejemplos recientes de abandono de la neutralidad axiológica por parte de la ciencia. Ha ocurrido antes varias veces en relación con temas como la energía atómica, pero lo interesante es que ahora se dirige específicamente al problema del calentamiento global y a un país que cuenta con grandes ecosistemas tropicales como la Amazonía y la Mata Atlántica. Estos lugares son clave para neutralizar la ascendente emisión de GEI que agrava la situación: los bosques son sumideros de carbono; al captar el CO₂ circulante, fijan el carbono y liberan oxígeno, una operación vital para “descarbonizar” al planeta.

La cantidad de alertas sobre el clima lanzadas a nivel planetario por organismos intergubernamentales e, incluso, por coaliciones de varios organismos, aumenta. El 22 de septiembre de 2019, se publicó un informe, quizás uno de los más señeros e importantes en tanto ya no lo emite solo el IPCC, sino el Grupo Consultivo Científico de la Cumbre sobre Acción Climática de las Naciones Unidas. Se trata de un colectivo de instituciones científicas

²³ La traducción es nuestra.

²⁴ La traducción es nuestra.

convocado por Antonio Guterres, el secretario general de la ONU para esta cumbre, realizada en Nueva York, a la que asistieron varios jefes de Estado. Lo coordina la Organización Meteorológica Mundial (OMM) y lo conforman, entre otras instituciones, la University College de Londres, la Universidad de Oxford, el Consejo Internacional de las Ciencias, la Universidad de Chile, el Centro para la Investigación Política de Nueva Delhi, el Imperial College de Londres, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y el IPCC. Resulta relevante que se reúnan, en un haz de preocupación e investigación, instituciones públicas, privadas e interestatales. Todos los integrantes de este grupo son científicos y su diverso origen sugiere que el propósito de cerrar la brecha entre la ciencia y la política —o, en este caso, entre lo público y lo privado— se intensifica.

Este informe, acaso uno de los más completos emitidos hasta ahora y que ya no cuenta únicamente con el respaldo del IPCC, ofrece nuevos datos perturbadores: el quinquenio más cálido jamás registrado ha sido el que va de 2014 a 2019; el hielo marino del Ártico se ha derretido a una tasa del 12 % entre 1979 y 2014; las emisiones de CO₂ llegaron a ser de 37,000 millones de toneladas en 2018, un nivel que no tiene precedentes. A pesar de que el informe es básicamente científico, la proclividad a la duda en el documento. El PNUMA, para citar una parte central y decidora, sostiene que, de cualquier forma, aunque se cumplieran las contribuciones nacionales establecidas en el Acuerdo de París por los países que lo conforman, la temperatura terrestre aumentaría entre 2.9 y 3.4 grados Celsius para 2100. Ya no será posible evitar el peligroso umbral de los 2 grados, salvo que se aumenten las “contribuciones”, un hecho que parece ausente en el libreto político de varios países. La política, en resumen, bloquea las rutas propuestas por la ciencia. Sin embargo, de todas maneras, la ciencia habla, al punto de que fue el propio Guterres quien dio a conocer los resultados ante los asistentes a la cumbre. Todo esto camina en la dirección de generar una modernidad híbrida, en medio de tensiones, pero de manera inevitable.

El tiempo corre en contra de la posibilidad de enfrentar el problema climático con realismo y decisión, y la condición previa para ello sería crear una verdad aceptable, consensuada, de modo que la política y la ciencia se encuentren y actúen juntas ante la irrupción del *Nuevo Régimen Climático*, que ha cambiado radicalmente las coordenadas políticas. Latour no se toma con ambages este dilema y dice: “Si es cierto que ‘la primera víctima de la guerra es la verdad’, entonces la segunda ha de ser la neutralidad axiológica, totalmente incapaz de resistir la insoportable tensión entre descripción y prescripción creada por el *Nuevo Régimen Climático*” (2017, p. 59).

El conflicto está desatado a partir del inevitable *acontecimiento* —en términos de Badiou— del calentamiento global, el cual provoca fidelidades, aunque también resistencias, o, incluso, infidelidades de políticos quienes, según la tipología de Heras, son *inconsecuentes*. En el Perú, recientemente, se dio una señal inconfundible de que el negacionismo climático comienza a asomar premunido del argumento de que no hay certeza científica sobre el fenómeno. En una entrevista publicada el 5 de mayo de 2019 en el suplemento “Domingo” del diario *La República*, ante una pregunta sobre el cambio climático, Roque Benavides, expresidente de la Confederación de Instituciones Empresariales Privadas del Perú (Confiep), dijo: “El mundo ha tenido épocas de congelamiento. No creo sinceramente que todo sea producto del ser humano. ¿Todo tiene que ver con el ser humano? Yo tengo mis dudas. Científicamente no está demostrado” (Camacho, 2019).

La prédica de Luntz parece haber llegado a un sector influyente de la sociedad peruana. La *falla básica* de Berman asoma en varios lugares del planeta, en el territorio de los vínculos entre el hombre y la naturaleza, perturbados por la forma en la que se ha estructurado la civilización en los últimos siglos. La economía, la política, las mentalidades, la cultura están colgadas aún de una modernidad *purificadora* que no integra los *múltiples existentes*. El abismo entre lo político y lo científico persiste, pero, a la vez, se percibe que los intentos por cerrar la brecha son cada vez más fuertes y ya imposibles de apagar.

En los próximos capítulos, exploraremos esa tensión con más detalle al analizar la trama política montada por el negacionismo climático no solo para resistir, sino, también, para mantener esa neutralidad o crear nuevos *regímenes de verdad*. La finalidad es persuadir a la mayor parte de ciudadanos de todo el mundo de que lo del calentamiento global es, cuando menos, una exageración. Con ese objetivo, se ha creado una serie de objetos culturales que intentan ganar posiciones en la escena global, en las esferas del poder y en el territorio científico para que se siga haciendo lo que se hace pese a que se sabe lo que se hace. Hacia ellos iremos en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO II

OBJETOS CULTURALES BIEN IDENTIFICADOS

En este segundo capítulo, profundizaré en diversos objetos culturales empleados para afirmar las ideas negacionistas climáticas, para expandirlas, para introducirlas en el debate público y para lograr lo advertido en el capítulo anterior: sembrar incertidumbre acerca del fenómeno, propagar la idea de que, en realidad, no existe una plena certeza de que el calentamiento global está ocurriendo o, incluso, desmentirlo rotundamente. Los negacionistas, a través de diversas estrategias, procuran seguir el consejo del estratega republicano Frank Luntz en el memorándum dirigido al entonces presidente George W. Bush citado antes: “hacer de la falta de certeza científica el problema principal” (2002, p. 137).

Con ese fin, analizaré la obra *Planeta azul (no verde). ¿Qué está en peligro, el clima o la libertad?*, de Václav Klaus (2008), expresidente de la República Checa entre 2003 y 2013; el documental *La gran farsa del calentamiento global*, del documentalista británico Martin Durkin; y algunos artículos del portal *Libertad Digital*, cuya actividad, en parte, apuntala las ideas negacionistas climáticas. Si bien mi análisis se centra en esos tres objetos culturales concretos, en cada apartado procuraré añadir otros casos que forman parte de esta red, de este dispositivo global que pretende negar los cambios climáticos en curso como consecuencia del efecto invernadero anormal de la Tierra. Como dice Giorgio Agamben en *¿Qué es un dispositivo?*, se trata de un “conjunto heterogéneo”, que incluye elementos tales como “discursos, instituciones, edificios, leyes, discursos, medidas policíacas, proposiciones filosóficas” (2011, p. 250). Todos estos elementos tejen una red y cumplen “una función estratégica concreta”, siempre inscrita en una relación de poder. Más aún, el dispositivo “resulta del cruzamiento de relaciones de poder y saber” (Agamben, 2011, p. 250).

Los libros, así como material audiovisual y digital, son parte de ese conjunto, de esa red, y en ellos centraré los análisis de este capítulo, precisamente porque tejen relaciones de poder y saber, porque pretenden contarles a los ciudadanos cierta versión de los hechos sobre el calentamiento global. Como los ciudadanos deben “saber” sobre el cambio climático de ese modo —negacionista—, se crean objetos culturales que, aparte de esparcir dudas sobre el

conocimiento científico del fenómeno, pretenden equiparar al movimiento ambientalista (o “ecologista”, como lo llama uno de los autores) con la izquierda política, con una suerte de *nuevo comunismo amenazante*. Entre los negacionistas, se percibe un consenso en torno a la idea de que la lucha contra el calentamiento global busca recortar la libertad y, más concretamente, atentar contra el libre mercado y pretende volver a una planificación central de la economía, una propuesta inaceptable para los partidarios de la llamada “era neoliberal”. Se entiende que para esta corriente lo indispensable es que se privatice la economía, rija la ley del mercado prácticamente sin controles, y se empequeñezca el Estado, a veces sin importar si se respeta o no el Estado de derecho. La admiración o tolerancia de algunos “liberales”, o neoliberales, a Augusto Pinochet, el dictador chileno, debido a que abrió la economía de ese país —aunque los resultados no hayan sido tan grandiosos—²⁵ da testimonio de ello.

Este tipo de negacionismo ve en los intentos de prever que la crisis climática se agrave una actitud “antisistema” a la que identifican como violenta y atentatoria contra la economía global; de ello, se colige que procura evitar cualquier transformación política y social originada en las urgencias que la ciencia señala sobre el aumento actual de la temperatura global del planeta. Los negacionistas climáticos se muestran como parte de la resistencia contra cualquier posible cambio a partir de la constatación de que los ecosistemas se están degradando o perdiendo definitivamente. Y son un frente cada vez más cohesionado.

Por supuesto, detrás hay un constructo ideológico, un *dispositivo* en el sentido establecido por Agamben. Así mismo, quienes elaboran estos objetos culturales suelen tener una “sabiduría cínica” que, como apunta Slavoj Žižek, “consiste en entender la honestidad como la forma más consumada de falta de honradez” (2010, p. 74). Klaus y Durkin, en algún momento, incluso reconocen saber lo que hacen, pero de todos modos lo hacen. Asumen carencias en sus discursos y, aun así, procuran consolidarlos; no los revisan. Implícitamente insisten en que el *dispositivo* siga funcionando.

Conviene precisar que un libro, un documental y un diario digital forman parte de una red que recoge distintos momentos del desarrollo de la cultura de masas. Son productos que tienen gran influencia en las sociedades, alientan el debate público e instalan visiones integrantes del imaginario colectivo. El propio Agamben sostiene que el *dispositivo* —del cual forman parte estos objetos culturales—, “tendría una naturaleza esencialmente

²⁵ El tópico que atribuye el crecimiento económico de Chile al general y dictador Augusto Pinochet Ugarte es bastante discutible. Numerosos economistas sostienen que, en rigor, este país creció bastante tras recuperar su democracia en 1990. Al respecto, véase Fajardo (2019).

estratégica; esto significa que allí se efectúa una cierta manipulación de relaciones de fuerza, ya sea para desarrollarlas en tal o cual dirección, ya sea para bloquearlas, o para estabilizarlas, utilizarlas” (Agamben, 2011, p. 250). Especialmente el material audiovisual —en este caso, el documental de Durkin— y el mundo digital —el portal *Libertad Digital*— pueden intentar darle a la opinión pública “tal o cual dirección”. Un libro como el de Haus también cumple esa función, precisamente porque, luego, genera un debate que se expande a los medios de comunicación de masas impresos, digitales y audiovisuales. Por eso, he escogido estos tres objetos culturales esenciales para la estrategia mediática de los negacionistas climáticos. Parecen haber optado deliberadamente por ubicarse en ese terreno, antes que en el mundo académico, en el que claramente están en minoría.

2.1. PAPEL MOJADO EN TINTA NO SOSTENIBLE

El libro de Klaus *Planeta azul (no verde). ¿Qué está en peligro, el clima o la libertad?* (2008) es uno de los objetos culturales centrales en esta batalla. Se trata de un ensayo corto, de 136 páginas, en las que el autor, nacido en Praga en 1941, suelta ácidas críticas contra los que él llama los “ecologistas” y contra personajes políticos como el exvicepresidente estadounidense durante el Gobierno de Bill Clinton (1993-2001), Al Gore. La clave de su argumento, sobre el que da vueltas en las cuatro partes del libro, está en el primer capítulo, *Definición del problema*. Lo expresa del siguiente modo:

Parece que *la actual lucha por la libertad —que no por el medio ambiente—* empieza a ser librada justamente con estos temas, o mejor dicho, gracias a estos temas. Esta afirmación es mucho más válida para el mundo llamado desarrollado (y sin duda relativamente muy rico) que para los países menos desarrollados (y más pobres), donde las personas tienen otras preocupaciones (mucho más terrenales). No obstante, no cabe duda de que son precisamente los países más pobres los que más tendrán que pagar por este conflicto que no es el suyo. Se convierten en rehenes de los ecologistas, que proponen frenar el desarrollo humano a un precio altísimo. (2008, pp. 13-14)²⁶

Se puede hacer un primer comentario sobre la afirmación, hecha sin muchos reparos, de que el conflicto climático no involucra a los países más pobres o menos desarrollados. Klaus asume, *a priori* y sin fundamentación sólida, que no es un asunto de estos países; es un debate creado por los “ecologistas”, quienes habrían promovido una agitación mundial que ha llegado a los grandes foros internacionales como la ONU. Más allá de que se pueda discutir

²⁶ Las cursivas son del original.

el rigor de las investigaciones sobre el clima (asunto que tampoco se sostiene con solidez en las páginas de este libro), el intento de excluir a ciertos países de un debate global tan importante revela una forma de entender la política y, ciertamente, la economía.

Se trata de la política de la exclusión, bajo el escudo de que se está involucrando a una parte de la comunidad planetaria en un problema que no es suyo; sin embargo, existen múltiples y constantes indicios de que los cambios climáticos producidos por el calentamiento global afectarán, principalmente, a los países más pobres y otras naciones que difícilmente podrán enfrentar el agravamiento de esta crisis ambiental. No es casual, por ejemplo, que, en las COP organizadas cada año por la CMNUCC, los representantes de los Gobiernos de Kiribati, Tonga o Tuvalu, pequeños Estados insulares de Oceanía que podrían ser inundados e invivibles si la temperatura de la Tierra aumenta (y el nivel de mar se eleva), sean de los más activos. Forman parte del grupo denominado, en las COP, “Small Island Developing States” (SIDS),²⁷ que reclama compensaciones de los países que son grandes emisores de GEI por los daños que están sufriendo y van a sufrir. Sería asombroso pensar que este tema no les interesa. ¿No tienen derecho a involucrarse en las soluciones? ¿Se les está engañando al incorporarlos al debate climático?

Todo momento histórico genera representaciones y objetos culturales propios que marcan los cambios sociales, agitan el debate público y que, en este caso, forman parte del *dispositivo* de Agamben. El libro de Klaus es un elemento de esos “sistemas lingüísticos y no lingüísticos” (Agamben, 2011, p. 250) que crea este mecanismo. Se inscribe, además, en “las relaciones de comunicación que transmiten información a través de la lengua, de un sistema de signos o de cualquier otro medio simbólico” (Foucault, 1984, p. 1) con el fin de sostener las relaciones de poder, en este caso, las que existen actualmente en la comunidad planetaria. Por medio de los signos contenidos en el breve ensayo, Klaus no solo insiste en la presunta duda científica sobre el calentamiento global; también lanza una señal de poco entusiasmo por la equidad global al hablar del “mundo desarrollado” y de “países menos desarrollados”, que tendrían preocupaciones “más terrenales”. A lo largo de todo el libro, esa pretensión de congelar las estructuras sociales a nivel regional y global se mantiene. Puede inferirse que el autor sí quiere una transformación, solo que esta no debe incluir el

²⁷ Los Small Island Developing States (‘Pequeños Estados Insulares en Desarrollo’) son un conjunto de pequeños Estados o países ubicados en islas que son especialmente vulnerables a los efectos del cambio climático debido a sus características. Surgió como un grupo en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (Cumbre de la Tierra), realizada en Río de Janeiro, Brasil, del 3 al 14 de junio de 1992. Actualmente son 39 y, entre ellos, se encuentran Barbados (por donde en agosto de 2019 pasó el violento huracán Dorian), Cuba, Maldivas, Cabo Verde, Haití, Kiribati y Tonga. Para más datos sobre los SIDS, véase: <https://sustainabledevelopment.un.org/topics/sids/list>

factor climático como un ingrediente central, lo que al final podría propiciar más situaciones de injusticia.

Su aparición en un momento en el que la ciencia comienza a mostrarse prescriptiva, a gravitar más sobre la política y a abandonar la neutralidad axiológica descrita por Weber no es coincidencia. Forma parte del aparato de resistencia frente al avance de la investigación y de la mayor impronta de los científicos en las esferas del poder. El IPCC, entidad a la que los negacionistas climáticos critican ácidamente, comienza a ser un actor, incluso en el ámbito de las relaciones internacionales, en tanto sus continuos informes sirven de insumo para las cumbres globales en las que se toman decisiones sobre cómo enfrentar el cambio climático. Si se disolviera el debate climático o se excluyera de este a los “menos desarrollados” bajo el argumento de que tienen otras preocupaciones más urgentes, se estaría volviendo a los tiempos en los que la ciencia y la política andaban caminos distintos. La modernidad *purificadora*, que no integra los *múltiples existentes*, propone ahora no integrar a algunos países, una acción que puede afianzar la brecha entre las naciones ricas y las más pobres.

Respecto de la economía, volvamos a citar a Stern, el economista británico autor del informe *La economía del cambio climático*, cuando afirma que “las repercusiones del cambio climático no se distribuirán equitativamente, siendo los países y las poblaciones más pobres los que sufrirán las consecuencias antes y con mayor intensidad” (2007, p. 7). El documento —ya lo dijimos— fue publicado un año antes del lanzamiento del libro de Klaus. No tenemos modo de afirmar que el expresidente checo lo había leído (aunque fue bastante publicitado), pero de todas formas se percibe que ambos textos entran en colisión, en la pugna por probar cuál es el *régimen de verdad* prevaleciente: el que acepta como una realidad el cambio climático o el que lo rechaza.

El propio Banco Mundial, en un informe emitido el 3 de marzo de 2014 durante una reunión sobre mercados de carbono realizada en México, sostiene que el cambio climático afectará “a los más pobres de los países en desarrollo” y que “las sequías o lluvias torrenciales que derivan en inundaciones son desastrosas para las personas sin defensas ni ahorros”. Incluso dentro de la lógica del mercado hay preocupación por lo que puede ocurrir con las personas más pobres del planeta si la temperatura global aumenta, hecho que Klaus no considera suficientemente en su obra. Desde este punto de vista, apartar del conflicto a los países más pobres parece aludir a la deficiencia de algunas corrientes de pensamiento liberal dominantes en la actualidad, bastante bien calibradas por Chantal Mouffe en su ensayo *Política agonística en un mundo multipolar*, publicado en 2010. Sostiene la politóloga belga:

El pensamiento liberal tiene que ser necesariamente ciego a lo político debido a que su individualismo le hace incapaz de entender la formación de identidades colectivas. Sin embargo, lo político está desde el primer momento imbricado con formas de identificación colectivas por cuanto en este campo siempre estamos tratando de la formación de un “nosotros” por oposición a un “ellos”. Lo político tiene que ver con el conflicto y el antagonismo. No tiene nada de extraño, pues, que el racionalismo liberal no sea capaz de aprehender su naturaleza, dado que el racionalismo requiere la negación misma de la inerradicabilidad del antagonismo. El liberalismo tiene que negar el antagonismo ya que, al situar en primer plano el momento ineludible de la decisión —en el sentido fuerte de tener que decidir en un terreno indecible—, lo que el antagonismo pone de manifiesto es el límite mismo de todo consenso racional. (2010, p. 6)

La crisis climática conlleva, por necesidad, al “momento ineludible de la decisión” al que alude Mouffe, a tomar medidas tan concretas como limitar la emisión de GEI o a promover políticas que persuadan a los ciudadanos para que, entre otras acciones, consuman menos plástico, se movilicen en bicicleta o compren menos autos. Eso, sin duda, crea un natural antagonismo entre quienes creen en la necesidad de hacerlo y quienes no. Al insistir en la falta de certeza sobre la crisis climática —tal como sugiere el estratega republicano Luntz—, se propone plantear que el problema prácticamente no existe. Como no existe, entonces se trata de un conflicto irreal, sin antagonismos, un escenario en el que unos exagerados han creado una corriente de opinión sobre un asunto sin base. No se puede negar que algunos negacionistas entran al debate, como el parlamentario norteamericano Inhofe, citado en el capítulo I de nuestra tesis, pero el solo hecho de que el planteamiento principal de estos consista en luchar para demostrar que el cambio climático es un invento ya sugiere que la idea no es discutir, sino *abolir* la causa que produciría un antagonismo político. En resumen, apuestan por un racionalismo liberal que, gracias a las fuerzas del mercado, neutralice un problema como el calentamiento global, que requiere algún tipo de intervención del Estado.

Otra idea que Klaus defiende insistentemente es que la izquierda mutó hacia el “ecologismo” y ahora conspira para frenar el desarrollo, la creación de riqueza. No tiene ideas, según él, y simplemente se disfrazó. Todo ello lo afirma, a pesar de que el debate climático ha convocado a diversas corrientes políticas, incluidas algunas de corte liberal o de centro-derecha, como se observa en Alemania, un país gobernado desde 2005 por la Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán) de Ángela Merkel, donde las políticas ambientalistas se han mantenido. Más aún: la propia Merkel fue, durante el mandato del canciller Helmut Kohl (1982-1998), ministra de Medio Ambiente, Conservación y Seguridad Nuclear. Es errático sostener que el ambientalismo, o las políticas que apuestan por el desarrollo sostenible, son solo una bandera de la izquierda.

Klaus ve al “ecologismo” de la izquierda como una amenaza contra la libertad de mercado, contra la democracia misma. Para él, el socialismo ha sido reemplazado por: “[...] una ideología ambiciosa, arrogante y sin escrúpulos de *un movimiento político* que, al principio modestamente y quizás incluso con buenas intenciones, *empezó con la cuestión de la protección del medio ambiente*, pero que se ha ido transformando *en un ecologismo que poco tiene que ver con la naturaleza*” (2008, p. 15).²⁸

Las cursivas son del autor y, al parecer, y tienen el objetivo de enfatizar lo que más le interesa o le preocupa. Es decir, la posibilidad de que se haga política desde el frente ambiental, lo que implicaría crear ciertas regulaciones y algo que los liberales identificados con una libertad de mercado a ultranza temen: establecer ciertos límites al crecimiento, una idea que el Club de Roma, una organización que agrupa a científicos y políticos (fundada en 1968), ya alzó en 1972, con un informe clave para el debate ambiental mundial, llamado precisamente *Los límites del crecimiento*. La idea misma de que el desarrollo sea “sostenible”, o sea que se mantenga el tiempo porque los recursos naturales no son ilimitados, va en contra de la lógica del mercado sin límites.

En otra parte, Klaus es sumamente explícito cuando sentencia que el ‘ecologismo’ “es una ideología que, haciendo trizas cualquier cosa, trata de cambiar radicalmente el mundo, al hombre, su comportamiento, la estructura de la sociedad, el sistema de valores” (Klaus, 2008). En otras palabras: que implica una profunda transformación, a la que ve como una amenaza. Es impresionante, por añadidura, que use la palabra “comportamiento”, cuando una de las cuestiones a las que, necesariamente, llama el deterioro ambiental del planeta es a cambiar las prácticas sociales. En los inicios del viaje de los estudios científicos al terreno político, el énfasis era precisamente educativo. Se pensaba que eso era suficiente, que al cambiar las prácticas sociales cambiaría la estructura social. Todas las ideologías abogan por algún tipo de ‘cambio’, pero es visible que Klaus no quiere un cambio que vaya en el sentido de esos ‘peligrosos’ ambientalistas que él percibe. A pesar de que, por citar un caso muy contemporáneo, la restricción del uso de plástico por parte de los consumidores es algo que está avanzando en numerosos países, sin importar el tipo de gobierno que tengan. Ese nuevo ‘valor’ (no usar tanto plástico) va ganando una batalla.

La declaración de Klaus en contra del posible cambio social, que podría provenir de las políticas ambientales propugnadas por Gobiernos de distinto signo político, es transparente. Cambiar la estructura de la sociedad, los valores, es visto como peligroso, como algo que hay que evitar, como si lo vigente fuera defendible. Lo interesante es que Klaus usa el término

²⁸ Cursivas en el original.

ideología para identificar aquello a lo cual se opone, como si al afirmar su propio pensamiento estuviera exento de una carga ideológica, como si todos sus alegatos en contra del “ecologismo” fueran asépticos, libres de toda contaminación político-ideológica. Sobre afirmaciones como estas, en *Ideología. Una introducción*, Terry Eagleton diría lo siguiente:

Así pues, si la ideología en ocasiones supone distorsión y mistificación, es menos por algo inherente al lenguaje ideológico que por algo inherente a la estructura social a la que pertenece el lenguaje. Hay ciertos tipos de intereses que sólo aseguran su dominio mediante la duplicidad; pero eso no significa que todos los enunciados utilizados para promover esos intereses sean engañosos. En otras palabras, la ideología no está inherentemente constituida por la distorsión, especialmente si adaptamos la noción más amplia de ideología que denota cualquier síntesis nuclear entre discurso y poder. (1997, p. 52)

Mediante su discurso y rotulando como “ideológicos” a sus adversarios, los ecologistas, Klaus busca legitimar la estructura social y excluir del conflicto político a los países más pobres, como si el problema climático no influyera en decisiones del poder que los afectan. Se puede aceptar, con justicia, las críticas a posiciones extremas de las canteras ecologistas, como las que consideran que la Amazonía debe ser intocable. Sin embargo, la operación de incluir a todos los que alertan sobre los riesgos del calentamiento global en una sola categoría, sin matices —típica estrategia de Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda nazi, para crear un *enemigo único*—, se encamina a cerrar el discurso, se dirige a descalificar todo intento de relacionar el cambio climático con los problemas sociales, con los cambios políticos, con el rigor de la ciencia.

En el prólogo de su obra, este autor sostiene que, en torno al calentamiento global, “se ha establecido una verdad políticamente correcta y oponerse a ella no es fácil, a pesar de que haya entre ellas numerosas personas, reconocidos científicos, que ven el problema del cambio climático, sus causas y consecuencias de manera diferente” (2008, p. 10). Esta última afirmación es verdadera: algunos científicos en la comunidad global piensan y declaran que se trata de un problema en torno al cual se ha exagerado o que es discutible. El mayor argumento circulante entre ellos es que el clima siempre ha cambiado, solo que se trata de una minoría, poco representativa y, con frecuencia, asociada a núcleos de poder económico fuertes, como señalamos en el capítulo 1, al reseñar un reportaje del diario británico *The Guardian* de 2016. Peabody Energy, la mayor empresa carbonífera de Estados Unidos, ha promovido *think tanks* como Center for the Study of Carbon Dioxide and Global Change (Centro para el Estudio del Dióxido de Carbono y el Cambio Global). Nuevamente, nos topamos con el intento de crear un nuevo *régimen de verdad* en el sentido foucaultiano, pero, esta vez, desde las páginas de un libro que forma parte de las redes del poder que hay detrás.

La mayoría de sus ideas está hilvanada en tono de cruzada contra la “amenaza ecologista”. Se trata de contrarrestar al *Nuevo Régimen Climático* propuesto por Latour con otra “verdad”, con otro sistema de valores que neutralice los valores emergentes, como el llamado a no consumir tanto plástico. La batalla apunta a ser dura y épica.

No obstante, Klaus también hace una suerte de confesión de parte sobre los motivos que lo inducen a publicar el libro. Sorprendentemente, allí revela su cuasi desprecio por la ciencia y los móviles políticos que lo animan. Afirma sobre su ensayo lo siguiente: “Tan solo aspira a brindar un conocimiento profano de las ciencias naturales, lo cual no me parece una desventaja. El problema del calentamiento global es más bien un asunto de las ciencias sociales que de las ciencias naturales, trata más bien del ser humano y de su libertad que de la oscilación de unas décimas de grado en las temperaturas medias” (2008, p. 12). Esta sentencia es francamente asombrosa y reveladora. Lo que procura es establecer un *régimen de verdad* en el que la ciencia no tiene voz, ninguna influencia política, una neutralidad axiológica quirúrgica. Así como aspira a excluir a los países más pobres del conflicto generado por la crisis climática, también pretende desterrar a la ciencia. Un caso impresionante de alguien que “sabe lo que hace, pero igual lo hace”. Žižek, para referirse a este tipo de pensamiento y práctica social, sostiene que hay quienes “saben que la ‘libertad’ que rige su actividad oculta el interés particular de la explotación, y sin embargo siguen rigiéndose por ella” (2017, p. 77). ¿Es posible que Klaus no intuya cuáles son las consecuencias de una afirmación como esta? Resulta improbable; sin embargo, la declara. Asumirse como profano frente al cambio climático originado por el calentamiento global del planeta es, luego de tantos informes científicos sobre el tema, cuando menos sorprendente. No va en el sentido de abonar seriamente el debate público.

Con todo, Klaus no puede evitar referirse a la ciencia, aun cuando antes ha dicho que este es más un asunto de las ciencias sociales. En el capítulo 6, denominado *Qué es en realidad el calentamiento global*, pasa revista a las afirmaciones de varios científicos que ponen en duda la gravedad del fenómeno. Varios de ellos son checos, pero también hay estadounidenses y de otros países. Cita el Cuarto Informe del IPCC (2007), en el que —como es natural en todo documento científico— aparecen dudas sobre la responsabilidad *total* del hombre en la crisis climática.

Como he apuntado en esta tesis, la ciencia siempre es rigurosa, escéptica, no da nada por hecho hasta que no haya pruebas sólidas que sustenten un descubrimiento o constatación. Klaus utiliza esa cualidad de la ciencia para descalificar la preocupación que cunde, en el ámbito político y social, a propósito del anormal calentamiento terrestre. Su discurso

negacionista trata de darle la vuelta a la habitual duda científica para convertirla en una duda al estilo de Luntz, el estratega republicano, es decir, una duda instalada, permanente, estratégica, una duda que no mira hacia adelante, sino que se congela en el presente. Eso le sirve para decir que no es posible adelantar el futuro, que no conviene hacerlo, y menos en términos económicos, por los supuestos riesgos climáticos. Sin embargo, en la actualidad, como hemos mencionado antes, el propio IPCC ya ha emitido un Quinto Informe, en el que se consignan conclusiones como la siguiente:

El calentamiento del sistema climático es inequívoco, existiendo una clara influencia humana en su evolución. Muchos aspectos del cambio climático y los impactos asociados continuarán durante siglos, incluso si se detienen totalmente las emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero. Cuanto más alteremos el clima, más riesgos de impactos severos, generalizados e irreversibles tendremos. (2014, p. 44)

La respuesta al planteamiento de Klaus de un futuro totalmente impredecible llegó siete años después de la aparición de su obra, con este informe que prácticamente desecha cualquier duda. Tan cierto resulta esto que el profesor danés Bjorn Lomborg, director del Copenhagen Consensus Center y antes un escéptico respecto del cambio climático, citado más de una vez por el expresidente checo en las páginas de su libro, posteriormente cambió de opinión y, en un artículo publicado el 24 de noviembre de 2016 en el diario *Milenio* de México, sostuvo que “no es necesario reiterar, en 2016, que el cambio climático es real y sobre todo producido por el hombre”. Todo indica que, en el debate climático mundial, también se viene produciendo lo que Badiou llama un “acontecimiento”, un hecho que provoca un giro, que cambia las coordenadas culturales de una persona, de una sociedad, como antes ocurrió en la relación entre ciencia y política, como vimos en el capítulo I. Hasta José María Aznar, el expresidente del Gobierno español, director de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), quien promovió la edición en español del libro de Klaus y lo presentó en Madrid en 2008, pasó a presidir el consejo asesor del Global Adaptation Institute en 2010. Se trata de una institución con sede en Washington que pretende “mejorar la comprensión mundial de la urgencia de la adaptación al cambio climático”.²⁹

El último capítulo del libro de Klaus se llama “¿Qué hacer?”, pregunta que él mismo responde con un rotundo “nada, esto es, nada en especial”, una afirmación insostenible, asombrosa a

²⁹ El inesperado cambio de José María Aznar, luego de haber sido un reconocido escéptico del cambio climático, se produjo en noviembre de 2010, cuando fue nombrado presidente del Consejo Asesor del Global Adaption Institute; entonces, declaró que “el mundo tenía que adaptarse al cambio climático”. Para más detalles, véase *El Mundo* (2010).

la luz de los crecientes informes sobre el deterioro del ecosistema terrestre. En las siguientes páginas, declara que no es contrario a la conciencia ecológica y que hay prácticas que deben cambiar (como apagar las bombillas encendidas inútilmente), aun cuando antes ha dicho que el peligro promovido por los “ecologistas” implica, entre otros aspectos, que se cambien ciertos comportamientos. Al final, no obstante, vuelve a insistir en que “en vez del medio ambiente, promovamos la libertad” y en que “no permitamos la politización de la ciencia” (2008, p. 111). Agrega que hay una mayoría silenciosa de científicos que no ha sucumbido a “la ilusión del consenso científico”, cuando en verdad parece ocurrir todo lo contrario. Ciencia neutral, pobres alejados del conflicto político, lucha por la libertad, negación de un problema que podría causar serios impactos en la calidad de vida de las personas son, sin duda, piezas del *dispositivo* de Agamben o de la “tecnología del poder” foucaultiana. Esta impronta negacionista tiene otros escenarios y otros objetos culturales, tal como analizaremos en el siguiente apartado. No es una batalla que tenga un solo frente.

2.2. FARSAS E IMÁGENES CALIENTES

La gran farsa del calentamiento global (The great global warming swindle), el documental de Martin Durkin es, a diferencia del libro de Klaus, un trabajo de divulgación, sin pretensiones ensayísticas, que recoge las opiniones de diversos científicos que dudan o cuestionan abiertamente la gravedad del calentamiento global. Dura 75 minutos e insiste en la idea de promover la falta de certeza científica sobre el cambio climático. Que ambos objetos culturales hayan aparecido en 2007, un año después de que Al Gore lanzara públicamente *Una verdad incómoda (An inconvenient truth)*—documental dirigido por David Guggenheim, que incluso ganó dos premios Óscar ese mismo año— es sintomático.

El documental de Gore alerta sobre el peligroso avance del cambio climático en el mundo. El miembro del Partido Demócrata fue muy felicitado por esta realización audiovisual—aunque también criticado, pues aparece contando pasajes de su vida, lo que deslizó la idea de querer reubicarse como líder político tras perder las elecciones de 2000 ante George W. Bush—. Sin embargo, para los fines de esta tesis, interesa que la coincidencia en el tiempo de la aparición del libro de Klaus y el documental de Durkin ponen en escena una lucha abierta, en la escena global, por establecer un *régimen de verdad* en el sentido foucaultiano ya descrito. Son manifestaciones mediáticas que van creando enunciados que reproducen o mantienen los sistemas de poder. Se ponen en circulación profusamente, además, y construyen un discurso que forma parte de un ‘dispositivo’ en el sentido que le da Agamben,

al ser formas lingüísticas de ese “conjunto heterogéneo” que construye una red (2011, p. 250). Son armas ideológicas para un enfrentamiento que recién se inicia.

Las alarmas parecen haberse activado luego del éxito de *Una verdad incómoda* por el peso político del personaje; más allá de lo que Klaus diga (llama “oscarizable” al documental de Gore), ello sugiere que el conflicto por la palabra pública en torno al clima está abierto con fuerza desde entonces. Aun cuando el expresidente checo quiera excluir a los países más pobres de “este conflicto que no es suyo” (Klaus, 2008, p. 14), el debate climático global se ha extendido, se ha afianzado, se ha instalado en la escena contemporánea para no retroceder. Volviendo a Mouffe, podríamos decir que ha entrado en la dimensión antagonística de la política, que “no puede desaparecer simplemente por su negación voluntaria, una actitud que es propia y característica del ademán liberal” (2010, p. 6). El antagonismo entre los negacionistas, y quienes creen que el problema del cambio climático sí existe y hay que enfrentarlo está allí, no se puede ocultar, crece a un ritmo acelerado y ya influye en la política global. Prácticamente en todas las cumbres, mundiales o regionales, se habla de este asunto de urgencia. Incluso, ha sido examinado en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por lo menos en tres ocasiones desde 2007.³⁰ Por añadidura, en la última sesión en la que se examinó, el 26 de enero de 2019, precisamente surgió un antagonismo entre Rusia y Estados Unidos, por un lado, y, por otro, los trece países restantes que participan del organismo: los tres miembros permanentes más —China, Francia y Reino Unido— y diez integrantes adicionales que forman parte del grupo rotativo.

No estamos, entonces, en un tiempo en el que se han superado pensamientos poco inclusivos, como suele afirmar cierto tipo de postura liberal “cuando se ve confrontado con la emergencia de antagonismos” (Mouffe, 2010, p. 6). Los antagonismos sobre el tema climático ya están anclados en el debate político, por lo que pretender apagarlos con el negacionismo es una operación arriesgada, acaso inútil. El *Nuevo Régimen Climático* proclamado por Latour ya no tiene retroceso. No es casual que la escritora y periodista norteamericana Naomi Klein haya titulado su libro sobre el cambio climático *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima* (2015). Una evidencia de lo sostenido por Mouffe es que Klaus puebla su libro de comentarios ácidos, despectivos, sobre Gore, sobre los “ecologistas”, sobre quien sea que pretenda poner en cuestión la “razón liberal”. Él y Durkin no muestran interés por asomarse a la política agonística propuesta por Mouffe, esa que reconoce el conflicto, pero, a la vez, el pluralismo. No ven en los que creen en la gravedad

³⁰ La última vez que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas examinó el cambio climático fue en una reunión celebrada el 11 de julio de 2018 bajo el título *Understanding and Addressing Climate-Related Security Risks*. Para un resumen de los temas debatidos, véase Futuro Verde (2018).

del calentamiento global a sus adversarios, sino a sus enemigos, a quienes no otorgan razón alguna a pesar de hechos verificables, y a quienes llenan de adjetivos como “extremistas”, “fanáticos”, “dueños de una verdad única”. La vocación por descalificar al *otro* no tiene concesiones y se le tacha de “ideológico”, como si el negacionismo climático no lo fuera también, como si no estuviera cargado de ideas.

El documental de Durkin revela una actitud similar ya desde el minuto 5, cuando una voz en *off* afirma: “Esta es la historia de cómo una teoría sobre el clima se convierte en una ideología política” (Durkin, 2007). Más adelante, agrega que “Es la historia de la distorsión de todo un campo de la ciencia”. Las pruebas que presenta para demostrar que ha habido tal distorsión no son contundentes. Más aún: algunos de los científicos que declaran luego se quejaron sobre cómo aparecen en el filme, tal como ocurrió con Carl Wunsch, profesor de Oceanografía Física del Massachusetts Institute of Technology (MIT), quien posteriormente dijo que fue “groseramente distorsionado”, según informó el diario *The Guardian* el 11 de marzo de 2007.³¹ La Royal Society, la más prestigiosa asociación científica del Reino Unido, también reaccionó con una publicación aparecida en su web el 9 de marzo de 2007, en la que Martin Rees, su presidente, declaró que “Aquellos que promueven puntos de vista científicos alternativos, pero ignoran el peso de las evidencias están apostando en un juego peligroso. Corren el riesgo de desviar la atención de lo que podemos hacer para asegurar que la población mundial tenga el mejor futuro posible” (The Royal Society, 2007).

A pesar de todas estas críticas, el documental ha seguido presentándose, aunque la aparición de Wunsch fue eliminada para las ediciones posteriores. Durkin llegó a aceptar las críticas, pero no paralizó su difusión ni revisó su hipótesis central: el calentamiento global es una farsa. No retrocedió ante las interpelaciones. Volviendo al capítulo I, a la parte en la que recojo la tipología de negacionistas climáticos descritos por Francisco Heras, podríamos decir que Durkin es un *inconsecuente*: sabe de qué trata el calentamiento global, pero, aun así, lo niega. Su actitud sugiere que se inscribe dentro de una relación de poder, ligada, en este caso, a quienes ven el fortalecimiento de las políticas ambientales en el mundo como una amenaza de tal magnitud que, según Klaus, puede “frenar el desarrollo humano a un costo altísimo” (2008, p. 14), aun cuando lo real sea que, debido a los estragos de los cambios climáticos a causa del calentamiento global, ocurriría lo contrario.

³¹ La nota informativa de *The Guardian* comenta que el científico Carl Wunsch estaría considerando emprender una acción legal contra los productores del documental *The great global warming swindle*. Para detalles sobre la protesta de Wunsch, véase, en *The Guardian*, Goldacre y Adam (2007).

El científico danés Eigil Friis-Christense, director del Instituto Nacional del Espacio de Dinamarca (Danish National Space Centre), fue otro de los que se quejó por la manera en la que fueron usadas sus opiniones en el documental. Según informó la edición del 8 de mayo de 2007 del diario *The Independent*, declaró: “Creo que varios puntos no se explicaron de la forma en que yo, como científico, los habría explicado” (Connor, 2007). La respuesta de Durkin fue agradecerle que le haga notar el error, que este sería corregido para las transmisiones futuras, pero que “no alteraba su argumento”. Es decir, no admite vacío alguno en la manera como el documental trata, presuntamente, de derrumbar la consistencia científica de las alertas sobre la crisis climática global. Durkin sabía lo que hacía y, sin embargo, lo hacía. Y siguió haciéndolo. Al respecto, resultan pertinentes las reflexiones de Žižek sobre la razón cínica en su libro *Porque no saben lo que hacen. El sinthome ideológico*:

Si la ilusión estuviera del lado del conocimiento, la posición cínica sería simplemente una posición sin ilusión: “Sabemos lo que hacemos y lo hacemos”. La paradoja de la posición cínica solo aparece si se detecta la ilusión presente en la propia realidad: “Saben muy bien que, en su actividad real, se rigen por una ilusión; sin embargo, continúan haciéndolo”. (2017, p. 77)

Buena parte de la argumentación de *La gran farsa del calentamiento global* se centra en sostener que quienes critican a los que dudan están en contra del desarrollo o tienen un vínculo con la izquierda radical. Se trata de una forma de razón cínica porque, como ya se explicó, diversas agrupaciones políticas, de distintas tendencias —y no solo en Alemania—, asumen el discurso ambientalista y promueven políticas públicas a partir de la constatación de que el problema de la crisis climática es real, no inventado. Atribuir a la “izquierda radical” tal mérito es sencillamente falaz, pues de ningún modo habría tenido el suficiente poder para crear el PNUMA o para promover la CMNUCC. Las afirmaciones según las cuales la ONU es una suerte de aparato de conspiración global o una “gran ONG” caminan en un sentido parecido, que no se sostiene con argumento alguno, pero en el que se insiste.

Patrick Moore, un disidente de Greenpeace que fue presidente de la organización en Canadá, parece exhibir un pensamiento parecido. Declara en un momento que “muchos pacifistas y activistas políticos se pasaron al ambientalismo trayendo al ‘neomarxismo’ con ellos, y aprendieron a usar el lenguaje ecologista de una forma inteligente, para establecer agendas que en realidad tienen más que ver con el anticapitalismo y la antiglobalización, que con cualquier tema ecológico o científico” (Durkin, 2007). La presencia de Moore en el documental, por cierto, causó impacto, ya que se trata de alguien que, hasta 1986, estaba en la orilla opuesta, la de los “ecologistas”, duramente criticados por Klaus y Durkin. Cuando

abandonó el movimiento, dijo que lo hacía porque este dio “un giro brusco hacia la izquierda” (Levant, 2010, p. 145), afirmación que, esperablemente, es explotada por esta historia audiovisual negacionista para reforzar la idea ya levantada por Klaus: el viejo comunismo está detrás; es la izquierda que ha mutado hacia las posiciones ambientalistas y es, finalmente, una amenaza contra la libertad. Sus afirmaciones hacen eco de un *spot* lanzado por el Gobierno de Augusto Pinochet antes del plebiscito del 5 de octubre de 1988, que perdió. En este, para responder a otro anuncio de la Coalición de Partidos por el No, que levantaba el lema “Chile, la alegría ya viene”, se escucha, tras unas imágenes, una voz en *off* que dice: “aunque el marxista se vista de seda, marxista queda” (Almada2000 [TVN], 2008, 1m 33s).

Luego, Moore trabajó para Pulpa y Papel de Asia (Asia Pulp and Paper), una gran compañía de producción papelería acusada de deforestar zonas de Indonesia y Camboya. En mayo de 2015, se presentó en el Canal+ de la televisión francesa, ante el periodista Paul Moreira, y defendió el uso de glifosato, un herbicida que se usa para destruir las plantas que alteran los ecosistemas y que, en Colombia, fue utilizado para destruir sembríos de cocaína. La sustancia ha sido objetada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), debido a que es probablemente carcinógena y se ha cuestionado su uso en varios países, entre ellos Argentina. En la secuencia televisiva, reseñada en el diario *El País* de España el 25 de mayo de 2015, se produce el siguiente diálogo:

Moore: No creo que el glifosato esté causando un aumento de los casos de cáncer en Argentina. Puedes beber un litro de glifosato y no te hará ningún daño.

Moreira: ¿Quieres beber un poco? Tenemos un poco aquí.

Moore: La verdad es que me encantaría... Bueno, no, no...

Moreira: ¿De verdad que no?

Moore: Sé que no me haría ningún daño.

Moreira: Si tú lo dices, tengo un poco de glifosato.

Moore: No, no soy tonto.

Moreira: Entonces, es peligroso, ¿verdad?

Moore: No. Muchas veces la gente intenta suicidarse con él y no lo consigue.

Moreira: Di la verdad. Es peligroso.

Moore: No es peligroso para los humanos, no lo es.

Moreira: Entonces, ¿estás listo para beber un vaso de glifosato?

Moore: No, no soy tonto. Entrevístame sobre el arroz dorado. De eso voy a hablar.

Moreira: ¿De verdad?

Moore: Vale, entonces se ha terminado.

Moreira: Excepto que...

Moore: La entrevista se ha terminado

Moreira: Es una buena forma de resolver las cosas. (*El País*, 2015, 1m 51s)

A la luz de lo ocurrido en este set, se puede colegir que las fuentes que usa Durkin para su documental no tendrían que ser necesariamente serias o, por lo menos, revelarían un sintomático cambio de posición, que, como en el caso de Moore, sugiere que es un negacionista *inconsecuente*, en el sentido que le da Heras: sabe de qué se trata, pero pretende ignorarlo. Esta actitud se mantiene hasta que el hombre de prensa lo hace entrar en contradicciones y lo desafía a que demuestre sus afirmaciones. Cuando Moore dice “no, no soy tonto”, probablemente aflora lo oculto, lo real: no lo haría porque sabe que está corriendo un riesgo, sabe que sus declaraciones no son verificables.

Hacia el final del documental, la voz en *off* señala que “la teoría del calentamiento global antropogénico está ahora tan firmemente arraigada, y las voces de oposición tan efectivamente silenciadas que parece invencible, imperturbable por cualquier prueba contraria, no importa qué tan fuerte sea. El calentamiento global está ahora más allá de la razón” (Durkin, 2007). Posiblemente, en 2007, cuando se emitió el trabajo de Durkin, la controversia sobre el fenómeno fuera relativamente justificada. De hecho, la puja entre este documental y el de Al Gore demuestra que se trata de un momento clave para este proceso político antagonístico. Sin embargo, los años posteriores demostraron que esas “voces silenciadas” comenzaron a tener más fuerza mediática, social, política. El activismo de algunos medios, impresos y digitales, de la clase empresarial y de notables políticos, como el expresidente norteamericano Donald Trump, son una prueba clara de que no hay tal silencio. En el siguiente apartado, veremos por dónde discurrió y sigue discurriendo ese negacionismo climático que, se decía, era acallado.

2.3. MEDIOS DE OCULTAMIENTO MASIVO

Así como el cine y los libros forman parte de esta tecnología dedicada a expandir el mensaje negacionista climático, para el funcionamiento del dispositivo es indispensable contar con un aparato mediático dispuesto a sumarse a la tarea de “continuar haciendo de la falta de certeza científica [respecto del calentamiento global] un tema principal en el debate”, como

sostiene Luntz (2002, p. 137). Ya hemos visto que, en este caso, dicha incertidumbre se ha reducido ostensiblemente hasta el punto de que, en la actualidad, quienes apoyados en la ciencia dudan o rechazan la existencia de cambios climáticos en el planeta son una clara minoría. Sin embargo, se trata de una minoría actuante, con conexiones políticas y económicas muy gravitantes en el debate global.

En este apartado, veremos cómo los medios en favor del negacionismo climático son los que intentan cumplir, con más fuerza, el objetivo de “disciplinar” a la ciudadanía para persuadirla de que el problema no existe, de que es inútil hacer algo o, finalmente, de que la “libertad” no debe ser bloqueada, ya que ella, por sí misma, logrará encontrar una solución para este nuevo problema de la comunidad humana. La “razón liberal” pretende imponerse, solo que intentando crear un cerrado campo de batalla político o incluso anulando el campo de batalla, sin ceder espacio para un pluralismo agonístico, en el que exista la controversia y el debate ante a este asunto propio de un mundo que tiende a ser multipolar. Los negacionistas, más bien, cargan de adjetivos a los científicos, a los políticos o simplemente a los ciudadanos que sí creen que una anomalía está ocurriendo.

Apenas comenzó la carga contra el documental de Al Gore, en el mismo 2007 cuando se presentó, y con la ruta marcada por *La gran farsa del calentamiento global*, uno de los medios que se sumó a las críticas sistemáticas fue *Libertad Digital* (www.libertaddigital.com), un portal de noticias y análisis que surgió en 2000 y que fue promovido por un grupo de periodistas españoles, entre ellos Federico Jiménez Losantos, quien se autoidentifica como “liberal”. Es un medio digital bastante leído en España y en el exterior, y de referencia para quienes se consideran “liberales”, pese a que, en algunos temas, su línea editorial sea vista como “conservadora”.

Libertad Digital libra varias batallas (contra los estudios de género, por ejemplo, o contra la memoria histórica en España), pero uno de sus grandes objetivos son los “ecologistas” o quienes alertan sobre el problema del cambio climático, a quienes suelen llamar “calentólogos”. Entre ellos, incluye a Gore, a quien dedica varias notas informativas o columnas desde que lanzó su documental. Una, publicada el 6 de diciembre de 2009, recoge la opinión de dos miembros de la Academia de Cine (a quienes el mismo medio rotula como “conservadores”), quienes piden que se retire el Óscar al exvicepresidente estadounidense. También carga su tinta digital cuando, en el mismo 2009, estalla el caso denominado *Climagate*, que supuestamente consistía en la manipulación de datos sobre la gravedad del cambio climático hecha por científicos pertenecientes al IPCC. Entre noviembre y diciembre de ese año, aparecen varios artículos sobre el tema a partir de la revelación de correos

electrónicos y documentos intercambiado entre los científicos de la Universidad de East Anglia, en el Reino Unido. Uno, fechado el 23 de noviembre y firmado por D. H. Herrera y M. Llamas, se titula *El Watergate climático: la farsa del calentamiento global al descubierto*. Obsérvese que utiliza un título similar al del documental de Durkin, lo que sugiere cierta sintonía entre ambos respecto del fenómeno científico. En la primera línea del artículo, se lee: “Algunos ya lo califican como el mayor escándalo científico del siglo”. No se precisa quiénes son esos “algunos”, una falta de rigor periodístico suprema, pero que, a la vez, sugiere el propósito de cargar el debate adelantando conclusiones.

En rigor, la denuncia fue consecuencia de la actividad de unos piratas informáticos y se publicó justo antes de la Cumbre del Clima, realizada en Copenhague, también en 2009, donde se debía definir un nuevo instrumento internacional que reemplazaría al Protocolo de Kioto. En la reunión de Dinamarca, debería darse un giro esencial para que la comunidad mundial lograra ponerse de acuerdo en el modo de enfrentar el cambio climático, ya que lo acordado en Kioto no había funcionado. Justo en ese momento, irrumpen estas versiones que intentan abonar la tesis de que hay un engaño detrás de los estudios sobre el clima. Pareciera que los promotores de un *dispositivo*, en el sentido de Agamben, saben cuándo actuar.

La estrategia de *Libertad Digital* y de diarios como *El Mundo*—ambos españoles—, para dar notoriedad al presunto escándalo fue intensa, permanente, casi incansable. En los años siguientes, se demostró, gracias a sucesivas investigaciones, que no ocurrió ninguna manipulación de la información respecto del cambio climático.³² El portal no recogió esa noticia con la misma contundencia y, el 25 de noviembre de 2011, volvió a la carga con otra presunta denuncia a la que llamó *Climagate 2*, aun cuando en la misma nota se habla de 5,000 correos electrónicos cuya autenticidad “no ha sido completamente corroborada” (Herrera y Llamas, 2011). Toda esta saga de denuncias o informaciones configura una situación en la que sigue gravitando la idea de que lo esencial es fortalecer la incertidumbre sobre el fenómeno. Maxwell Boykoff, director del Centro de Investigación de Políticas de

³² Las investigaciones sobre el Climagate fueron hechas por el Comité de Ciencia y Tecnología de la Cámara de los Comunes, la Universidad Estatal de Pensilvania, la EPA y un Panel de Evaluación Científica Independiente convocado por la propia Universidad de East Anglia de Reino Unido. Ninguno encontró evidencias de manipulación en los trabajos de los científicos climáticos o en la revisión por pares de las investigaciones sobre el tema. Ya desde comienzos de 2010, las evidencias de que la manipulación más bien había venido de los negacionistas climáticos crecía. La influyente revista estadounidense *Scientific American*, que se edita desde el año 1845, publicó el 1 de febrero de ese año un artículo de David Biello, titulado *Negating ‘Climagate’: Copenhagen Talks and Climate Science Survive Stolen E-mail Controversy*. En uno de sus párrafos, el autor sostiene para rebatir a los denunciantes: “Nada en el material robado socava el consenso científico que el cambio climático está ocurriendo y que los humanos tienen culpa”. A continuación, cita las declaraciones de varios científicos que lo corroboran. Véase Biello (2010).

Ciencia y Tecnología de la Universidad de Colorado, ha explorado en su ensayo *Consenso y oposición al cambio climático. El caso de EEUU como ejemplo* (2014) las raíces de este escepticismo ambiental. En este, precisa que su estudio puede aportar a entender cómo ha evolucionado el debate en otros lugares. En el apartado “Raíces del escepticismo ambiental”, sostiene:

Las cepas de estadounidenses de movimientos de oposición al cambio climático, que reconocen sus raíces en la colonización británica, se desarrollaron a partir de un contexto histórico de conservadurismo más amplio, que enlaza con las posturas hostiles al medio ambiente que prosperaron a finales de los años sesenta y setenta del siglo XX, cuando se produjo una ola de legislación progresista en los Estados Unidos. (2014, p. 84)

Es sugerente que este tipo de reacciones tenga lugar justo cuando los movimientos conservadores, que en España y otros países suelen autodenominarse como *liberales*, ven aproximarse posibles decisiones políticas que afecten el *statu quo* o la libertad de mercado sin freno alguno, para hablar en términos más contemporáneos (de hecho, *Libertad Digital* tiene una sección denominada “Libre Mercado”). Es la idea clave de Klaus, de Durkin, de los diversos medios que atacan, sin concesiones, a quienes alertan sobre el calentamiento global. Andrew Hoffman, profesor de la Universidad de Michigan, ha investigado esta tendencia en su trabajo titulado *The Culture and Discourse of Climate Skepticism* (2011). En este, afirma con acierto que el cambio climático “es también un asunto cultural” (p. 77), y que este ángulo ha estado ausente en el debate público. Explica, además, que hay “un profundo choque cultural entre quienes apoyan la acción contra el cambio climático y quienes son escépticos” (p. 78), o como asevera Boykoff, son claramente opositores de cualquier decisión política que vaya en el sentido de regular la economía o las prácticas sociales debido a los problemas ambientales, tal como se constata en *Libertad Digital*.

Hoffman, al tratar de explicarse cómo es la cultura y el discurso del escepticismo climático, escribe:

Para los escépticos, el cambio climático está estrechamente ligado a la creencia de que la ciencia del clima y la política climática es una forma encubierta de los liberales y el gobierno para interferir en el mercado y disminuir la libertad personal de los ciudadanos. Los escépticos creen que la agenda ambiental busca usar el Estado como un medio para ejercer su voluntad, y la autoridad del estado, sobre sus vidas. (2011, p. 79)

En Estados Unidos, a diferencia de lo que ocurre en España y América Latina, la palabra *liberal* no alude a la corriente política representada por José María Aznar, Federico Jiménez

Losantos y la gran mayoría de colaboradores de *Libertad Digital*. En ese país, lo liberal está más bien identificado con el centro o centro izquierda políticos. Los demócratas, por ejemplo, son considerados “liberales”, mientras que los republicanos, “conservadores”. Al Gore, para los negacionistas climáticos estadounidenses, es un peligroso liberal, devoto de la lucha contra el cambio climático, lo mismo que Barack Obama, quien firmó el Acuerdo de París sobre el clima cuando era presidente, del que luego Donald Trump se retiró.

Se entiende que el temor experimentado por un sector de la clase política muy vinculado con parte de la clase empresarial es el mismo: los “calentólogos” están amenazando el libre mercado y la libertad personal, están fortaleciendo al Estado, y eso les resulta peligroso, como apunta Hoffman. Se trata, de acuerdo con el punto de vista de los negacionistas climáticos, de la izquierda rediviva, transformada, pero presente nuevamente para frenar el “desarrollo” al que, por cierto, no le añaden la palabra *sostenible*, desde hace años presente en el debate ambiental y mundial, y que alude a un tipo de desarrollo posible de mantener en el tiempo y sin agotar los ecosistemas. Esta segunda palabra está casi siempre ausente en el discurso de los “climatoescépticos”, cuya visión de la economía o de la política está sumamente marcada por la filosofía de un libre mercado sin parámetros, sin control alguno.

Eustoquio Molina, profesor del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Zaragoza, tipifica adecuadamente el perfil de los negacionistas climáticos en España y otros lugares en su ensayo *La nueva y peligrosa pseudociencia del negacionismo climático*:

Las características son comunes a la mayoría de los negacionistas, tratando de distorsionar y distraer. En este sentido, acusan a los científicos de mentir y manipular datos, como si hubieran organizado una especie de conspiración. Pretenden demostrar que hay muchos científicos que apoyan sus sensacionales opiniones negacionistas y en Internet circulan varias listas, las cuales han resultado ser fraudulentas porque muchos, o no son científicos o no son realmente negacionistas. Consideran únicamente algunas publicaciones que apoyan sus opiniones, pero ignoran la gran mayoría de trabajos publicados en revistas de prestigio. (2011, p. 55)

La razón cínica, rechazar las posibilidades de un pluralismo agonístico, aparece con claridad en este perfil negacionista climático. No hay debate: no se quiere que haya debate; se quiere destruir al “enemigo” que está “contra la libertad”. Por último, se quiere influir en la opinión pública con campañas como la denominada “CO₂ is Green”, montada en Estados Unidos con el apoyo de la gran industria de hidrocarburos. El propósito de la campaña, según Boykoff, era “luchar contra el establishment climático”, presentándose como una iniciativa cuya misión es “proporcionar apoyo científico y económico sólido a las instituciones públicas en

temas medioambientales”, y también, cómo no, “para asegurarse de que toda regulación o ley federal se base en la ciencia y no en mitos científicos o en política” (2015, p. 85). El carbono es verde y el cambio climático, en realidad, traerá beneficios; de eso se trata. Aunque es cierto que, si el fenómeno se agrava, habrá lugares que se harán menos inhóspitos, como la región de Siberia ubicada, en la Federación Rusa, el impacto en el ecosistema global puede ser muy profundo, y esta posibilidad no puede desconocerse o ignorarse si se quiere plantear un debate al respecto, no al menos si de lo que se trata es de entender lo que pasa. Se puede discutir sobre eso o sobre los diferentes impactos que causaría el cambio climático en cada región del mundo. Lo que resulta difícil es partir de una verdad única, impuesta para cerrar toda credibilidad al *Nuevo Régimen Climático* y, por el contrario, para crear una realidad alternativa que la reemplace, con la convicción de que los estudios climáticos tienen poca o ninguna validez.

Podemos terminar este apartado con esta cita del ensayo de Foucault *Cómo se ejerce el poder*:

Las relaciones de poder se arraigan en el conjunto de la trama social. Sin embargo, esto no quiere decir que existe un principio de Poder, primitivo y fundamental, que domina hasta el último elemento de la sociedad: sino que se definen formas diferentes de poder a partir de esa posibilidad de acción sobre la acción de los demás, que es co-extensiva a toda relación social. (1986, p. 6)

El negacionismo climático está en pie de guerra y ha montado toda una trama social de objetos culturales —documentales, libros, portales, medios— dirigidos a resistir el avance de la lucha contra el cambio climático. Se trata de mantener el poder de no ser regulados, de no abrir el debate, de resistirse al cambio social derivado de la crisis ambiental, en suma, de excluir la posibilidad de que las cosas sean de otra manera, aun cuando el planeta comience a derretirse mientras se refuerza esta cruzada.

En los últimos tiempos, *Libertad Digital* ha matizado en algo su posición sobre el cambio climático. En algunos artículos, ya se admite la existencia del fenómeno, pero, como es clásico en el discurso negacionista, se atribuye a causas más naturales que humanas y a que el clima de la Tierra siempre está cambiando. Un artículo del profesor de Sociología de la Universidad Complutense, Amando de Miguel, publicado el 3 de julio de 2019, sostiene que el calentamiento global “poco puede deberse a la actividad industrial y urbana” y que, como fuere, “estamos en un ciclo secular de calentamiento de la Tierra, de su atmósfera”, e incluso propone algunas medidas. Otro artículo, publicado el 23 de mayo del mismo año por Santiago Navajas, bajo el título “La filosofía del alarmismo climático”, pide incluso —tras

llamar “histórica” a la campaña liderada por Greta Thurnberg, la estudiante sueca que se puso en huelga para exigir que se tomen medidas urgentes frente al cambio climático— un debate libre, exento de homogenización. Parece un avance frente al pasado reciente.

Pero al negacionismo no se le agotan las balas. Otro portal español, denominado *Actual.com*, también ligado a posiciones conservadoras —y con más influencia religiosa—, ha tomado en cierto modo la posta. El 21 de enero de 2018, le da voz a Moore, el cofundador de Greenpeace y disidente de la organización, no precisamente para proponerle el desafío de tomar glifosato, sino para decir “que se ha impuesto una visión por la fuerza”, en referencia a las posiciones que sí aceptan la crisis climática. Otros varios artículos caminan en un sentido parecido, aparte de criticar al feminismo, a la eutanasia, al movimiento LGBTQ+.

Una característica que emerge del análisis de esta nueva ola negacionista es que está muy asociada al pensamiento conservador en varios ámbitos. Quien no cree en el cambio climático tampoco cree en lo que suele llamarse “ideología de género” o en la despenalización del aborto o en políticas más inclusivas con los migrantes. Hay un constructo teórico o un pensamiento básico, edificado con todas esas piezas que—cuestión crucial—ya está desembocando en la política. Jair Bolsonaro, en Brasil, es uno de sus puntales mayores; lo fue también Donald Trump, en Estados Unidos, al ocupar el cargo de presidente, pero también encontramos a Santiago Abascal, líder del movimiento político denominado *Vox*, en España. Sobre las conexiones entre el negacionismo climático y el conservadurismo de amplio espectro, nos ocuparemos en el próximo capítulo. Es un dato de la cruda realidad que, en el paquete de la irrupción de la derecha radical en el mundo y en el poder, ha venido una bolsa cargada de adjetivos y argumentos habitualmente febles, que tiene el sello del negacionismo climático.



CAPÍTULO III

EFFECTO POLÍTICO INVERNADERO

En este capítulo final, me propongo explorar cómo el negacionismo climático se ha posicionado en el ámbito político, incluso a nivel presidencial y en varias partes del planeta. Las figuras más emblemáticas de ese proceso son Donald Trump, exmandatario de Estados Unidos, y Jair Bolsonaro, presidente de Brasil. No son los únicos políticos, con poder e influencia, propulsores de un discurso que rechaza o minimiza la realidad del calentamiento global. Hay otros, como Santiago Abascal, del partido político Vox, en España, que hacen lo mismo. La adhesión de estos personajes al negacionismo no es personal.

Tampoco es tan reciente. En un artículo publicado por Iñigo López Palacios en *El País* de España el 22 de septiembre de 2019, titulado “Apóstoles del negacionismo”, se detalla toda una saga originada en 1991, cuando se habría realizado la primera convención de negacionistas climáticos denominada *Crisis ambiental: ¿ciencia o política?* Fue promovida por el Cato Institute, un *think tank* financiado en gran parte por Koch Industries, un enorme grupo empresarial norteamericano. Según el informe de Greenpeace denominado *Koch Industries, la oscura financiación del negacionismo climático*, publicado en marzo de 2010, este conglomerado, vinculado con la explotación de hidrocarburos, “se ha convertido en uno de los financiadores esenciales del negacionismo climático y de las corrientes de oposición a la energía limpia” (Greenpeace, 2010, p. 6). El mismo artículo de López Palacios, citando a Marta Peirano, autora del libro *El enemigo conoce el sistema* (Editorial Debate, Madrid, 2019), señala que la compañía Exxon Mobil tenía informes sobre el cambio climático desde 1977. Todos estos datos revelan que hay un estrecho nexo entre un sector del poder económico y otro del poder político para empujar una corriente negacionista climática. Actúan en tándem, como veremos en este capítulo, y hoy están en más posiciones de poder.

Por lo general, los negacionistas climáticos políticos exhiben un pensamiento que comparten sus compañeros de agrupación. Buena parte de los miembros del Partido Republicano de Estados Unidos actualmente está en esa línea. También sectores empresariales y religiosos alimentan la idea de que se trata de una exageración o de algo irreal. Todos ellos conforman, abiertamente o sin saberlo, una suerte de red de resistencia

frente a las políticas climáticas que requerirán de la intervención del Estado. Puede decirse que es una red de poder que funciona como un sistema. Para citar nuevamente a Michel Foucault, “el poder existe únicamente en un acto, incluso si este se inscribe en un campo de posibilidad disperso que se apoya en estructuras permanentes” (1989, p. 28). Desde distintas latitudes, los políticos que son negacionistas climáticos están funcionando como una constelación, insistiendo en el acto de cuestionar las investigaciones científicas sobre el clima. Están configurando, así mismo, una estructura permanente y estable. Coincidentemente, los políticos y los ciudadanos que niegan el cambio climático suelen estar también en contra del feminismo, de las políticas favorables a la inmigración, de la despenalización del aborto, del otorgamiento de derechos a los miembros de la comunidad LGBTIQ+. Hay un tipo de cognición que tiende a impedir el cambio y a conservar una forma de manejar la economía, la política, las prácticas sociales, las estructuras de poder. Tal como sostiene Naomi Klein en su libro *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*, respecto de las cosas que tendrían que cambiar para enfrentar el fenómeno, “para nosotros, grandes consumidores, implica cambiar cómo vivimos y cómo funcionan nuestras economías, e incluso cambiar las historias que contamos para justificar nuestro lugar en la Tierra” (2014, p. 17).

A la luz de nuestra investigación, constatamos que los políticos negacionistas son la encarnación de esa resistencia al avance de las investigaciones de la ciencia sobre el clima y, en numerosos casos, de la resistencia al avance de algunas transformaciones sociales. Todo indica que quieren contar “otra historia”, que justifique la manera en la que hemos explotado el planeta hasta ahora. El problema para ellos es que el *Nuevo Régimen Climático*, o el *Antropoceno*, ya cambió la historia. Actualmente, no hay forma de hacer política sin considerar el cambio climático. O sí, pero a costa de mantener un discurso basado en razones sin demasiado sustento.

3.1. LA NUEVA OLA NEGACIONISTA

Hasta fines del siglo XX y a comienzos del siglo XXI, el negacionismo climático desarrollaba su actividad, intensa e incansable, desde portales, libros, documentales. A partir de mediados de la primera década del presente siglo, se hizo particularmente fuerte a propósito de la irrupción de Al Gore y el documental *Una verdad incómoda* (2007). Como hemos visto en los capítulos anteriores, esa coincidencia en el tiempo revela el inicio de una suerte de enfrentamiento entre la ciencia climática mayoritaria, cada vez más prescriptiva, y los negacionistas climáticos que, desde varios frentes, van cuestionando los informes que

alertan sobre el calentamiento global. La mayoría de ellos lo hace a partir de la idea-fuerza del estratega republicano que asesoraba al presidente George W. Bush, Frank Luntz: “continuar haciendo de la falta de certeza científica [respecto del calentamiento global] un tema principal en el debate” (2008, p. 137). Ambos grupos suelen tener sus bases políticas bastante definidas. Los partidarios de apoyar a los científicos o al IPCC, que alerta sobre la creciente gravedad del fenómeno, están ubicados, por lo general, del centro hacia la izquierda del espectro político (el Partido Socialista Obrero Español, PSOE, por ejemplo), en tanto que los negacionistas tienen estrechas conexiones o vínculos estables con partidos o movimientos anclados desde el centro hacia la derecha.³³ Por supuesto, hay zonas grises, como la que ocupa el Partido Verde Ecologista de México (Pavem), ubicado a la derecha del espectro; este tiene acusaciones de corrupción y es rotulado en su país como “conservador”. Sus diferencias con otros “partidos verdes” han llegado al punto de que el Partido Verde Europeo le ha retirado su apoyo. Otro caso intermedio es el de Juan Manuel Santos, quien presidió Colombia por dos períodos, entre 2010 y 2018. Llegó al poder candidateando por el Partido de la Unidad, antes vinculado con el expresidente Álvaro Uribe, un líder más bien relacionado con la derecha colombiana. Ya en el cargo, Santos se desplazó políticamente hacia el centro, al punto de que su partido es considerado de centro-derecha liberal, con matices de centro-izquierda. Sus políticas ambientales fueron reconocidas por sus propios opositores y les otorgó bastante importancia a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) planteados por la ONU en 2015. En un reportaje publicado el 6 de agosto de 2018 en el portal *Mongabay Latam*, con el título “Colombia: el balance ambiental de Juan Manuel Santos y los enormes retos que le quedan a Iván Duque”, se explica con detalle cómo fue su *performance* en ese terreno.

Es preciso señalar, además, que George W. Bush fue uno de los primeros presidentes en mostrar su cercanía con el negacionismo climático. Cuando asumió la presidencia de Estados Unidos en 2001, este tipo de negacionismo no era tan fuerte, incluso dentro del propio Partido Republicano, pero todo indica que la intensa labor de los *lobbies* empresariales, ligados principalmente a la industria de los hidrocarburos, logró que este mandatario y buena parte de su partido se plegara a esa posición, precisamente bajo el argumento de que las políticas climáticas afectarían el *american way of life*, tal como años antes lo había advertido George Bush, el padre de George W, Bush. Cuando este último

³³ De hecho, Donald Trump, exlíder global del negacionismo climático, pertenece al Partido Republicano, que tiene conexiones con movimientos como Global Climate Coalition. A su vez, Boris Johnson, el actual primer ministro británico, mantiene vínculos con Global Warming Policy Forum. Ambos son movimientos negacionistas bastante conocidos e influyentes. Para más detalles sobre los nexos republicanos, véase el artículo de Sauras (2015), publicado en *El País*.

decidió no ratificar el Protocolo de Kioto, utilizó un argumento similar al de su antecesor y progenitor: “es fuertemente contrario a nuestra economía” (*El País*, 2002). Para entonces, ya la presión de grupos empresariales como Koch Industries y Exxon Mobil era tan grande que hizo que el mandatario norteamericano tomara la dirección opuesta y se alejara de un mayor compromiso con la lucha global contra el cambio climático.

Lo que no había ocurrido antes con tanta claridad es el ingreso en el gobierno de países influyentes de políticos abiertamente negacionistas desde el comienzo, como ha ocurrido en los últimos años. Los casos más emblemáticos —y problemáticos— son los de Donald Trump, quien llegó a la Casa Blanca en enero de 2016 y la dejó en enero de 2021, y Jair Bolsonaro, presidente de Brasil desde enero de 2018 hasta hoy. La llegada de ambos a la jefatura de Estado de sus respectivos países ha marcado un giro inusitado en el auge negacionista climático. Volviendo al filósofo francés Alan Badiou, podría decirse que, en este campo ideológico, también se vivió un *acontecimiento*, que llamó a algunos movimientos políticos y culturales, contrarios a la lucha contra el cambio climático, a tenerle fidelidad e “inventar una nueva manera de ser y de actuar en la situación” (2004, p. 70). La nueva situación para los negacionistas es la emergencia de un movimiento ambientalista más fuerte, la progresiva influencia de la ciencia en el debate político y la sensación —por parte de los políticos, empresarios o ciudadanos que más se adhieren a las ideas conservadoras— de que se les ha abierto un nuevo frente que puede apagar su influencia.

Junto con las feministas y el movimiento LGTBIQ+, los ambientalistas forman una especie de tándem que a los negacionistas se les aparece como peligroso. Su percepción —según mi análisis— es real: las constataciones sobre la situación climática mundial son un nuevo *acontecimiento*, abren un “proceso de verdad” que ha devenido en el *Nuevo Régimen Climático*. Quienes asumen que ese régimen existe (los ambientalistas, ecologistas, y muchos políticos o ciudadanos) se abren a tal verdad y actúan para enfrentar las consecuencias del fenómeno del calentamiento global. Quienes se oponen a tal lucha no necesariamente desconocen ese proceso de verdad. Muchos de ellos lo asumen y reaccionan precisamente porque entienden que está en curso y ello les provoca un sentimiento de amenaza. Son fieles al temor que les produce ese acontecimiento.

Donald Trump es, a la luz de sus palabras y decisiones, uno de esos personajes. Ganó las elecciones de noviembre de 2016 y asumió como el presidente número 45 de Estados Unidos de Norteamérica a la edad de 70 años. Desde que inició su campaña rumbo a la Casa Blanca, y aun antes, exhibió un talante climático negacionista. Su famoso tuit del 6 de noviembre de 2012, en el que sostiene que “el concepto de calentamiento global fue creado

por y para los chinos para no hacer competitiva la manufactura global de Estados Unidos” es una declaración que ha marcado su carrera política. Siendo ya presidente, su verbo negacionista tuvo otro momento cumbre. El 27 de noviembre de 2018, ante un informe preparado por trece agencias federales de su mismo Gobierno —que alertaba sobre los graves efectos que podría causar el cambio climático—, simplemente dijo “no me lo creo”.³⁴ Al igual que el senador republicano James Inhofe, Trump parecer ser, de acuerdo con la tipología del biólogo español Francisco Heras citado en el capítulo I, un *refractario* (2010, p. 128), alguien que prefiere no enterarse de lo que ocurre para no padecer o tener que decidir. Pero un dato anterior podría asomarnos a otras explicaciones de su talante climático.

Poco antes de la XV Conferencia Internacional de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, realizada del 7 al 18 de diciembre de 2009 en Copenhague, la capital danesa, el expresidente estadounidense firmó una declaración junto con, al menos, cincuenta líderes empresariales. Fue publicada en el diario *The New York Times* y pedía al entonces presidente Barack Obama “medidas significativas y efectivas para combatir el cambio climático” (Faus, 2017).³⁵ ¿Cómo se explica ese giro, notable, en la opinión de Trump respecto del fenómeno? Es imposible saber qué hay realmente en la mente de este político que fuera tan gravitante en la escena global, aunque sí es posible analizar qué significaría ese cambio, tan radical, a partir de sus declaraciones políticas.

Quizás hay un Trump con poder empresarial, influyente, pero sin poder de decisión en términos políticos, y un Trump con poder político y empresarial que fue presidente. Un hombre con más poder, con más redes a su disposición, con más capacidad de “disciplinar” a la sociedad. En *Cómo se ejerce el poder*, Foucault da algunas pistas para entender la actitud de alguien que está en una posición tan dominante:

Por disciplinarización de las sociedades —en Europa desde el siglo XVIII— ciertamente no debe entenderse que los individuos se hayan vuelto cada vez más obedientes, ni que tengan cierta semejanza con cuarteles, escuelas o cárceles: sino que en ellas se ha buscado un ajuste cada vez mejor controlado —cada vez más racional y económico— entre las actividades productivas, las redes de comunicación y el juego de las relaciones de poder. (1984, p. 2)

³⁴ El informe acerca del cambio climático sobre el que Trump expresó incredulidad tenía 1,656 páginas y estaba respaldado por 300 científicos. El diario *El País* ofreció una versión exhaustiva de lo ocurrido en su edición del 27 de noviembre de 2018. Al respecto, véase Monge (2018).

³⁵ Para más detalles sobre el anuncio que Trump y otros líderes empresariales publicaron en *The New York Times* antes de la Cumbre del Clima de Copenhague de 2009, véase Adler y Leber (2016).

El Trump presidente fue parte de quienes controlan esa red “que incluye las actividades productivas, las redes de comunicación y el juego de relaciones de poder”. Ya no era alguien que se asomaba al poder político, sino que lo tuvo, y eso incluye la posibilidad de defender sus enormes intereses empresariales. Foucault añade que el ejercicio del poder “es un modo de acción de unos sobre otros” (1984, p. 1) y eso es lo que parece haberse constatado en la impronta del mandatario estadounidense. Su negacionismo climático, además, está muy ligado a lo que él ve como “socialismo”. El 2 de marzo de 2019, en un discurso que ofreció en la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC, por sus siglas en inglés), dijo que su país “nunca será socialista” (*ElDiario.es*, 2019),³⁶ pero añadió unas palabras clave para los fines de esta tesis: “El socialismo no es sobre el medioambiente, no es sobre la virtud, es sobre el poder de la clase gobernante” (*ElDiario.es*, 2019). Por si quedaran dudas sobre su modo de pensar en torno al cambio climático, criticó al Green New Deal (‘Nuevo Pacto Verde’), el cual busca la aprobación de un plan para bajar las emisiones de GEI en Estados Unidos en una década, promovido por la parlamentaria demócrata Alexandria Ocasio-Cortez.

El caso de Jair Bolsonaro, actual presidente de Brasil, es similar, aunque parte de otro itinerario y tiene sus propios matices. A diferencia de Trump, Bolsonaro es parte del sistema político oficial brasileño desde 1989, cuando comenzó como concejal de la Cámara Municipal de Río de Janeiro por el Partido Demócrata Cristiano, luego de culminar tempranamente su carrera militar debido a una acusación de rebelión.³⁷ Luego, fue diputado por el Estado de Río de Janeiro, de 1991 hasta 2019 y bajo la sombrilla nada menos que de siete partidos. A la presidencia llegó, finalmente, vía su novena afiliación partidaria, la que adquirió para la campaña presidencial de 2018 en las filas del Partido Social Liberal (PSL). Trump también había tenido afiliaciones partidarias desde 1987, al Partido Demócrata, al Partido de la Reforma y al Partido Republicano, al que pertenece actualmente. Pero nunca antes de ser presidente había ocupado un cargo público. Ambos tienen, sin embargo, una matriz de pensamiento muy semejante.

Desde que estaba en campaña para la presidencia, Bolsonaro mostró el típico talante de un negacionista climático. Todavía corriendo como candidato, anunció que, al igual que Trump,

³⁶ En el discurso que dio ante la Conferencia de Acción Política Conservadora, Trump también arremetió contra el Partido Demócrata y contra el Green New Deal, un pacto que están promoviendo algunos congresistas de ese partido para mejorar las políticas ambientales y luchar contra el cambio climático. Para mayor información sobre este discurso, véase *ElDiario.es* (2019).

³⁷ Una versión bastante detallada y rigurosa sobre la trayectoria política y personal de Jair Bolsonaro se puede encontrar en la sección “Biografías Líderes Políticos” del portal del Centro de Información y Documentación de Barcelona (CIDOB) (véase Ortiz de Zárate, s. f.).

sacaría a Brasil del Acuerdo de París. No ha llegado a hacerlo por presión interna y por la lluvia de críticas internacionales, pero, en noviembre de 2018, cuando ya había sido electo, obtuvo un logro en su deriva negacionista. En ese mes, Brasil, aún gobernado por Michel Temer, decidió retirar su candidatura para ser sede de la Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de 2019 (COP 25), que luego se realizó en Madrid del 2 al 15 de diciembre con Chile como país organizador (se iba a realizar en Santiago, pero se canceló debido a las protestas en el país sureño). Hizo sentir así la influencia del futuro gobierno.

Una vez en la jefatura del Estado, la vena negacionista de Bolsonaro se hizo más patente. Primero, se bloquearon los fondos federales para los organismos del Estado vinculados con el medio ambiente. El ministerio de este ramo sufrió un recorte del 22.7 % de su presupuesto y el Instituto Brasileño del Medio Ambiente y los Recursos Naturales Renovables (Ibama) vio mermado el suyo en un 24 %. Segundo, un acuerdo con el Gobierno alemán para recuperar zonas afectadas por las lluvias en el estado de Bahía también fue paralizado.³⁸ A esto se sumaron nombramientos que consolidaron el perfil negacionista climático de su administración, como el del excanciller Ernesto Araújo, quien sostiene que el cambio climático es un *dogma*, y el del propio ministro del Medio Ambiente, Ricardo Salles, quien opina que se trata de un problema “secundario”.³⁹ La dirección del Ejecutivo brasileño va en ese sentido.

Como ya precisamos, Trump nombró a Scott Pruitt, otro negacionista típico, al frente de la EPA. Tanto él como Bolsonaro conformaron *dispositivos* en el sentido que describe Agamben, con “instituciones, enunciados científicos [...], proposiciones filosóficas, morales [...] lo dicho y lo no dicho” (2011, p. 250). En el caso de Bolsonaro, hay un elemento más. Cuando, por las diversas presiones, decidió no salir del Acuerdo de París, sostuvo que permanecería porque le preocupaba que la Amazonía ya no esté “bajo su jurisdicción”. En otras palabras, se trata de un asunto de soberanía, una idea que parece estar asociada con su pasado militar y con la presencia de militares en su equipo de gobierno. Todas estas características perfilan lo que Foucault llama *gubernamentalidad* en su obra, y sobre la que diserta en un curso dictado en el College de Francia, en febrero de 1978:

La gubernamentalización del Estado ha sido sin duda el fenómeno que le ha permitido sobrevivir y muy probablemente el Estado es actualmente lo que es

³⁸ Las medidas de Bolsonaro para empequeñecer la importante gestión ambiental de su país han sido varias. El diario *ABC* de Madrid publicó un recuento de sus disposiciones al respecto (véase Goyzueta, 2019).

³⁹ Para más detalles sobre lo declarado por Ricardo Salles, ministro de Medio Ambiente de Bolsonaro, véase el artículo de Phillips (2018), publicado en diario británico *The Guardian*.

gracias a esa gubernamentalidad, que es a la vez interna y externa al Estado, ya que son las tácticas de gobierno las que permiten definir paso a paso qué es lo que compete al Estado y qué es lo que no le compete, qué es lo público y qué es lo privado, qué es lo estatal y qué lo no estatal. (1980, p. 10)

Bolsonaro —como Trump en su momento— apuesta por la reorganización de instituciones, por la redefinición de la economía (la Economía Verde propuesta por la ONU no es una opción en sus radares políticos). Datos adicionales, que abonan el apego de Bolsonaro a esta forma de gubernamentalidad trazada desde los inicios de su Gobierno, son su distancia áspera con los grupos indígenas, su propósito de ampliar la frontera agrícola en la Amazonía y sus críticas furibundas al Movimiento de los Sin Tierra (MST), un legendario grupo de la sociedad civil brasileña que busca ocupar tierras improductivas, al que insiste en tipificar como “terrorista”.⁴⁰ Tanto los indígenas como el MST tienen todavía formas de economía familiar, no reguladas del todo por el Estado ni vinculadas con la economía global, lo que no es del agrado del Gobierno de Bolsonaro, quien apuesta, más bien, por la agricultura a gran escala, un propósito que apoya la “Bancada Ruralista” del Congreso.⁴¹ Su *dispositivo* del poder tiene ese ingrediente: busca redefinir los espacios geográficos, la economía, la vida social y la economía.

En el sustrato ideológico de estas formas de gobierno, de la nueva ola negacionista, hay otros elementos. La cosmovisión conservadora gravita asentada en varias columnas, no solo en el rechazo a la realidad del cambio climático. Como examinaremos en el siguiente apartado, se engarza con otras formas de resistencia al cambio con más señales lanzadas desde los dispositivos y las tecnologías del poder.

3.2. UN ASUNTO CULTURAL

Un hecho observable en varios de los abanderados del negacionismo climático es que, con bastante frecuencia, sostienen que el calentamiento global es parte del “marxismo cultural”. La afirmación la ha usado el excanciller del presidente brasileño Jair Bolsonaro, Ernesto Araújo, quien publica en un blog personal llamado *Metapolítica 17* y que lleva el subtítulo de

⁴⁰ La ofensiva de Bolsonaro contra el MST es evidente. Nabhan García, secretario de Asuntos de Tierras del Ministerio de Agricultura, solicitó al Congreso, en enero de 2019, cambiar la ley y tipificar al MST como “terrorista”. Véase *Europa Press* (2019) para tener más detalles.

⁴¹ La bancada ruralista del Congreso de Brasil ha presentado un proyecto de ley para recortar áreas protegidas por el Estado. Un reportaje del portal de noticias ambientales *Mongabay Latam* narra la historia de esta propuesta y sus posibles consecuencias (véase Kimbrough, 2018).

Contra el globalismo. En una de sus entradas, de fecha 30 de marzo de 2019 y titulada “Por la alianza liberal-conservadora”, sostiene:

El comunismo solo pudo ser derrotado cuando emergió una poderosa alianza liberal- conservadora con la figura de Ronald Reagan. Esta alianza, sin embargo, después del fin de la URSS, comenzó a dar lugar a un mezcla izquierdista-liberal, o globalismo, donde la ideología revolucionaria, a través del *marxismo cultural*, secuestró la globalización económica y comenzó a pilotearla. (2019)⁴²

La frase *marxismo cultural* es habitual en el discurso de la extrema derecha, derecha radical o “derecha alternativa”, que actualmente gana posiciones de poder en varios países, y que tiene sus mayores bases en Brasil, Estados Unidos y Europa.⁴³ También es usada con insistencia por movimientos conservadores, como el denominado *Con Mis Hijos No te Metas*, fundado en el Perú el 26 de diciembre de 2016 y ahora extendido por Chile, Argentina, México y Colombia con el mismo nombre o con uno similar. Este colectivo se opone a lo que llaman “ideología de género”, que, en realidad, alude a las políticas de igualdad de género y de inclusión de la comunidad LGTBIQ+ que varios países —en Latinoamérica y en otras partes del mundo— están poniendo en marcha.⁴⁴ El argumento esgrimido por este grupo es que se trata de un ataque a la familia causado por el marxismo cultural o “neomarxismo”.

Dos autores que sostienen esta postura son los argentinos Agustín Laje y Nicolás Márquez; en el *Libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural* (2016), emplean el término *neomarxismo* para criticar severamente lo que consideran una peligrosa corriente cultural surgida luego de la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Nótese que usan una argumentación parecida a la de Araújo para explicar el auge del “globalismo”. No sabemos si Laje y Márquez son también negacionistas climáticos, pero es destacable que el segundo sea el director del portal *Prensa Republicana* —cuyo lema es “Con las ideas derechas”—, por el que circulan autores que sí ponen en duda la existencia del fenómeno. Uno de ellos, Alberto Mansueti, publicó un artículo sobre el tema titulado justamente “Cambio climático: ¿negacionismo?” (2017), en el que da crédito a las investigaciones del físico estadounidense Michel van Biezen, un científico crítico de los informes del IPCC. Mansueti cierra el texto con unas líneas —casi una confesión de parte de

⁴² La traducción y el subrayado son nuestros.

⁴³ Aparte de Jair Bolsonaro en Brasil y Trump en Estados Unidos, otro miembro de la derecha radical que actualmente ejerce funciones de gobierno es Boris Johnson, el primer ministro del Reino Unido quien, como ya mencioné, también tiende hacia el negacionismo climático.

⁴⁴ Entre los pocos países de Sudamérica que no han legalizado la unión civil o el matrimonio homosexual, están Venezuela, Bolivia, Paraguay y Perú. Una estadística y un mapa de qué Estados lo han legalizado en el mundo se pueden encontrar en una nota del diario *El Comercio* de Lima (véase Isla, 2015).

su ideología, cercana a la de Márquez y Laje— referentes a quienes sostienen que el cambio climático sí es real: “Es una campaña de ‘desinformación’, en terca y empecinada negación, del socialismo, que es real, y de sus plagas, no menos reales, las que todos padecemos” (2017). Es llamativo que, para ambos temas, la “ideología de género” y el cambio climático, se identifique un enemigo común: el comunismo, el marxismo, el socialismo. La coincidencia con las ideas de Václav Klaus, expuestas en su libro *Planeta azul, no verde*, son patentes.

Un proyecto de investigación de la Universidad de Yale sobre cognición cultural, conducido por el profesor Dan Kahan, da algunas pistas más para entender esta ideología negacionista, que tiene ingredientes múltiples. Procura explicar el porqué de las inclinaciones ideológicas de determinadas personas o grupos; cómo se forman sus opiniones; y cómo se crean resistencias frente a posibles cambios.

En un ensayo denominado “Cultural cognition as a conception of the cultural theory of risk” (‘La cognición cultural como concepción de la teoría cultural del riesgo’),⁴⁵ incluido en el libro *Handbook of Risk Theory* (2012), Kahan da cuenta de sus hallazgos. En uno de sus apartados, llamado “Mecanismos”, dice: “[...] a medida que los individuos se vuelven más igualitarios y comunitarios en sus valores, y menos jerárquicos e individualistas, se vuelven más preocupados por el cambio climático, la eliminación de desechos nucleares, la contaminación del aire y similares” (2012, pp. 21-22). La clave, como insiste Naomi Klein en su libro *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima* (2015) al reseñar los trabajos de Kahan, es la distancia o cercanía con las prácticas o pensamientos *jerárquicos*, factor que, según ella, puede ser “más importante que la edad, la etnia, el nivel educativo o la afiliación a un partido” (2014, p. 55). Esto implica la decisión de no cuestionar a las élites dominantes, a la estructura social tal como funciona, a la manera de ejercer la autoridad.

Es interesante observar las prácticas políticas de Trump, cuando fue presidente, y de Bolsonaro bajo estas reflexiones. A pesar de que dicen estar en contra de las élites, en los hechos, las han reforzado y consolidado. El presidente brasileño lo ha hecho al establecer progresivamente en su país una economía de libre mercado extrema de la mano de su ministro de Economía, Paulo Guedes, o al dar más poder a los grandes empresarios del agro frente a los indígenas, incluso en detrimento de los ecosistemas amazónicos.⁴⁶ Trump, por su parte, no obstante aparecer como un hombre que quería la transformación de su país, bajó en 30 % los impuestos a las grandes empresas y emprendió una batalla contra la

⁴⁵ La traducción es nuestra.

⁴⁶ Los planes de Paulo Guedes, se pueden examinar, con cierto detalle, en la edición “América” del diario *El País* (véase Mendonça, 2019).

reforma sanitaria de Barack Obama, el Obamacare. Logró lo primero, mas no lo segundo.⁴⁷ Durante su mandato, resultó visible su intención de afianzar a las élites, más allá de su discurso encendido contra la economía global (en eso coincide con Araújo, el excanciller brasileño). Su propio lema de campaña lo decía: *Make America great again* ('Hacer grande a América otra vez'). Mejor dicho: volver al pasado de jerarquías, a lo de siempre, cuando —para citar el ángulo más controvertido de sus políticas de gobierno— no había tantos inmigrantes. Por eso es visto como un *conservador*, como alguien que quería una transformación hacia atrás. No es extraño que rechazara los estudios que advierten sobre el calentamiento global, pues llaman a transformaciones en la política, en la sociedad, en el conjunto de la civilización. Tampoco es extraño que ese pensamiento conecte con los devotos de un orden jerárquico, en el que nada se debe mover, en el que las reglas del juego tienen que ser como siempre han sido. Kahan tiene un párrafo más preciso sobre esta cosmovisión:

Los jerárquicos están dispuestos a rechazar las afirmaciones de riesgos ambientales porque esas reclamaciones implícitamente culpan a las élites sociales. Pero los jerárquicos varones blancos, que adquieren un estatus dentro de su forma de vida al ocupar cargos de autoridad dentro de la industria y el gobierno, tienen más interés en resistir estas afirmaciones de riesgo que las mujeres jerárquicas, que adquieren el estatus principalmente al dominar los roles domésticos, como madre y ama de casa. Además, es probable que los varones jerárquicos blancos muestren este efecto de la manera más dramática debido a la correlación entre ser no blanco y ser igualitario. (2012, p. 23)

Tal vez no haya forma de describir con más rigor a Donald Trump que mediante las líneas anteriores. Un varón jerárquico, blanco, que rechaza lo igualitario, sobre todo en la figura de los inmigrantes. La conexión con los enemigos de la "ideología de género" salta también a la vista. Una de las formas más penosas e históricas de establecer jerarquías inamovibles ha sido el dominio de los hombres sobre las mujeres; concuerda con esa visión elitista rechazar la equidad de género y, en consecuencia, la realidad del cambio climático, porque ambas remueven el edificio social. Para quienes suscriben este orden, todas estas ideas son "marxismo cultural", un concepto que engloba todas las amenazas. Naomi Klein agrega algunos ingredientes al cóctel del peligro levantado por quienes son conservadores en un sentido bastante literal: "la oposición al cambio climático se ha convertido en algo tan fundamental en su sistema de creencias como la lucha por una presión fiscal muy baja, por la libertad de poseer armas o contra el derecho al aborto" (2015, p. 57).

⁴⁷ Las medidas para bajar los impuestos a los más ricos están explicadas en un artículo del diario *El País*, publicado también en la sección "América" (véase Mars, 2017).

Es justo precisar que no todas las personas llamadas “conservadoras” u opuestas a las políticas de equidad de género son negacionistas o escépticos climáticos. En mi práctica social, he comprobado que no es así, que en una persona pueden convivir posiciones contradictorias, a veces sin que ella misma lo advierta. Sin embargo, sí hay claras señales de que es una tendencia predominante. El caso de Bolsonaro lo corrobora con creces: puede ser visto como “blanco” en Brasil, pertenece a las élites (fue militar y tiene una posición acomodada), rechaza a los indígenas y afrobrasileños, se opone duramente a la comunidad LGTBIQ+, es abiertamente grosero con las mujeres,⁴⁸ y rechaza la existencia del cambio climático o lo relativiza al punto de prácticamente haberlo sacado de su agenda de gobierno. Peor aún ha sido su reacción frente a la proliferación de incendios en la Amazonía registrado en agosto de 2019. Inicialmente, culpó a las ONG ambientalistas; luego, minimizó el hecho; en seguida, se resistió a aceptar ayuda europea para apagarlos; y, por último, no asistió a la reunión convocada en Leticia, Colombia, para firmar un pacto en defensa de ese precioso ecosistema. Sí acudió su canciller de ese entonces, Ernesto Araújo, pero eso no logró borrar el prestigio global que se ha ganado como mandatario resistente a las políticas ambientales.⁴⁹

De una consistencia ideológica parecida es Santiago Abascal, el líder de la nueva derecha extrema española instalada ahora en el partido denominado VOX y en el Parlamento español. Su plan de gobierno desplegado para elecciones generales de este año no aludía al cambio climático y, en un debate electoral realizado el 19 de febrero de 2019, organizado por el diario *ABC*, proclamó que “el cambio climático existe desde que el mundo existe; otra cosa es que sea por acción del hombre, o que no sea por acción del hombre” (Palencia, 2019).⁵⁰ No es difícil imaginar que Abascal también está en contra de implementar políticas de género, de abrir más las políticas migratorias y de otorgar más derechos a la comunidad LGTBIQ+. Llama a los miembros del Partido Popular (PP), sus parientes ideológicos, “la derechita cobarde”; con ello, pone en escena el aire de cruzada de su organización política, que, por sus palabras y propuestas, sintoniza con un pensamiento jerárquico, aun cuando él,

⁴⁸ La última señal del desprecio público que ha exhibido Bolsonaro por las mujeres ha sido la insinuación insultante que lanzó contra Brigitte Macron, la esposa del presidente francés, Emmanuel Macron, en el contexto de la crisis desatada por los incendios que proliferaron en la Amazonía en agosto de 2019. El portal *El Confidencial* presente detalles sobre el incidente (véase Alamillos, 2019).

⁴⁹ La performance de Bolsonaro frente a los incendios en la Amazonía ha sido sumamente criticada en varios medios de comunicación, por otros miembros de la clase política, por científicos y por la propia sociedad civil. Varias manifestaciones se realizaron en diversas partes del mundo frente a las embajadas de Brasil. Los incendios, si bien tuvieron un nivel similar al de otros años, tuvieron el agravante de haber sido alentados por la permisividad ambiental de Bolsonaro desde que llegó al poder. Un análisis de lo ocurrido en ese trance político-ambiental, que duró varias semanas, se puede encontrar en el portal *La Mula* (véase Escobar, 2019).

⁵⁰ Para más detalles sobre la posición de Santiago Abascal, líder de VOX, el movimiento de la derecha radical española, véase Palencia (2019).

Trump, Bolsonaro y otros líderes políticos afines sostengan que la hegemonía la tiene, más bien, “la izquierda”. Estas afirmaciones no dejan de ser interesantes en la medida en que aluden a una situación ya explorada en el capítulo I: la ausencia de una política agonística, esa que, según Chantal Mouffe, “reconoce la legitimidad del oponente y el conflicto se conduce a través de las instituciones” (López, 2010), es decir, una lucha por la hegemonía, pero que no convierte a la otra parte en un enemigo intratable. A juzgar por los adjetivos de estos líderes, eso no les interesa. Les interesa anular a quienes rechazan o a los cambios que no desean.

En el caso de Estados Unidos, las raíces de este escepticismo ambiental —devenido hoy en negacionismo climático— está sembrado en la historia de este hoy poderoso país. Según el profesor Maxwell Boykoff, está anclado en las dudas que surgieron en el contexto de la expansión colonial del país acerca de la necesidad de no deteriorar los ecosistemas. Por entonces —recuerda este autor—, el teniente coronel británico Robert Baden-Powell, fundador del Movimiento Scout Mundial, advertía sobre cómo los intereses personales perturbaban las convicciones de la gente y de los gobernantes. Desde esa época, las convicciones sobre la necesidad de proteger la naturaleza han avanzado y retrocedido teniendo como fondo —y como problema— la atmósfera cultural estadounidense que, cada vez que hay una elección, produce un resultado político que marca un viento por el que corre la sociedad durante unos años. Las presidencias sucesivas de Obama (2009-2013 y 2013-2017) fueron un tiempo de relativo cambio, mientras que, con la llegada de Trump a la Casa Blanca, se ingresó en un tiempo de resistencia en varios frentes, incluido el climático, tal como se puede comprobar en sus políticas y declaraciones ya reseñadas.

En el siguiente apartado, sin embargo, observaremos que este bandazo hacia posiciones más conservadoras no se explica solo por la individualidad de las personas, tan característica de la nación que considera a la libertad como uno de sus íconos fundamentales. A la vez, se produce por las estructuras políticas que se van creando, por los diversos colectivos que aparecen para oponerse a la lucha contra el calentamiento global, en los que la urdimbre *poder económico-poder político* ha sido fundamental. No se puede entender a las corrientes negacionistas climáticas sin atisbar tal tejido, sin ver cómo se forja una alianza “liberal-conservadora” —para usar las palabras de Araújo— que busca resistir y también crear dispositivos, redes y tecnologías de poder.

3.3. EL ESTADO, LA LIBERTAD Y LA REALIDAD

Si la Estatua de la Libertad no estuviera clavada en el sur de Manhattan, al lado del río Hudson, estaríamos hablando de un país donde no habría tanta controversia por cualquier rapto, aparentemente excesivo, de ideas más comunitarias. Si muchos ciudadanos no defendieran su derecho a poseer armas, a pesar de los continuos tiroteos sangrientos, probablemente tampoco sería discutible el programa social de salud llamado *Obamacare*. Si se tuviera más familiaridad con programas sociales, no se habría tildado al precandidato del Partido Demócrata Bernie Sanders como “comunista”, cuando apenas propone medidas similares a las de la socialdemocracia escandinava. Si todo eso no fuera así, al fin, el cambio climático tendría más aceptación social y no generaría tanta controversia.

Pero Estados Unidos es una sociedad que ha hecho del valor de la libertad un fin supremo; del individualismo —a veces extremo—, un objeto de fe. Como dice Morris Berman, un gran crítico de la cultura estadounidense, en su libro *Cuestión de valores*: “la vida no trataría del servicio a la comunidad, sino de la competencia y la adquisición de bienes” (2011, p. 31). En tal ecosistema cultural, crece de manera propicia la idea de que luchar contra el cambio climático va a implicar que el Estado recorte *tu* libertad, que *te* obligue a usar bicicleta o que, como ocurre ya en varias ciudades del mundo y América Latina (Bogotá, por ejemplo), limite el uso diario de *tu* auto, debido a la enormidad del parque automotor y a los alarmantes niveles de contaminación. Nada de eso ha ocurrido en el país más influyente y poderoso del planeta, pero el cóctel de amenazas que flotan en el imaginario social descrito en el apartado anterior ha alimentado miedos, reacciones y estrategias para, según este punto de vista, proteger la libertad de los ciudadanos. Andrew Hoffman apunta en su ensayo “The culture and discourse of climate skepticism” (‘La cultura y el discurso del escepticismo climático’) algunas observaciones muy relevantes para entender a los negacionistas: “Para los escépticos, el cambio climático está inextricablemente vinculado a la creencia de que la ciencia climática y la política climática son formas encubiertas de los ambientalistas, los liberales y el gobierno para interferir en el mercado y disminuir la libertad personal de los ciudadanos” (2011, p. 5).

Cuando ya se habla de Gobierno y de Estado, resulta imposible dejar que todo permanezca en el ámbito individual, pues se trata de instancias que gravitan sobre las sociedades. Cuando se arman estructuras, con mucho dinero, para oponerse a las políticas climáticas, se muestran, al decir de Klein, “los límites de aquellas teorías que, como la de la cognición cultural, se centran en la psicología individual” (2015, p. 65). No es que estas sean inútiles o irrelevantes: por el contrario, se sumergen en un laberinto sumamente interesante para

develar los entresijos del pensamiento negacionista climático. Pero a ellas hay que añadirles claves más políticas, sociales y económicas.

Una, central, es el papel del Estado en el futuro climático del planeta. No hay forma de combatir los efectos del calentamiento global sin su participación, no solo para apagar amenazas posibles o controlar daños, sino para construir matrices industriales distintas, para encontrar nuevas rutas económicas, para alentar prácticas sociales distintas. En los comienzos del debate ambiental, se pensaba que el problema del deterioro de los ecosistemas se controlaría vía la educación, el cambio personal. Rastros de eso todavía subsisten en campañas como La Hora del Planeta, promovida por el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, por sus siglas en inglés) y que llama a la ciudadanía global a apagar el fluido eléctrico durante una hora al año en un día del mes de marzo, con el fin de ahorrar energía y dejar “descansar” a la Tierra. Como precisa la organización, el evento también ha impulsado la protección de bosques, la creación de áreas marinas protegidas y —dato relevante— “la promulgación de leyes a favor de un clima seguro para todos”, según informan en su portal.⁵¹ Dicho de otro modo, ha activado cambios políticos, algo que inevitablemente iba a suceder.

Aquí está uno de los nudos de la discusión, en ocasiones áspera, con los negacionistas climáticos. Las leyes —ambientales, en este caso— las crean los Estados, en todo el mundo. Si bien el poder económico es sumamente gravitante, es el poder político oficial el que las promulga. Para una visión centrada férreamente en el consumo, en el libre mercado, en la libertad de invertir, comprar, gastar, las decisiones políticas de este tipo son una anatema, algo que combatir porque, precisamente, cuestionan el modo de vivir, el *american way of life* en el caso de Estados Unidos, y el *dispositivo* —al modo de Agamben— creado para mantener las relaciones de poder vigentes en este país y en todo el mundo. El Estado es el enemigo mayor de los negacionistas climáticos. Lo expresan de distintos modos Klaus, Inhofe, Luntz, Bolsonaro y Abascal, todos autores y personajes aludidos en esta tesis.

El problema es que, si se quiere combatir en serio el calentamiento global, causante del cambio climático, así como otros varios problemas ambientales, es imposible prescindir de los Estados. El biólogo, ambientalista y periodista argentino Sergio Federovisky lo manifiesta con claridad en el capítulo “Conciencia ambiental”, de su libro *Los mitos del medio ambiente. Mentiras, lugares comunes y falsas verdades* (2012), cuando escribe que la

⁵¹ Las razones esgrimidas por la WWF para llevar adelante La Hora del Planeta, una iniciativa puesta en marcha desde 2007 con cierto éxito global, están expuestas en su portal: http://www.wwf.org.pe/nuestro_trabajo/campanas/hora_del_planeta/lahoradelplaneta2018/

conciencia individual ayuda, aporta, mientras que “la ley, en cambio, impone conductas” (p. 45). No es viable —según él— que una suerte de *corriente de contagio ético* detenga los desastres ambientales. Los propios promotores de La Hora del Planeta se convencieron de eso, al cambiar el apagón colectivo acordado entre los individuos a la incidencia en los Gobiernos para que cambien sus leyes.

Uno de los pensadores contemporáneos que ha abogado por el retorno del Estado —no desbocado, sino con el fin de salvaguardar el clima— es el sociólogo británico Anthony Giddens, propulsor de la Tercera Vía, la propuesta que busca reinventar la socialdemocracia a partir de políticas públicas que enhebran en un solo haz la actividad de los mercados, las reformas políticas y las regulaciones estatales. Giddens no es considerado un *hombre de izquierda*, y menos es encasillado como *comunista* o *socialista* (es posible, no obstante, que algunos políticos conservadores lo llamen así). En su libro *Política climática*, sostiene que “entre las clases dirigentes, el cambio climático provoca políticas de gestos, proyectos con apariencia grandiosa pero básicamente carentes de contenido” (2010, p. 13). De allí que, en su obra, explore una serie de alternativas en las que es posible que el Estado garantice las políticas climáticas, “porque es el responsable de vigilar el cumplimiento de los objetivos públicos y de intentar asegurar que se realicen de manera visible y aceptable” (2010, p. 87).

Aunque la formulación teórica suena inobjetable, va en contra del pensamiento negacionista climático no solo estadounidense, que ve intromisiones del Gobierno en varios ámbitos de la vida privada, dimensión ambiental incluida. La segunda parte de título del libro de Václav Klaus lo confirma: “¿Qué está en peligro, el clima o la libertad?” Las medidas económicas de Paulo Guedes, el ministro de Economía de Bolsonaro, como el aumento en la edad de jubilación a los 65 años, sugieren la misma ruta, que podría formularse de esta manera: “tú tienes que arreglártela solo, el Estado no tiene que ocuparse de ti”. O tiene que hacerlo lo menos posible. La famosa frase de la ex primera ministra británica Margaret Thatcher, pronunciada en 1987 según una nota periodística de la *BBC* de Londres, aparecida el 8 de abril de 2013 con ocasión del fallecimiento de la política del Partido Conservador, lo expone de manera prístina: “No hay tal cosa como la sociedad. Hay hombres, mujeres y familias”.⁵² Si el mundo es así, entonces que cada quien se proteja, como pueda, del cambio climático.

La realidad del problema llama a otra reacción, sin duda. Para ello, Giddens no apuesta únicamente por el Estado, sino, además, por promover una *convergencia política* y una

⁵² Las más relevantes frases pronunciadas por Margaret Thatcher en su vida política, incluidas aquellas que dijo como primera ministra británica, de 1979 a 1990, son recogidas por una nota periodística aparecida en el portal de la *BBC* de Londres con ocasión de su fallecimiento, el 8 de abril (véase *BBC*, 2013).

convergencia económica, que incluyan a los ciudadanos, al Gobierno, a las ONG, a las empresas. Lo que defiende es una palabra que, en los últimos años, se convirtió en tabú, en medio del avance incontenible de políticas liberales en el mundo: *planificación*, la necesidad de prever qué pasará en el futuro, porque resulta comprobable que las solas fuerzas del mercado no van a estabilizar la economía mundial ni el clima planetario. Dice el autor de la Tercera Vía: “Evidentemente, la planificación no es solo prerrogativa del Estado. Los gobiernos deberían fomentar el cambio hacia una planificación a largo plazo en las empresas, los grupos del sector terciario y los ciudadanos particulares” (2010, p. 111).

Para algunos grupos conservadores, esta propuesta puede sonar de lo más incendiaria, solo que está describiendo una necesidad, no una opción. Los continuos intentos de convocar a la población o a las empresas para que actúen por cuenta propia son limitados. Siguiendo a Federovisky, “vivimos estimulados a consumir aquello que, inevitablemente, es basura casi de manera inmediata y luego somos sometidos a la experiencia de ser ‘conscientes’ de nuestra responsabilidad para que cada vez haya menos residuos” (2012, p. 43).

Una lección al alcance es la experiencia de las campañas destinadas a desincentivar el uso de bolsas plásticas, que dañan profundamente los ecosistemas y a diversas especies de seres vivos, en especial a los peces. Los mayores logros se han obtenido en los países donde estas han sido expresamente prohibidas o gravadas con impuestos, como Irlanda, Francia, Senegal, China, Reino Unido, España, Alemania y Australia. En otros, como México y Estados Unidos, no hay aún legislación federal, pero sí existen normas estatales de restricción. La mayor prueba de que Federovisky tiene razón es lo ocurrido en Irlanda, donde, en 2002, se estableció un impuesto del 20 % sobre las compras de quienes usaban este tipo de bolsas. Rápidamente su consumo cayó hasta un 20 % y los fondos provenientes de tal imposición tributaria fueron destinados a programas de reciclaje y protección ambiental.⁵³

La alianza explícita o semiocultas entre empresas, partidos políticos y *think tanks* que alzan la bandera de la duda sobre la gravedad del cambio climático pone en entredicho la transparencia de quienes quieren mantener la actividad del Estado en los reducidos términos actuales o de quienes desean, incluso, amenguarla más en pro de “la libertad”. Klein ofrece en *Esto lo cambia todo* un retrato con mucho detalle de este entramado, en el que explica cómo el Partido Demócrata y, sobre todo, el Republicano tienen lazos estrechos con instituciones como The Heartland Institute, Cato Institute o Heritage Foundation, todos

⁵³ El Centro de Capacitación Eléctrica y Energías Alternas (CCEEA) de México ha rastreado las políticas en el mundo para reducir el uso de plástico gracias a las medidas adoptadas por los Gobiernos y a la reacción de la propia sociedad (véase Canseco, s. f.).

centros de estudio y divulgación de ideas conservadoras y de defensa del libre mercado sin mayores regulaciones. Su interés por influir en la opinión pública es notorio y, como señalamos en el capítulo I, se ha plasmado en campañas como CO₂ is Green, que buscan instalar la idea de que el dióxido de carbono no es contaminante, sino beneficioso para el planeta.

Siempre se encuentra un nexo que vuelve controvertido el origen de los aparatos de difusión y campañas. CO₂ is Green fue creada por Corbin Robertson, vinculado familiarmente con Quintana Petroleum Corporation, con George W. Bush y con el Partido Republicano. Es esperable que todos estos actores hayan diseñado una estrategia de negacionismo climático, tal como años atrás The Heartland Institute emprendió, al lado de la gran empresa tabacalera Philip Morris International, una campaña para demostrar que el tabaco no era tan dañino como se creía. Al final, no tuvo el impacto deseado si constatamos las restricciones al consumo de tabaco que existen hoy en todo el mundo. El poder económico actual sí parece comenzar a tenerlo. En el libro de Greenpeace sobre Koch Industries, se consiguen asombrosas cifras de financiamiento a los grupos negacionistas climáticos. Este conglomerado empresarial habría invertido, entre 2005 y 2008, USD 24.9 millones en financiar esfuerzos dirigidos a —recordando a Luntz una vez más— hacer de la presunta falta de certeza científica el problema principal. En otras palabras, se centra en sembrar la duda sobre ese asunto para fomentar la convicción de que no es tan cierto lo que los científicos dicen sobre el cambio climático. La profusa cantidad de dinero entregada por Koch Industries a esta causa habría estado dirigida al Cato Institute, a American for Prosperity, a Heritage Foundation e, incluso, al patrocinio de “al menos a 20 organizaciones [...] que han difundido el llamado ‘Climagate’, la presunta conducta dudosa de científicos climáticos” (Greenpeace, 2010, p. 6). El nexo entre el poder económico y el poder político es, como se ve, fundamental en la estrategia de posicionar en el debate público al negacionismo climático.

Todo este tejido de intereses nos hace volver a la conferencia *Las redes del poder*, de Michel Foucault, pronunciada en Brasil en 1976; en esta, explicaba cómo el poder se desplegaba e instalaba: “Lo que es interesante es, en efecto, saber cómo en un grupo, en una clase, en una sociedad operan mallas de poder, es decir, cuál es la localización exacta de cada uno en la red del poder, como él lo ejerce de nuevo, cómo lo conserva, cómo él impacta en los demás” (2009, pp. 171-172).

La malla del poder del negacionismo climático está en acción, como hemos visto a lo largo de esta tesis. Se asienta en un tipo de cosmovisión, tiene sus objetos culturales, desarrolla

campañas, apela a científicos que refuerzan su percepción, incide fuertemente en la escena pública global. Ahora sus políticos manejan o han manejado algunos Gobiernos, como el brasileño y el norteamericano. Se resiste a que el Estado lidere la lucha contra el calentamiento global, fenómeno que niegan o cuestionan. Podemos citar aquí al papa Francisco I, un líder mundial muy gravitante, cuyo interés por el tema ambiental fue expresado en su encíclica *Laudato si'* publicada en 2015. Tras ofrecer diversas argumentaciones desde la teología católica, en el párrafo 198, declara:

La política y la economía tienden a culparse mutuamente por lo que se refiere a la pobreza y a la degradación del ambiente. Pero lo que se espera es que reconozcan sus propios errores y encuentren formas de acción orientadas al bien común. Mientras unos se desesperan solo por conservar y acrecentar el poder, lo que menos interesa a las dos partes es preservar el ambiente y cuidar a los más débiles. (2015, p. 151)

Quiero terminar esta tesis afirmando el valor de la vida humana, de los ecosistemas terrestres, de todos los seres vivos, de los paisajes, del planeta en su conjunto. Quiero también enfatizar que esta investigación sobre el negacionismo climático no busca intensificar el conflicto en torno al tema del calentamiento global; por el contrario, pretende “oxigenar” el debate, hacerlo agonístico y posible, para volver a aludir a Chantal Mouffe. En el fondo, como apunta Jorge Mario Bergoglio, está el destino de los más débiles, de quienes sufrirán —de manera irremediable en muchos casos— los efectos cada vez más fuertes de las alteraciones climáticas globales. Probablemente esté también en juego el destino de toda la civilización humana. Pero aun si no sobreviene el desastre o si sobrevivimos contra toda circunstancia, es lícito y urgente pensar desde ahora en las generaciones futuras, en los niños y niñas que hoy se encuentran frente a un incendio social y ambiental creciente, y que no merecen nuestra indiferencia. Y menos nuestra negación.



CONCLUSIONES

SOLAMENTE UNA VEZ (SE SALVA EL PLANETA)

1. Las raíces que sostienen el negacionismo climático, vistas desde el presente, se pueden hallar en la filosofía mecánica, que llega con la modernidad entre los siglos XV y XVI. Las ideas de filósofos como René Descartes, quienes pensaban que un animal puede descomponerse como una máquina, alimentan unas ideas y una práctica social que tienden a escindir, en la experiencia humana, las vivencias de la naturaleza y la cultura como si fueran ámbitos totalmente separados, con vínculos complicados y sin posibilidad alguna de reconciliación.
2. El filósofo Morris Berman llama a esto la *falla básica*, que se da en diversos campos de la vida humana, de los seres vivos y de la relación de estos con la naturaleza. Cerrarla totalmente es imposible, pero sí es viable recuperar la experiencia de cercanía basada en una menor enajenación del entorno a partir de un cambio de mentalidad y de prácticas sociales que nos lleven a otro estadio.
3. La modernidad podría ser entendida de dos maneras. Según Bruno Latour, existe una modernidad *purificadora* que no integra, que separa las distintas dimensiones de la experiencia humana, y otra modernidad *híbrida* que se abre a los *múltiples existentes*. La primera de estas, actualmente predominante, nos habría hecho entrar en lo que este autor llama el *Nuevo Régimen Climático*. Este régimen ha creado inéditas coordenadas científicas, culturales, sociales, políticas, que deben ser asumidas para evitar una catástrofe global.
4. Uno de los síntomas de que el modo de entender la civilización humana ha sido puesto en entredicho es la tendencia paulatina de la ciencia a volverse prescriptiva, a salir de sus laboratorios y centros de investigación, para alertar sobre el peligro inminente que está provocando el cambio climático generado por el calentamiento anormal de la atmósfera terrestre. Ante la urgente situación, comienza a abandonar la neutralidad axiológica planteada por Max Weber.

5. Frente a esta irrupción de la ciencia prescriptiva, ha surgido un movimiento social cultural y político con diversas expresiones, pero al que se puede identificar como *negacionismo climático*, en tanto niega la realidad del fenómeno y, sobre todo, difunde la idea de que la falta de certeza científica es su principal falencia, tal como recomendó el estratega y publicista republicano Frank Luntz al expresidente estadounidense George W. Bush.
6. Los negacionistas climáticos han montado una estrategia para influir en la escena pública global que consta de objetos culturales diversos, como libros, documentales, películas o portales informativos. También, campañas publicitarias y conferencias insisten en sembrar dudas sobre la existencia del cambio climático. Tres objetos culturales señeros son el libro *Planeta azul no verde*, del expresidente checo Václav Klaus; el documental *La gran farsa del calentamiento global*, del productor británico Martin Durkin; y el portal informativo *Libertad Digital*.
7. La estrategia negacionista climática también se basa en forjar *redes de poder*, a la manera descrita por Michel Foucault, o *dispositivos*, según los explica Giorgio Agamben. Estos consisten en una malla de discursos, instituciones, proposiciones filosóficas, edificaciones, publicaciones y otros objetos —lingüísticos y no lingüísticos— con el objetivo de mantener las relaciones de poder vigentes, y resistir los cambios políticos y culturales.
8. El negacionismo climático, a su vez, se asienta en cosmovisiones, en ciertas formas de *cognición cultural* muy asociadas a una perspectiva jerárquica de la sociedad y de las relaciones entre los seres humanos. Las resistencias a las políticas climáticas estarían ancladas en un individualismo exacerbado, que ve como invasiva cualquier medida que, desde el Estado, quiera poner a límites a la vida de los ciudadanos, aun cuando estas tengan como fin conservar la salud del planeta y de la propia especie humana. La libertad, entendida como una vida social y personal sin límite alguno, es el valor supremo de los negacionistas.
9. Frecuentemente, quienes niegan el cambio climático también niegan los derechos de la comunidad LGTBIQ+, la equidad de género, la despenalización del aborto, los impuestos diferenciados para los más ricos. Todas esas negaciones forman, en muchos casos, un corpus de ideas identificado con el conservadurismo político y social que permite a estas personas descifrar su experiencia social, sus relaciones con los semejantes y, además, respetar sin fisuras el orden jerárquico del mundo actual.

10. El negacionismo climático, sin embargo, no es un mero problema individual. Tiene bases en la política y, concretamente, en los Gobiernos del expresidente Donald Trump y Jair Bolsonaro, ambos negacionistas abiertos de este problema que han tomado medidas no para mitigar las emisiones de GEI, sino para debilitar normas o regulaciones que sostenían las políticas climáticas de sus respectivos países. Ambos —el primero como expresidente de Estados Unidos y el otro como presidente en funciones de Brasil— son los líderes negacionistas climáticos más visibles hoy.
11. Las conexiones entre el negacionismo climático y las empresas que defienden intereses en el rubro de los hidrocarburos, por ejemplo, son demostrables. Existen *think tanks* y centros de investigación y difusión de ideas que actúan con la lógica de una red de poder integrada por partidos políticos, congresistas y medios de comunicación, y que procuran influir fuertemente en la escena pública.
12. La controversia entre negacionistas climáticos, y personas e instituciones que sí reconocen la gravedad del calentamiento global y sus orígenes está abierta, sigue en curso, y está muy marcada por el devenir político de las sociedades. La figura del Estado como garante de las políticas climáticas ha recuperado fuerza, pero, a la vez, es cuestionada por quienes rechazan los informes sobre el cambio climático. No hay forma, sin embargo, de que el *proceso de verdad*, en el sentido propuesto por Alain Badiou, abierto por los indicios preocupantes que deja el fenómeno, se detengan. El *Nuevo Régimen Climático* ha llegado y no hay vuelta atrás.

BIBLIOGRAFÍA

Acciona. (s. f.). Logros de la Conferencia de las Partes. *Sostenibilidad para Todos* [Página web]. <https://www.sostenibilidad.com/cambio-climatico/logros-de-la-conferencia-de-las-partes/#:~:text=COP%201.,las%20emisiones%20de%20gases%20contaminantes>.

Adler, B. y Leber, R. (2016, 8 de junio). Donald Trump once backed urgent climate action. Wait, what? *Grist*. <https://grist.org/politics/donald-trump-climate-action-new-york-times/>

Administración Nacional Aeronáutica del Espacio (NASA). (2020, 15 de enero). Análisis de NASA y NOAA revelan que 2019 fue el segundo año más cálido registrado. *NASA*. <https://ciencia.nasa.gov/an%C3%A1lisis-de-nasa-y-noaa-revelan-que-2019-fue-el-segundo-a%C3%B1o-m%C3%A1s-c%C3%A1lido-registrado>

Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, (73), 249-264.

Alamillos, A. (2019, 27 de agosto). La pataleta que llevó a Bolsonaro a insultar a la mujer de Macron: “No somos una colonia”. *El Confidencial*.

https://www.elconfidencial.com/mundo/2019-08-27/bolsonaro-rechaza-la-ayuda-exterior-para-apagar-los-incendios-en-amazonas-brasil-es-un-pais-soberano_2195311/

Almada2000 [Televisión Nacional de Chile]. (2008, 6 de octubre). *Campaña del terror. La franja del sí* [Video]. YouTube.

<https://www.youtube.com/watch?v=RxuRWmEg8oE&%3Bt=31s>

Araújo, E. (2019, 30 de marzo). Pela alianca liberal-conservadora. *Metapolítica. Contra o globalismo*.

<https://www.metapoliticabrasil.com/post/pela-alian%C3%A7a-liberal-conservadora>

Ayuso, S. (2019, 26 de agosto). El G-7 moviliza 18 millones para combatir el fuego en la Amazonía. *El País*.

https://elpais.com/internacional/2019/08/26/actualidad/1566821290_752251.html

Badiou, A. (2004). *La ética. Ensayo sobre la conciencia del mal*. Herder.

Banco Mundial (BM). (2014, 3 de marzo). El cambio climático a los más pobres de países en desarrollo. *Banco Mundial*.

<https://www.bancomundial.org/es/news/feature/2014/03/03/climate-change-affects-poorest-developing-countries>

Barral, M. (2019, 19 de febrero). Svante Arrhenius, el hombre que anticipó el cambio climático. *OpenMind BBVA*.

<https://www.bbvaopenmind.com/ciencia/grandes-personajes/svante-arrhenius-el-hombre-que-anticipo-el-cambio-climatico/>

BBC Mundo. (2013, 8 de abril). Margaret Thatcher: las frases más destacadas de su carrera. *BBC Mundo*.

https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/04/130408_margaret_thatcher_muerte_citas_gtg

Bellamy, J. (2008). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Viejo Topo.

Berman, M. (2011). *Cuestión de valores*. Sexto Piso.

Berman, M. (1992). *Cuerpo y espíritu. La historia oculta de Occidente*. Cuatro Vientos.

Berman, M. (1987). *El reencantamiento del mundo*. Cuatro Vientos.

Biello, D. (2010, 1 de febrero). Negating "Climagate": Copenhagen talks and climate science survive stolen e-mail controversy. *Scientific American*.

<https://www.scientificamerican.com/article/negating-climategate/>

Boada, M. y Toledo, V. M. (2003). *El planeta nuestro cuerpo. La ecología, el ambientalismo y la crisis de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica.

Boykoff, M. (2015). Consenso y oposición al cambio climático. *Métode, Revista de Difusión de la Investigación*, (85), 80-87. <https://metode.es/wp-content/uploads/2015/05/85ES5-consenso-oposicion-cambio-climatico.pdf>

Boykoff, M. (2009). Los medios y la comunicación científica. *Infoamérica: Iberoamerican Communication Review*, (1), 117-127.

Butler, R. (2014, 26 de febrero). El aceite de palma es ahora la mayor causa de deforestación en Indonesia. *Mongabay Latam*. <https://es.mongabay.com/2014/02/el-aceite-de-palmas-ahora-la-mayor-causa-de-deforestacion-en-indonesia/>

Camacho, E. (2019, 5 de mayo). La principal contaminación es la pobreza. Entrevista a Roque Benavides. *La República*. <https://larepublica.pe/domingo/1462800-roque-benavides-principal-contaminacion-pobreza/>

Canseco, E. (s. f.). ¿Que países prohíben el uso de bolsas de plástico? *Blog del Centro de Capacitación Eléctrica y Energías Alternas*. <https://ccee.mx/blog/medio-ambiente/que-paises-prohiben-el-uso-de-bolsas-de-plastico>

Carson, R. (2010 [1962]). *Primavera silenciosa*. Crítica.

Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano. (1972). *Declaración de Estocolmo sobre el Medio Humano*.

<http://www.ordenjuridico.gob.mx/TratInt/Derechos%20Humanos/INST%2005.pdf>

Connor, S. (2007, 8 de mayo). C4 accused of falsifying data in documentary on climate change. *The Independent*.

<https://web.archive.org/web/20070510030950/http://news.independent.co.uk/media/article2521677.ece>

Crutzen, P. J. (2009, 5 de junio). ¿Podremos sobrevivir al “Antropoceno”? *Project Syndicate*. <https://www.project-syndicate.org/commentary/can-we-survive-the--anthropocene--period/spanish?barrier=accesspaylog>

De Miguel, A. (2019, 3 de julio). Ideas poco convencionales sobre el cambio climático. *Libertad Digital*. <https://www.libertaddigital.com/opinion/amando-de-miguel/ideas-poco-convencionales-sobre-el-cambio-climatico-88247/>

Der Spiegel. (2010, 27 de marzo). Deutsche verlieren Angst vor Klimawandel [en alemán]. *Der Spiegel*. <https://www.spiegel.de/wissenschaft/natur/spiegel-umfrage-deutsche-verlieren-angst-vor-klimawandel-a-685946.html>

Durkin, M. (Director). (2007). *The great global warming swindle* [Documental]. WAG TV.

Eagleton, T. (1997). *Ideología: una introducción*. Paidós Ibérica.

El Mundo. (2010, 18 de octubre). Aznar, preocupado ahora por el cambio climático. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/elmundo/2010/10/18/ciencia/1287420176.html>

El País. (2015, 24 de mayo). ¿Un trago de glifosato para el señor Moore? [Video]. *El País*. https://elpais.com/elpais/2015/05/25/videos/1432520770_806041.html

El País. (2002, 4 de junio). Bush rechaza el Protocolo de Kioto por “contrario” a la economía de EE UU. *El País*.

https://elpais.com/sociedad/2002/06/05/actualidad/1023228001_850215.html

ElDiario.es. (2019, 2 de marzo). Trump arremete contra el socialismo, los demócratas y la investigación de la trama rusa. *ElDiario.es*. https://www.eldiario.es/politica/Trump-arremete-socialismo-democratas-investigacion_0_873513034.html

Escobar, A. (2002). Globalización, desarrollo y modernidad.

<https://es.scribd.com/document/100558735/Globalizacion-Desarrollo-y-Modernidad-Arturo-Escobar>

Escobar, R. (2019, 25 de agosto). El incendio es político. *La Mula*.

<https://meditamundo.lamula.pe/2019/08/25/el-incendio-es-politico/ramiroescobar/>

Europa Press. (2019, 15 de enero). Brasil hará frente al Movimiento Sin Tierra y calificará las invasiones de terrenos como actos de terrorismo. *Europa Press*.

<https://www.europapress.es/internacional/noticia-brasil-hara-frente-movimiento-tierra-calificara-invasiones-terrenos-actos-terrorismo-20190115014317.html>

Fajardo, L. (2019, 8 de enero). ¿Es realmente el milagro económico de Chile una herencia de Pinochet? *BBC Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-46788932>

Faus, J. (2017, 2 de junio). ¿Qué opina Trump sobre el cambio climático? *El País*. https://elpais.com/internacional/2017/06/01/estados_unidos/1496343144_186083.html

Federovisky, S. (2012). *Los mitos del medio ambiente. Mentiras, lugares comunes y falsas verdades*. Capital Intelectual.

Foucault, M. (2009). Las redes del poder. En Universidad de Buenos Aires (Comp.), *Sociología*. Material de Cátedra, (pp. 163-172). FUBA Editorial.

<https://pdfcookie.com/documents/sociologia-uba-xxi-4k2powem7xv9>

Foucault, M. (1989). Cómo se ejerce el poder. En *El poder: cuatro conferencias*. Universidad Autónoma Metropolitana.

Foucault, M. (1980). *Espacios de poder*. La Piqueta.

Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. La Piqueta.

Francisco. *Laudato si'*. 24 de mayo de 2015.

Freud, S. (2010 [1930]). *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial.

Fromm, E. (1985 [1941]). *El miedo a la libertad*. Planeta-De Agostini.

Futuro Verde. (2018, 19 de julio). El Consejo de Seguridad de la ONU debate el cambio climático. *Futuro Verde*. <https://futuroverde.org/2018/07/19/el-consejo-de-seguridad-de-la-onu-debate-el-cambio-climatico/>

Giddens, A. (2010). *La política del cambio climático*. Alianza Editorial.

Goldacre, B. y Adam, D. (2007, 11 de marzo). Climate scientist “duped to deny global warming”. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/media/2007/mar/11/broadcasting.science>

Goldberg, S. y Bengtsson, H. (2016, 13 de junio). Biggest US coal company funded dozens of groups questioning climate change. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/environment/2016/jun/13/peabody-energy-coal-mining-climate-change-denial-funding>

Gore, A. (Dir.) (2006). *Una verdad incómoda* [Documental]. Lawrence Bender Productions.

Goyzueta, V. (2019, 8 de mayo). Brasil recorta presupuesto sobre el cambio climático. *Diario ABC*.

https://www.abc.es/sociedad/abci-brasil-recorta-presupuesto-sobre-cambio-climatico-201905080129_noticia.html

Greenpeace (2010). *Koch Industries. La oscura financiación del negacionismo climático*.

Greenpeace Estados Unidos.

Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). (2013a). *Cambio climático 2013. Bases físicas. Resumen para responsables de políticas, resumen técnico y preguntas frecuentes*.

https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/2018/03/WG1AR5_SummaryVolume_FINAL_SPANISH.pdf

Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC). (2013b). Ficha informativa del IPCC: ¿qué es el IPCC?

https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/2018/04/FS_what_ipcc_es.pdf

Heras, F. (2010). Negacionistas, refractarios e inconsecuentes. En J. A. González e I. Santos (Eds.), *Cuatro grandes retos, una solución global: biodiversidad, cambio climático, desertificación y lucha contra la pobreza* (pp. 124-136). Fundación Ipade y AECID.

Herrera, D. H. y Llamas, M. (2009, 23 de noviembre). El Watergate climático: la farsa del calentamiento global al descubierto. *Libertad Digital*.

<https://www.libertaddigital.com/ciencia/el-watergate-climatico-la-farsa-del-calentamiento-global-al-descubierto-1276376962/>

Hoffman, A. J. (2011). The culture and discourse of climate skepticism. *Strategic Organization*, 9 (1), 77-84.

Inhofe, J. M. (2003). The Science of Climate Change Senate Floor Statement. *US Senate Committee on Environmental and Public Works*.

<https://www.epw.senate.gov/public/index.cfm/2003/7/post-8070bc3a-6070-4bc1-8cc7-da6afe3e4740>

Isla, R. (2015, 11 de marzo). Perú, uno de los pocos países en AL que no reconoce unión civil. *El Comercio*. <https://elcomercio.pe/mundo/actualidad/peru-paises-reconoce-union-civil-186539-noticia/>

Kahan, D. M. (2008). Cultural Cognition as a Conception of the Cultural Theory of Risk En S. Roeser (ed.), *Handbook of Risk Theory*. Harvard Law School Program on Risk Regulation & Yale Law School.

Kahhat, F. (2019). *El eterno retorno. La derecha radical en el mundo contemporáneo*. Planeta.

Kehoe, L. et ál. (2019, 26 de abril). Make EU trade with Brazil sustainable. *Science*.

<https://science.sciencemag.org/content/364/6438/341.1>

Kimbrough, L. (2018, 18 de septiembre). Brasil: bancada ruralista en el congreso pone en riesgo las zonas protegidas del país. *Mongabay Latam*.

<https://es.mongabay.com/2018/09/brasil-bancada-ruralista-pone-en-riesgo-areas-protegidas/>

Klaus, V. (2008). *Planeta azul (no verde). ¿Qué está en peligro, el clima o la libertad?* Fundación FAES.

Klein, N. (2015). *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Planeta.

- Latour, B. (2017). *Cara a Cara con el planeta*. Siglo XXI.
- Latour, B. (2012). *Nunca fuimos modernos*. Siglo XXI.
- Levant, E. (2010). *Ethical oil: the case for Canada's oil sands*. McClelland & Stewart.
- Libertad Digital*. (2009, 6 de diciembre). Dos miembros de la Academia piden que Al Gore pierda su Oscar. <https://www.libertaddigital.com/ciencia/dos-miembros-de-la-academia-de-cine-piden-que-al-gore-pierda-su-oscar-1276378293/>
- Lomborg, B. (2016, 3 de marzo). Por qué Trump puede ayudar a frenar el cambio climático. *Milenio*. <https://www.milenio.com/opinion/bjorn-lomborg/columna-bjorn-lomborg/por-que-trump-puede-ayudar-a-frenar-el-cambio-climatico>
- López, M. (2010, 5 de setiembre). La democracia consiste en permitir puntos de vista. Entrevista a Chantal Mouffe. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-152631-2010-09-05.html>
- Louv, R. (2018). *Los últimos niños del bosque*. Capitán Swing.
- Lovelock, J. (1985). *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*. Orbis.
- Luntz, F. (2002). Memorandum to Bush White House, by GOP Consultant Frank Luntz. *Aviation Impact Reform*. <http://aireform.com/resources/archive-2002-memorandum-to-bush-white-house-by-gop-consultant-frank-luntz-17p/>
- Mansueti, A. (2017, 2 de enero). Cambio climático: ¿negacionismo? *Prensa Republicana*. <https://prensarepublicana.com/cambio-climatico-negacionismo-alberto-mansueti/>
- Márquez, N. Y Laje, A. (2018). *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*. Unión Editorial.
- Mars, A. (2017, 20 de noviembre). Trump logra aprobar la mayor baja de impuestos en tres décadas. *El País*. https://elpais.com/internacional/2017/12/20/actualidad/1513749408_053320.html
- Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J. y Behrens III, W. W. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el Predicamento de la Humanidad*. Fondo de Cultura Económica. <https://www.todocoleccion.net/libros-segunda-mano-derecho-economia/lo-limites-crecimiento-informe-club-roma-sobre-predicamento-humanidad-v-v~x128520971#descripcion>

Mendonça, H. (2019, 4 de enero). Paulo Guedes, el ultraliberal que quiere encoger el Estado brasileño. *El País*.

https://elpais.com/internacional/2019/01/04/actualidad/1546632583_836258.html

Mendonça, H. y Oliveira, R. (2019, 17 de mayo). Los estudiantes prenden la llama de la protesta contra Bolsonaro. *El País*.

https://elpais.com/sociedad/2019/05/16/actualidad/1558035363_951825.html

Molina, E. (2011). La nueva y peligrosa pseudociencia del negacionismo climático. *El Escéptico*, (33), 52-59.

https://www.academia.edu/9195362/La_nueva_y_peligrosa_pseudociencia_del_negacionismo_del_cambio_clim%C3%A1tico/

Monge, Y. (2018, 27 de noviembre). Trump sobre el informe del cambio climático: “No me lo creo”. *El País*.

https://elpais.com/internacional/2018/11/27/estados_unidos/1543283242_634443.html

Mouffe, C. (2010). Política agonística en un mundo multipolar. Documento de la serie *Dinámicas Culturales*. Fundación CIDOB.

National Oceanic and Atmospheric Administration (NOAA). (2018, 17 de mayo). Assessing the Global Climate in April 2018. National Centers for Environmental Information.

<https://www.ncei.noaa.gov/news/global-climate-201804>

Navajas, S. (2019, 23 de mayo). La filosofía del alarmismo climático. *Libertad Digital*.

<https://www.libertaddigital.com/opinion/santiago-navajas/la-filosofia-del-alarmismo-climatico-87949/>

Organización de las Naciones Unidas. (1973). Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano. Estocolmo, del 5 al 16 de junio de 1972. *ONU*.

<https://www.dipublico.org/conferencias/mediohumano/A-CONF.48-14-REV.1.pdf>

Ortiz de Zárate, R. (s. f.). Jair Bolsonaro. *Barcelona Centre for International Affairs*.

https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/america_del_sur/brasil/jair_bolsonaro

Pachauri, R. et ál. (2015). *Cambio climático 2014: Informe de Síntesis*. Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático.

Palencia, C. (2019, 15 de marzo). VOX contra la comunidad científica: Abascal afirma que el cambio climático es un invento. *Los Replicantes*.

<https://www.losreplicantes.com/articulos/abascal-niega-cambioclimatico/>

Phillips, D. (2018, 10 de diciembre). Climate change a “secondary” issue, says Brazil’s environment minister. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/world/2018/dec/10/environmental-fines-are-ideological-says-brazil-minister-ricardo-salles>

Programa de la Organización de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). (s. f.). Economía verde. *ONU Programa para el Medio Ambiente*.

<https://www.unep.org/es/regiones/america-latina-y-el-caribe/iniciativas-regionales/promoviendo-la-eficiencia-de-recursos-1>

Programa de la Organización de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). (2019, 6 de mayo). La naturaleza está en un declive peligroso y sin precedentes: la tasa de extinción de especies se acelera. *ONU Programa para el Medio Ambiente*.

<https://www.unenvironment.org/es/news-and-stories/comunicado-de-prensa/la-naturaleza-esta-en-un-declive-peligroso-y-sin-precedentes>

Ripa, J. (2018, 7 de junio). Los niños que se ensucian en el campo lidiarán mejor con la vida. Entrevista a Richard Louv. *El País*.

https://elpais.com/economia/2018/06/06/actualidad/1528296477_952422.html

Robles, J. (2018, 21 de enero). Moore, cofundador de Greenpeace: “Esto es lo que no te cuentan del cambio climático”. *Actuall.com*. <https://www.actuall.com/democracia/moore-co-fundador-greenpeace-lo-no-te-cuentan-del-cambio-climatico/>

Salas, J. (2017, 26 de enero). La ciencia declara la guerra a Trump. *El País*.

https://elpais.com/elpais/2017/01/26/ciencia/1485424411_820201.html

Sauras, J. (2015, 7 de diciembre). El negacionismo climático se hace fuerte en Estados Unidos. *El País*.

https://elpais.com/elpais/2015/12/03/planeta_futuro/1449139551_559490.html

Stern, N. (2007). *La economía del cambio climático*. HM Treasury, Foreign and Commonwealth Office, Department for Environment, Food and Rural Affairs.

The New York Times. (2003, 15 de marzo). *Environmental Games*.

<https://www.nytimes.com/2003/03/15/opinion/environmental-word-games.html>

The Royal Society. (2007). The Royal Society's response to the documentary *The Great Global Warming Swindle*. *The Royal Society*. <https://royalsociety.org/news/2012/global-warming-swindle/>

Weber, M. (2010 [1917]). *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y la economía*. Joaquín Abellán (Ed.). Alianza Editorial.

Weber, M. (1993 [1969]). *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Planeta-De Agostini S.A.

Weber, M. (1979 [1959]). *El político y el científico*. 5^{ta} edición. Alianza Editorial.

Yong Kim, J. (2015, 30 de marzo). Luchar contra el cambio climático por nuestros hijos. *Blog Voces. Perspectivas del desarrollo*. Banco Mundial.

<https://blogs.worldbank.org/es/voices/luchar-contr-el-cambio-climatico-por-nuestros-hijos>

Žižek, S. (2017). *Porque no saben lo que hacen. El sinthome ideológico*. Akal.

Žižek, S. (2010). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI.